



*Obvidaste*  
**QUERERME**

SERIE HAMILTON III

**CHRIS AXCAN**

# OLVIDASTE QUERERME

Colección Hamilton III

CHRIS AXCAN

# Índice

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Dedicado a Bruno, nadie sabrá comprenderme tan bien  
como tú.

Colección Hamilton #3

Novela romántica contemporánea

Primera edición: Junio 2018

© 2018, Chris Axcan

© 2018, Chris Axcan, por el diseño de portada

© 2018, Tamara Bueno, por la corrección

ISBN-13: 978-1986791847

ISBN-10: 198679184X

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducir total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, e tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Esta es una historia de dolor y perdón, esperanza y sacrificio, pero también de un amor profundo y eterno a pesar de las adversidades.*

*“Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y hay que empezar de nuevo.”*

*— Julio Cortázar —*

# PRÓLOGO

Rachel Hamilton, exmodelo, madre de dos hijos y esposa, avanzaba tambaleándose por la entrada de su casa. Acababan de darle un fuerte golpe en la cabeza y se vio empujada cuando se disponía a entrar. Acometió contra la cómoda. Agarrando el marco de madera, aquella mujer tiró del cajón para sostenerse hasta que cedió, lo arrancó y se desplomó, cayendo bocarriba con este sobre su vientre. El contenido se esparció como un juego de naipes.

Estaba aterrorizada.

Tal y como había previsto, cerca se oyó el chasquido de una puerta que, al cerrarse, bloqueaba el acceso al exterior. El suelo de madera vibró.

Se disparó una alarma.

Rachel se quedó ahí tendida un momento, jadeando, evaluando la situación. «Todavía estoy viva», pensó. Se dio la vuelta, se desembarazó del cajón y buscó algún sitio donde esconderse.

—No se mueva —ordenó una voz a su espalda.

A gatas, Rachel se quedó inmóvil y volvió despacio la cabeza. A solo dos metros de donde se encontraba, al otro lado del pasillo, la figura de su atacante la observaba por entre las tupidas pestañas, apuntándola con una pistola del calibre veintidós. La mujer era alta y corpulenta, con la piel muy pálida y el pelo castaño y denso.

Los iris de los ojos eran dispares, uno celeste y el otro marrón. Su atacante se sacó una jeringuilla del abrigo y la apuntó con ella.

—No debería haber salido corriendo. —Su acento no era fácil de ubicar—. No tiene escapatoria.

—Pero ¿qué es lo que quiere? —balbuceó Rachel, de rodillas, indefensa,

en el suelo—. Tengo unos noventa dólares en el bolso...

—¡Silencio! —La mujer la contempló totalmente inmóvil salvo por el destello de sus extraños ojos—. Usted es la distracción que necesito.

Rachel sintió que le invadía el pánico. «¿Quién es esta chiflada?», se preguntó y dio gracias por haber dejado a los niños con sus padres para pasar la tarde.

—Su esposo, el capitán de policía. —Apuntó a la frente de Rachel con un dedo amenazador envuelto de látex—. Él está demasiado cerca de descubrir la verdad.

Rachel no podía respirar, le zumbaban los oídos y una terrible migraña la estaba marreando.

La mujer inclinó la cabeza, observando el cañón de la pistola. Rachel levantó las manos para protegerse.

—Espere —dijo con apuro—, ¿usted tiene algo que ver con algún caso que investiga? —cuestionó y escogió con cuidado las siguientes palabras—. ¿Va a matarme?

Cuando Rachel terminó de hablar, su atacante sonrió, maliciosa.

—No.

Rachel comenzó a temblar, asustada.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Darle a su marido un buen motivo para quedarse en casa —soltó la mujer con desprecio—. Esta droga borrará su memoria, tendrá suerte si recuerda cómo respirar.

«¡No es posible!» Ahora se daba cuenta de que olvidaría todo: sus hijos, su marido, su familia... Era parte del plan enfermizo de una demente. Odió más que nunca el trabajo de Brian, la rabia y la tristeza inundaron sus ojos de lágrimas.

La atacante volvió a apuntarla.

—Cuando usted olvide, yo seré la única conocedora de la verdad.

¿Qué verdad? En un instante, Rachel comprendió el horror de la situación. «Si olvido, la verdad se perderá para siempre.» Por instinto, trató de encogerse para protegerse al máximo.

Se oyó un disparo y Rachel sintió el calor abrasador de la bala que se le hundía en la rodilla. Cayó de bruces, luchando contra la agonía.

Despacio, se dio la vuelta, apretándose la rodilla para detener la hemorragia y buscó a su atacante, que seguía al otro lado y la apuntaba directamente a la cabeza.

Rachel cerró los ojos y sus pensamientos se arremolinaron en una tormenta de miedo y lamentaciones.

Cuando los volvió a abrir fijó la vista en aquella demente.

La mujer contemplaba el arma y le dedicó una sonrisa de superioridad, agitando la jeringa.

Se acercó.

—Será rápido e indoloro.

Rachel bajó la vista y se vio el orificio producido por la bala en la tela beige del pantalón. Estaba enmarcado por un pequeño círculo de sangre, unos centímetros más arriba de la articulación, pero eso no le importaba. Su familia sí. «Mis hijos. Mi marido. ¡No!»

—El dolor es bueno, señora Hamilton, le permitirá ser consciente de que sigue con vida —dijo la mujer antes de inyectarle la droga en el cuello.

Una vez sola, Rachel volvió la vista de nuevo hacia la puerta. La policía no tardaría mucho, era su alarma la que sonaba. Cuando alguien la encontrara, ya estaría amnésica. Sin embargo, el miedo que ahora se estaba apoderando de ella era mucho mayor que el de su propia pérdida. Con horror, se frotó el cuello donde esa indeseable había inyectado la droga.

Luchando por incorporarse, se imaginó a sus hijos necesitándola y a su marido loco de inquietud. Pensó en que no todo estaba perdido.

«¡Algo tengo que hacer!»

A pesar de todas las precauciones, a pesar de todas las medidas de seguridad, Rachel Hamilton había sido atacada en su propia casa.

Temblando, consiguió ponerse de pie y alcanzar el teléfono, y retorciéndose de inquietud, hizo acopio de todas sus fuerzas y facultades.

Sabía que la desesperada tarea que tenía por delante iba a precisar de todos los segundos que le quedaran de memoria.

# Capítulo 1

Al final de un agotador día laboral de diez horas, Brian salió de la comisaría. Debería haberse sentido bien... pero en esa ocasión la victoria no había logrado elevarle el ánimo. Encerrar a ese traficante que llevaban meses investigando le había sabido a poco porque sabía que solo era uno más en la cadena.

La única solución que se le ocurría era comprar un kilo de helado de camino a casa y atiborrarse hasta entrar en un coma de azúcar, o que su mujer lo ayudara a quemar el exceso.

Eso lo animó.

Puso su teléfono móvil a cargar en el coche, otra vez le fallaba la batería y se apagaba. Manejó a través de las calles de Nueva York con reconocimiento, haciendo siempre la misma ruta. Se detuvo a comprar helado, cogiendo el sabor preferido de su esposa, caramelo con trocitos de nuez de Macadamia.

Antes de volver a la carretera encendió el móvil e inmediatamente le llegaron varios avisos. Desde la pantalla digital presionó para escuchar el mensaje de voz a través los altavoces del vehículo.

*—¡Hola, cuñado! Estamos camino al hospital, tu hermana tiene contracciones cada dieciocho minutos. Nos vemos allí. ¡Ay! Kira, me estás estrujando el brazo...*

La risa burbujeó en el pecho de Brian, su hermana pequeña iba a tener el bebé y eso le hacía muy feliz. No habían querido saber si se trataba de una niña o un niño, deseaban que fuese una sorpresa.

*—¿Brian? ¿Hola? ¿Es el chime ese? —*Era la voz de su suegro, que al

parecer otra vez no veía la diferencia entre el contestador y una voz real. Sonrió divertido escuchando lo que quería decirle—. *Rachel llega tarde para recoger a los niños y Aarón ha estado llorando desde que despertó de la siesta. Llámanos a casa.*

Al echar un vistazo al salpicadero, comprobó que pasaban de las ocho. Era extraño que Rachel no llegara a tiempo, siempre era muy puntual y cuando no lo era, llamaba para avisar.

Estaba a punto de pasar Brooklyn y entrar en Queens por la 495 cuando recibió una llamada. Ver aparecer el nombre de Rachel en la pantalla digital hizo que deseara llegar.

—Hola, nena, estoy a menos de diez minutos de casa. ¿Adivina lo que compré?

Se imaginaba pedirles a sus suegros que se quedasen con los niños un par de horas más y gozar así de la compañía de su mujer, a solas. Tenían pocos ratos de esos últimamente... Un sollozo ahogado le hizo fruncir el entrecejo.

—¿Rachel? —se inquietó.

—Me duele mucho...

—¿Dónde te duele? ¿Qué está pasando? —preguntó Brian con repentina angustia.

—En casa. Corre, Brian, me han atacado... Yo... ¡Lo siento tanto!

Aceleró abriéndose camino entre el denso tráfico, encendió las luces y la sirena sintiendo que el corazón se le desbocaba al pensar en Rachel herida.

—¿Por qué lo sientes? ¿Qué ha pasado? Estoy llegando, ¿es la alarma lo que escucho? Rachel, ¡háblame!

—Sí, ¡suena muy fuerte! Me duele la rodilla. Por Dios, Brian, no permitas que olvide nada. ¡Ruta 66!

«¿Olvidar qué?»

—¿De qué hablas? Dime, ¿estás sola?

La escuchaba llorar, gemir de dolor, la alarma con ese sonido estridente. ¡Joder! La policía habría recibido la alerta, una patrulla se dirigía a casa en ese instante, ¿no?

—¡No permitas que olvide! Te amo, Brian, mucho, y a los niños... ¡Oh, Dios, mi cabeza duele!

—Intenta tranquilizarte —le dijo con una calma que no sentía—, ¡estoy llegando!

—¿Rachel?

Una voz masculina irrumpió cerca de su esposa, aterrorizándolo.

—¿Quién está contigo, nena?

Excediendo el límite de la velocidad con creces, mil cosas pasaron por la mente de Brian, agobiándolo.

—No cierres los ojos, la ambulancia está de camino. —Esa voz la conocía.

—¡Derek! ¡Derek, coge el puto teléfono de mi esposa! —gritó con todas sus fuerzas para que le escuchara.

Era su vecino y confiaba en él; algo dentro de su pecho cedió.

Llegó pisando el freno a fondo y quemando goma. Ni siquiera apagó el motor cuando ya estaba corriendo hasta la casa donde la puerta estaba abierta. Lo que descubrió adentro, lo paralizó.

Rachel estaba tirada en el suelo de la cocina, inconsciente, y Derek le estaba aplicando un torniquete por encima de la rodilla derecha. Había sangre manchando el pantalón de su mujer.

—¿Qué cojones ha pasado? —exigió a voces al mismo tiempo que se acercaba y arrodillaba al lado de ella.

—Ha recibido un disparo.

—¿Qué? Pero ¿qué ha pasado?

Derek le echó una mirada preocupada.

—Ni idea, acudí al escuchar la alarma. No vi a nadie salir, me acerqué con rapidez... ¡Apaga la alarma, joder!

Brian obedeció y se derrumbó de nuevo cerca de la mujer que amaba. Apartó el cabello rubio a un lado, despejando su cara. Rachel estaba más pálida que de costumbre.

—Iré a comprobar la casa —dijo Derek sacando un arma de la parte de atrás de su pantalón.

—Rachel, ¿puedes oírme?

Todo su mundo estaba oscilando. El miedo le estaba retorciendo las entrañas.

Con cuidado se inclinó sobre ella, le tomó el pulso y suspiró con alivio. Era algo rápido pero constante. Escuchó las sirenas acercándose, la ambulancia y la policía del condado de Queens a la que Derek había dado la alerta.

—Rachel, estoy aquí, nena. —Había consuelo en su voz, y también terror.

¿Habría sido un robo fallido?

Dos agentes uniformados entraron en la casa.

—¿Por qué habéis tardado tanto en llegar? —los recriminó con dureza.

Ellos no se inmutaron, sabían a quién pertenecía la casa.

—Acudimos enseguida, señor. Hágase a un lado, están entrando los sanitarios para hacerse cargo de su esposa.

Poco tardaron en entrar con una camilla, maletines médicos y demás.

Brian apenas se alejó de su mujer, no la perdía de vista.

—Hay un SEAL inspeccionando la casa, va armado, no disparen —les advirtió—. Se llama Derek Clark.

—Muy bien, necesitaremos su declaración también.

Más tarde siguió a la ambulancia de camino al hospital, poniéndose a su vez en modo policía y obligándose a calmarse, y llamó a la central de su comisaría.

—Aquí el capitán Hamilton, han agredido y herido a mi esposa en nuestra casa. Quiero a todo el mundo que esté disponible y que envíen al equipo de balística al Hospital Downtown y la Científica a mi domicilio —ordenó.

No era él mismo cuando consiguió aparcar el vehículo en el parquin del hospital. Tenía taquicardia, así que inspiró hondo varias veces, siendo incapaz de encontrar un motivo por el cual su mujer fuese atacada. Era uno de los barrios más seguros, tenían como vecinos a policías, entre otros. Dio una patada al neumático y corrió hacia urgencias.

Acababan de llegar con Rachel.

—Mujer, 35 años, herida de bala en la rodilla —escuchaba que decían, alterándole la sangre—. ¡Quiero radiografías y un TAC ya! ¿Alguien sabe su grupo sanguíneo? —preguntó la doctora de urgencias.

—Es cero positivo —dijo Brian acercándose a su mujer y cogiéndole la mano con cuidado.

—No puede estar aquí, vaya a la sala de espera, necesita rellenar...

—¡No me diga qué he de hacer! —estalló silenciando a todo el equipo, que se lo quedó mirando por un breve segundo—. Soy capitán de la policía y es a mi mujer a quien han disparado.

Conocía a la cirujana, aquellos ojos verdes lo estudiaban con calma.

—Salga ahora mismo, señor Hamilton. Aquí no es más que el marido de una paciente. Le daré noticias cuando sepa más. Lo prometo.

La manera en que pronunció cada palabra le erizó la piel.

—¡A quirófano! —anunció.

Brian observó a Rachel en aquella camilla, la habían despojado de la

ropa y una sábana verde la cubría hasta por encima del pecho.

—Esperen, por favor —suplicó con la voz quebrada por el dolor. Se inclinó sobre ella y besó su frente, notando que sus ojos se desbordaban de lágrimas—. Eres una luchadora, Rachel, te amo. Regresa a mí.

La alejaron de él, y la pura verdad era que nunca se había sentido tan aterrorizado, tanto que el autocontrol que hasta ahora estaba aguantando con precariedad estaba a punto de romperse.

Tuvo que dar un infierno de datos en recepción, todo lo referente a su mujer. La paciencia no era su fuerte, y menos en ese momento, pero lo soportó.

Llamó a la familia, primero a los padres de Rachel, que todavía estarían preguntándose dónde se encontrarían. Recibieron la noticia con sorpresa y conmoción. Les dijo que Rachel estaba en quirófano y que tuvieran cuidado en la carretera. Prometieron tenerlo. Luego llamó a los demás, a sus propios padres y a sus hermanos. No pudo explicarles mucho, se estaba quedando sin voz por el dolor y la furia contenida.

Un disparo en la rodilla no era tan grave, especuló. Rachel se recuperaría y con una buena rehabilitación y suerte no le quedarían secuelas. Podía imaginarla despotricando, quejándose de la cicatriz y estando enfadada con el barrio que supuestamente era seguro.

Suspiró. El terror que sentía no era comparado con lo que había sentido en el coche. Retrocedió en su mente, reviviendo la llamada y su llegada a casa. Cerró los párpados con fuerza.

Aquel que osó tocar a Rachel estaba en serios problemas. Lo encontraría y se encargaría personalmente de él. Haría de su cara un mapa irreconocible, le rompería cada dedo de las manos. Encontraría la manera de hacerle suplicar por su vida y le haría comprender por qué había atacado a la mujer equivocada, además de romperle los dientes por ello. Recordaba la bala en la rodilla, la sangre y el miedo en su voz.

Su hermano Mark fue el primero en llegar y acercarse con rapidez, poniendo una mano en su hombro. Tenía, al igual que él, una expresión de incertidumbre.

—¿Se sabe algo?

—Nada, llevan casi una hora dentro.

—¿Y el que la atacó?

Brian sintió que la bilis le subía por la garganta y se obligó a tragar saliva.

—Están investigando.

—Conociéndote, todo el mundo estará buscando a ese hijo de su madre.

Asintió hacia su hermano, no confiando aún mucho en su voz. Se sentaron y las horas discurrieron con una lentitud desesperante. Los padres de Rachel se veían angustiados e inquietos. Echó un vistazo a su hijo menor, Aarón, que dormía en los brazos de su suegro y que se quejó al ser pasado a los de Mark. Se acercó y depositó un beso en su cabeza, deseando que su madre saliera ilesa de aquel ataque.

—¿B.J? —Buscó con la mirada a su hijo mayor.

—Nuestros vecinos, Andrea y Charles, se han ofrecido a cuidarlo. Están al corriente y nos han dicho que no nos preocupemos —aclaró su suegro—, pero no hubo manera de dejar a Aarón. Se echó a llorar apenas nos alejábamos de él.

—Ese niño necesita mano dura —contraatacó su suegra con crítica.

Una mirada de Brian la hizo frenar un poco.

—No diga tonterías.

—Es la verdad —replicó con altivez.

—Vamos a por un café —ofreció Mark para alejarlo de la polémica discusión que se avecinaba.

Apenas cinco minutos después regresaban con un par de vasos humeantes, pero no se acercó a sus suegros, sus ojos estaban trabados en las dobles puertas que daban al quirófano con impaciencia. Al final acabó tirando a una papelería el vaso a medio beber, tenía el estómago revuelto.

—Todo irá bien —intentó tranquilizarlo Mark, que acunaba a su sobrino contra su torso como si fuera su propio hijo.

—Nadie nos dice nada, ¿por qué puñetas tardan tanto? Es una herida de bala en la rodilla. No debería haber complicaciones, ¿verdad?

—Lo vamos a descubrir enseguida.

Brian se cruzó de brazos y vio a la doctora Evans, que se estaba acercando con una expresión insoldable y la mandíbula tensa, un lenguaje corporal inequívoco. Con sus labios apretados en una fina línea sombría y esos ojos verdes inexpresivos y despreocupados, solo a primera vista.

La evaluó de nuevo con más atención:

Alterada, eso es lo que parecía. Lo que denotaba la rigidez de su postura combinada con algún tipo de anhelo que él percibió mientras le devolvía la mirada.

Jamás se imaginaría la noticia que estaba a punto de darle.

Brian parpadeó, cambiando el peso de pierna, y fue a su encuentro. Fuera lo que fuese lo que había visto, había desaparecido.

—¿Cómo se encuentra mi mujer?

—Logró salir de la cirugía.

Un suspiro de alivio surgió de Brian.

—Gracias a Dios. ¿Puedo verla?

—En un momento, tengo que comentarle algo.

Brian se puso tenso, la actitud de la cirujana le puso los nervios de punta.

—¿Qué?

—Voy a ser clara y directa, aunque no me explique lo que sucedió. Encontramos en el análisis de sangre de su esposa una fuerte cantidad de sustancias peligrosas.

—¿De qué tipo? ¿Qué está intentando decirme? —exigió.

Megan no se hizo esperar.

—De tipo destructivo. Su mujer presenta una amnesia provocada químicamente.

—¿Qué?! —soltó Brian con alarma, la incomprensión se estrelló contra él como un golpe.

—Siento mucho ser portadora de tan desafortunadas noticias.

—Pero ¿Rachel se encuentra bien? ¿Está consciente? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No. Está en coma inducido, tiene el cerebro muy inflamado.

Brian no fue consciente de que había comenzado a temblar y agarró a la cirujana por los antebrazos con más fuerza de la debida y se obligó a soltarla al percibir su sorpresa. ¿Borrado de memoria? Pero ¿cómo era eso posible? Se sintió invadido por la ira, el miedo, el dolor y el rechazo. Su mente no podía procesarlo ni comprenderlo.

—Quiero verla —suplicó con la voz rota.

—Sígame, es por aquí, pero solo un par de minutos —advirtió la cirujana.

—Brian...

—Ahora no, Mark.

—Sé fuerte, hermano —le escuchó decir.

Atravesaron las puertas, Brian se frotó las palmas de las manos, que de repente tenía sudadas, en los pantalones. Se cruzaron con un par de personas vestidas con pijamas azules. Apenas llegaron y la cirujana lo detuvo poniendo una mano en su torso y retirándola al instante, pidiéndole así que la mirara a los ojos.

—No conocemos con exactitud cuál es el grado del daño causado. No lo sabremos hasta hacer algunos estudios, pero por ahora la mantenemos dormida por precaución. Con suerte, en unas horas tendremos más idea de a qué nos

enfrentemos.

—¿Puedo verla?

—Sí, pero debe saber algo más —argumentó la doctora dando un paso atrás.

—¿Qué?

—Tiene un ventilador conectado para ayudarla a respirar, por el coma inducido —explicó con calma—. Está cómoda y tranquila. No está sufriendo, ¿lo entiende?

—Alto y claro.

Por fin, se apartó y empujó la puerta permitiéndole entrar.

Cuando Brian vio a su mujer, se dio cuenta de que le costaba respirar a él también. Era como si todo el oxígeno saliera de sus pulmones cuando la realidad lo golpeó con una fuerza demoledora. Cruzó la habitación y tomó la mano de Rachel para llevarla a sus labios y besarla varias veces. Estaba caliente. Besó también su frente, ansiando arrimarse más y abrazarla, pero había demasiados tubos y cables. Se le estaba haciendo difícil verla a través las lágrimas, así que se secó los ojos con la manga de la camisa. Parecía tan apacible, como si estuviera echándose una siesta.

—Te amo, Rachel —susurró—. Te amo —repitió con estremecimiento, no quería perderla—. Te amo con todo mi corazón.

Sabía que no podía oírlo, pero le habló en voz alta por si sus palabras le llegaban al subconsciente.

—Rachel, tienes que superar esto. —Besó su mano de nuevo, inclinado sobre ella—. No puedo vivir sin ti, nuestros hijos te necesitan. —La giró y besó la palma caliente, luego la presionó contra su mejilla. La sensación de su piel contra la suya fue abrumadora. Por un momento no estaba seguro de si alguna vez volvería a sentirla. Cerró los ojos y besó su palma una y otra vez.

—Señor Hamilton, tiene que salir, por favor.

Brian se enderezó y dio un paso atrás, luego volvió a dar un paso adelante

y se inclinó para posar los labios con delicadeza en la mejilla de Rachel, afectado y tan destrozado que le costó coordinar los pies para obedecer a la doctora.

Cuando regresó al área de la sala de espera, todos esperaban ansiosos por tener noticias. Su mirada recorrió a la multitud con preocupación.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia adelante, apoyando la frente en el hombro de su padre que conociendo a su hijo, e intuyendo lo peor, ya se había acercado corriendo. Tomó varias respiraciones profundas, pero la presión en su pecho solo continuó creciendo. Trató de mantenerlo oculto, de guardárselo para sus adentros. Pero fue imposible.

Brian llevó las manos a su cara y se rompió.

## Capítulo 2

—Brian.

Estaba recostado en el suelo de la sala de espera con la espalda apoyada en la pared. No conseguía abrir los ojos, estaba reventado.

—Brian, despierta.

Siguió sin poder abrirlos, la luz fluorescente del techo le estaba matando las retinas en cada intento, pero algo en aquella voz familiar hizo que abriera una rendija.

—¿Kira? —preguntó confuso.

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió enderezarse apoyándose en la hilera de sillas de plástico, gruñendo un juramento bajo. Estaba desorientado pero no tonto, y su hermana pequeña no debería encontrarse fuera del área de maternidad. Ella no lo perdió de vista, iba en batín y pantuflas, estaba sentada en una silla de ruedas y sostenía un bebé diminuto contra su pecho.

—No deberías estar aquí, diste a luz ayer...

—Lo sé, pero estaba muy preocupada. —Se contemplaron con entendimiento, Anderson se mantenía detrás de ella con una mano apoyada en su hombro.

—Lo siento, debería haberme acercado a verte —intentó justificarse.

—No te disculpes, hermano. ¿Tienes noticias de Rachel?

—Todavía no.

El bebé eligió ese momento para darse a conocer y emitió un lloro quejumbroso.

—Ah, mira quien quiere conocerte. Brian, quiero presentarte a nuestra

hija, Mía Rose Anderson Hamilton.

Kira le pasó a su hija envuelta en una mantita blanca, llevaba un gorro rosa y un pijama tipo pelele con motivos bordados aterciopelados. Brian la cogió con extrema precaución, teniendo cuidado de sostener bien la cabecita laxa, y la acunó, bajando el rostro y dejando un beso en el suave cabello de su nueva sobrina.

—Bienvenida al mundo, Mía Rose —musitó con la voz entrecortada—. Eres tan diminuta y preciosa. Te quiero, sobrinita. Tienes unos padres maravillosos que han estado esperando meses tu llegada.

Sin darse cuenta, Brian estaba llorando otra vez, pero no con el abandono de la noche anterior. Era feliz por su hermana y su cuñado, Steve; en los meses de embrazo ambos habían experimentado el primer año de casados y la dulce espera del bebé. Todo había sido muy rápido entre ellos, pero no por eso menos intenso y lleno de amor.

—Es un encanto de niña, y tan suave... —La arrulló pasando los labios por la sedosa piel de su mejilla.

La niña se removió y abrió los ojos, luego bostezó.

—Va a ponerse a llorar en nada.

—¿Cómo lo sabes? La veo tranquila —arguyó Kira con un mohín divertido.

Él le echó una ojeada donde la experiencia brillaba. Anderson le palmeó la espalda a su cuñado, se le veía lleno de amor y orgullo, con una enorme sonrisa. Y, efectivamente, Mía comenzó a retorcerse, a agitar los puños y a llorar.

—Vaya, hermano, eres todo conocimiento —dijo Kira con una risa.

Brian se la volvió a entregar y se enderezó llevando las manos a los riñones y removiéndose con incomodidad.

—Ahora vuelvo, acompañaré a mi mujer e hija de vuelta a la habitación —dijo Anderson con firmeza y apoderándose de la silla con ruedas.

—Te quiero, Brian. Sé fuerte —le dijo Kira.

—Gracias, Kira. También te quiero.

—Hola. ¿Volvéis a la habitación?

La voz de Bells fue un bálsamo para sus sentidos, ella intercambió unas pocas palabras con Kira y Steve y los dejó marchar. Se acercó a él y lo abrazó, consciente de que necesitaba eso.

—Joder, lo siento —se excusó Brian llevándose las manos a la cara y frotándose los párpados húmedos—. Te he mojado la camisa.

Se alejó y dejó caer su trasero en la silla.

—Da igual, se secará.

—Me estoy volviéndolo loco, parece que el tiempo no avanza.

Bells le frotó la espalda en un gesto de consuelo, tomando asiento a su lado.

—¿No has vuelto a hablar con el médico?

—Sí, con el neurólogo. —Brian hizo una mueca.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha explicado que la zona más afectada de su cerebro es donde se almacenan los recuerdos —reveló sintiendo que se le oprimía el corazón—. Sabrán más cuando intenten despertarla.

—¿Tiene posibilidades de recuperarse?

—No lo sé, Bells —suspiró con inquietud.

No se separó de su lado, apoyándolo moralmente hasta que llegara el momento en el que le permitiesen visitar a Rachel. Fue entonces cuando Bells lo acompañó hasta donde le dijeron y le echó una mirada de ánimo, Brian aspiró con gratitud y echó a andar con nerviosismo hacia la habitación de cuidados intensivos. Allí contempló a Rachel con impotencia. No había tantos cables como el día anterior y aprovechó para bajar la barandilla, recostarse a

su lado con delicadeza y apoyar la cabeza en su hombro junto a la de ella, pero sin llegar a molestarla. Acariciaba la piel de su brazo con ternura y anhelo.

—Recupérate, nena, te necesito tanto... Te amo.

~

Mark encontró a su mujer fuera de la sala de espera enjugándose las lágrimas con un pañuelo desechable. Se apresuró en rodearla con los brazos y besar su mejilla caliente y húmeda. Todos estaban muy sacudidos y tocados, era duro de asimilar.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, es que es muy cruel. El ataque a Rachel fue intencionado, ¿sabes, Mark? Pero ¿para hacerle daño a Brian?, ¿un ajuste de cuentas? Se me ocurren un centenar de razones, pero ninguna tan retorcida como para hacer tanto daño.

Mark bajó las manos hasta sus caderas mientras se mordía el labio inferior.

—Bella, estás razonando como una poli.

—Te recuerdo que lo fui. —Se encogió de hombros con una mueca irónica—. Lo llevo en la sangre, supongo.

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—No me olvido, te lo aseguro.

—Y tampoco que eso me trajo de vuelta a tus brazos.

—Menos mal. —No la perdió de vista y deslizó las manos por su trasero, acercándola hacia su cuerpo—. Te amo, eres y siempre serás la única en mi corazón.

—Te amo —corroboró ella con pasión y derritiéndose como la mantequilla.

Isabella le tomó el rostro entre las manos y lo atrajo para besarlo. Se demoró sobre su boca, presionando con fuerza como si lo respirara. Se

separaron y unieron sus frentes con un suspiro.

—Vamos a estar ahí para Brian y Rachel para lo que haga falta —dijo Mark.

—Siempre.

—Pues necesito que dejéis las manos quietas y los besuqueos para otro momento, par de tortolitos.

Se apartaron ante la voz de Brian que, al menos, no perdía el humor, pero la presencia de este fue muy breve.

—Lo sentimos —exclamó Mark con un guiño.

—Mientes fatal, pero lo agradezco. Solicito un gran favor de vosotros dos.

—Lo que sea —lo alentó Isabella, que le pasó una bolsa—. Te traje ropa limpia.

—Gracias. Os pido que os hagáis cargo de mis hijos, un día más en casa de mis suegros y B.J es capaz de escaparse por la ventana, por no hablar de Aarón, que llora más que de costumbre.

Mark fue el que respondió.

—El tiempo que sea necesario, hermano. Ni lo dudes.

—Gracias. ¿Bells? —Ella le sostuvo la mirada—. No puedo pedirle ayuda a Anderson de momento y tú eres mi único recurso.

—¿Para saber cómo va la investigación?

Brian comenzó a desesperarse. Dio un paso y tragó saliva.

—Exacto. Me han dejado fuera de todo, es demasiado personal, pero me da igual, quiero saber cómo van, qué han descubierto.

—¿Es que no te fías de tus hombres? —preguntó Mark, algo desconcertado.

—No, no es eso. Ya casi no me queda nadie dentro; Stone se ha jubilado,

Mackenzie está a saber dónde lamiéndole el culo a Kelly, Rayan no sabe de qué pie baila y los demás son novatos entre tiburones.

—¿Y cómo crees que me voy a enterar si ya no tienes ni a una persona de confianza?

—Venga, Bells, fuiste un agente del F.B.I. Te entrenaron para eso y mucho más —se exasperó Brian.

—Pero ya no estoy de servicio, recuerda que el agente especial Isabella Farrell desapareció hace años. No puedo arriesgarme a ser descubierta, debe de haber otro modo de proceder.

Un rojo púrpura comenzaba a cubrir las mejillas de Brian. Se cruzó de brazos, sintiéndose a punto de estallar.

—¿Es lo único que te da miedo? ¿Y mi mundo qué? Rachel está debatiéndose entre la vida y la muerte en estos instantes. No te estoy pidiendo que te exhibas ante todos, solo quiero un poco de información, ¡joder! ¿Es mucho pedir? —soltó con retintín.

—Oye, Brian, baja el tono, ¿quieres? —Mark, presintiendo lo mal que lo estaba pasando su hermano, intentó mediar.

—Tranquilízate, haré lo que pueda —le dijo Isabella con un gesto conciliador.

Los fulminó con la mirada.

—Iros a la mierda los dos.

Agobiado, Brian cruzó la sala y deambuló por los pasillos del hospital. Terminó en un lugar que conocía muy bien, por desgracia, pero no le molestó. Necesitaba estar a solas y aquel sitio era perfecto. Al bajar la vista, se dio cuenta de que todavía sostenía la bolsa que le había dado Bells.

Resopló.

Echó un vistazo alrededor buscando ducharse.

—¿Qué hace aquí, señor Hamilton?

Se dio la vuelta para enfrentar a la sorprendida doctora Evans.

—Buscaba una ducha.

—¿En la morgue? —Arqueó una de sus cejas oscuras.

Se encogió de hombros, bajando los ojos al suelo y luego a ella de nuevo.

—Llevo cerca de cuarenta y ocho horas en este hospital, necesito ducharme y cambiarme de ropa. Aquí me pareció un buen lugar.

—No se lo recomiendo —lo contradijo ella, pero entendiéndolo—, aquí huele mal y está lleno de formol y otros productos. Sígame.

No se hizo de rogar. Brian se frotó las sienes donde le latía un fuerte dolor de cabeza. Atravesaron un par de pasillos, aquella zona le era desconocida. Megan abrió una puerta con una tarjeta identificativa.

—Tiene una ducha a su derecha y hay toallas limpias en la repisa detrás de la puerta. Asegúrese de cerrar bien la puerta al salir.

—Gracias, doctora Evans.

Ya estaba quitándose la camisa con movimientos erráticos cuando ella salía.

—Le he dejado paracetamol en la mesa y hay agua embotellada en el primer cajón.

Brian exploró por el rabillo del ojo, escrutando su rostro. No le dio tiempo para darle las gracias cuando ya había desaparecido. Curioso, echó una ojeada comprobando que no era solo un despacho, sino también un lugar de descanso con un sillón reclinable y una nevera. Se metió en la ducha en menos de un minuto, agradeciendo sentir el chorro de agua caliente en su cuerpo.

Rachel era su prioridad absoluta.

No podía concebir una vida sin ella. Algo dentro de él se había roto, estaba tan asustado que las manos le temblaban y el corazón le cabalgaba en el pecho. ¿Por qué cojones le habían hecho eso a su Rachel? Si tenían una

*vendetta* con él, que le pegaran un tiro, joder, pero no tenían derecho a tocar a lo más sagrado de su existencia.

Abatido, imploró al cielo, a Dios, a todos los ángeles y a santa María Virgen por un milagro.

Ya vestido, tuvo una idea y ni pidió permiso, lo haría más tarde. Se instaló en la mesa de la cirujana y encendió el ordenador y la impresora. Conectó su móvil con el cable y buscó todas aquellas fotos que guardaba en el dispositivito. Iba a empapelar la habitación de Rachel con todas las que pudiera, lo llenaría de momentos inolvidables, de él y de los niños en diversos períodos de sus vidas.

Antes de salir de la habitación, se tomó el paracetamol con gratitud y le dejó una nota a la doctora junto a un billete que cubriría con amplitud los gastos de impresora, esperando no haberla metido en un lío.

## Capítulo 3

Encontrar a Anderson fuera del despacho de la doctora no sorprendió a Brian, que tuvo cuidado de cerrar bien la puerta. Se pasó una mano por el pelo corto, que aún permanecía húmedo.

—Deberías estar con tu mujer.

—Está dando de mamar a Mía. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Aquella simple pregunta y muestra de lealtad por parte de su cuñado lo emocionó profundamente. Se esforzó por respirar, había conseguido alterarlo.

—Nada, Anderson. Ya se están encargando de la investigación.

—¿Quieres hacerme creer que vas a quedarte de brazos cruzados? — Había sarcasmo en la voz del detective, y al mirarlo a los ojos añadió—: No cueela.

—Me han apartado, ya sabes cómo funciona el sistema.

—Por supuesto que lo sé.

Brian vio la determinación y supo que nada lo detendría.

—Por favor, que no te pillen.

—Nunca lo hacen. —Le guiñó antes de coger la dirección contraria por el pasillo.

Aquel mismo día, unas horas más tarde, el llanto de su hijo Aarón sorprendió y aterró a Brian, que saltó buscándolo con desesperación. Mark sostenía al niño con el ceño fruncido y venía caminando con rapidez.

—No ha dejado de llorar, te necesita —dijo Mark llegando a él y girando al niño con manos firmes para entregárselo.

Cuando Aarón reconoció a su padre, inmediatamente extendió los brazos en un ruego.

—Peque —arrulló Brian.

Aarón le rodeó el cuello y lo estrujó con todas sus fuerzas. Después de que el niño le diera un sonoro beso en los labios, se abrazó a su padre descansando la cabeza en el hueco entre su cuello y el hombro. Brian comenzó a mecerlo, transmitiéndole calma, acariciando su espalda con costumbre.

—Papá —susurró Aarón con la voz llena de desesperación.

—Sí, papá está aquí. Siento haberte dejado tantas horas. Tranquilo, tesoro.

—¿Mamá? —Buscó sus ojos con interrogación y agotamiento.

—No puedes verla, todavía. Hay que esperar —intentó hacerlo comprender.

—Mamá. —Aarón hizo un puchero con los labios.

«Yo también quiero a mamá», pensó con dolor.

Brian alcanzó la camiseta que llevaba en la bolsa de las pertenencias de Rachel, colocándola de manera que su hijo Aarón respirara la tranquilizadora esencia de su madre. De inmediato el niño se calmó y comenzó a bostezar, apretujando entre su deditos la preciosa prenda. La extenuación del niño le llevó a quedarse dormido acurrucado contra su pecho con la cabeza apoyada en su brazo. Acunarlo lo reconfortaba a él también, sentir el peso familiar bajo sus manos, su calor, su aroma lo ayudó a serenarse. Besó con suavidad la frente perlada de sudor, Aarón tenía las mejillas sonrosadas.

—Tu hijo no comprende lo que está pasando, pero lo de la camiseta ha funcionado, es genial —dijo Mark.

—Está impregnada de su perfume, el de Rachel, la llevaba bajo la blusa el día que fue atacada. Aarón no se despegaba de su madre desde su nacimiento y de repente no la ve en absoluto. Es normal que se sienta perturbado.

—Recuerdo lo alterado que estaba Andrew cuando fui a recogerlo cuando su madre murió, no dejaba de llorar —recordó Mark con entendimiento—. Hablando de otra cosa, tu suegra no fue de lo más amable

cuando fuimos a recoger a los niños.

—¿Qué dijo esa perra? —quiso saber.

—Que no había que ceder a su capricho, que los estabais maleducando y mimando demasiado.

Brian bufó.

—Ahora entenderás por qué no pueden quedarse con mis hijos. —Mark asintió con seriedad y suspiró—. Siento que antes discutiéramos, dile a Bells que lo lamento.

—No hace falta, lo sabe. No estás viviendo una situación fácil, y Bella te va a ayudar.

—Mejor que no haga tonterías, no la quiero en problemas por mi culpa. Tenía razón —admitió.

—Tranquilo, hermano. Sé fuerte.

Se despidieron con un abrazo y Brian siguió con la mirada a su hijo dormido en los brazos de su tío y sintió una opresión en el corazón. Todo había cambiado en pocos días y los niños eran los que más lo notaban.

Agitado y nervioso, volvió a la sala de espera donde el ambiente cargado le daba ganas de huir. Mucha gente continuaba viniendo a visitarlo, preocupados e inquietos, pero un par de caras que no esperaba ver le hicieron sentirse agobiado.

—Capitán, no he podido venir antes —dijo Ryan—, mucho trabajo.

—Y yo apenas me enteré. No estar ya de servicio es una mierda —expuso Stone, el recién jubilado inspector.

Les estrechó la mano con gratitud.

—Gracias por pasaros, pero no hay novedades. Rachel continúa en coma inducido, prevén disminuirle la dosis en unas horas para ver cómo reacciona.

—En casa rezamos para que se recupere por completo —dijo Stone haciendo referencia a él y su mujer, María.

—Gracias. Rayan, ponme al día —ordenó con ansiedad, se moría de ganas por saber.

Este asintió y se acercaron para hablar con más intimidad.

—Creemos que alguien atacó a la señora Hamilton cuando se disponía a entrar en la casa, de ahí que la puerta no estuviese forzada y no le diera tiempo a desactivar la alarma. No hay huellas, ni los vecinos han visto nada.

—¿Eso es todo?

—De momento sí, señor.

—¡Es una gran mierda! —se cabreó Brian.

Rayan dio un paso atrás conociendo bien a su jefe y sus arrebatos.

—Lo siento.

—Voy a solicitar volver al cuerpo de policía, necesitan a todos los hombres disponibles —afirmó Stone con decisión.

—No, mierda, hombre, no. Estás jubilado.

—¡Y me aburro, joder! —lanzó Stone con frustración, agitando los brazos.

—¿En serio?

—Ya lo creo, mi rutina consiste en de lunes a jueves ir a yoga por las tardes —expuso con resentimiento—, los viernes toca mercado, los sábados, si hay suerte, los niños vienen a cenar, pero no siempre, tienen sus vidas y parejas. Los domingos, día del Señor, sesión de Scrabble con el club de amigas de mi esposa toda la tarde.

—Oh, hombre, que afortunado —bromeó Rayan.

—No te burles, polluelo. Te gano en experiencia policial.

Brian sonrió un poco ante las pullas entre sus hombres. Echaba de menos a Stone y su sentido del humor, sus buenos consejos y su nobleza.

—No me llames así, llevo años siendo policía. Ya no soy un novato —le

echó en cara con énfasis.

—Lo que tú digas.

—¿A quién tienes de pareja ahora, Rayan? —intervino Brian aplacando la discusión.

—Al peor de todos —se cruzó de brazos con rabia—: Mont.

Incluso para los pocos años que llevaba en el cuerpo de policía, Rayan ya sabía de la mala reputación de Mont. Nadie lo quería de compañero, no se tomaba el trabajo en serio y se rumoreaba que era corrupto y que desaparecía pruebas, o que estas aparecían a su conveniencia.

—Joder —masculló Stone—, el peor es poco decir.

—Si consigo pruebas de que es corrupto, ¿me cambiaría de unidad, jefe?, ¿a la suya? —conjeturó Rayan con expectación y esperanza.

—No te metas en problemas, hijo, ese tipo es rencoroso y peligroso —intervino Stone.

—No le temo. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Por qué no le traes un café al jefe? Tiene cara de necesitarlo.

—De acuerdo —aceptó.

Una vez solos, Stone y Brian intercambiaron una mirada.

—Me recuerda a ti cuando eras un novato aficionado.

La familiaridad que empleaba ahora Stone estaba cargada de significado.

—Que no se entere. —Brian meneó la cabeza haciendo una mueca.

—Tipos como ese chaval llegan muy lejos, tú eres la prueba de ello.

Brian alzó una ceja con perplejidad.

—Yo no era tan problemático, ¿no?

—No, no. Que va.

—No has sonado muy sincero, cabrón —señaló Brian.

—Una mujer diferente cada noche, o eso recuerdo. Llegabas tarde muchas veces y te dabas aires de suficiencia y grandeza.

—Hasta que conocí a Rachel y me bajó los humos.

La tristeza le oprimió el corazón como un hierro candente.

—Y te volviste más sensato, cierto. No pierdas la esperanza.

—No sé qué va a ser de nosotros. ¿Cómo despertará Rachel? ¿Habrá perdido todos sus recuerdos o solo parte de ellos?

Había más pensamientos que no osó compartir porque estaba muerto de miedo.

—Que esté bien es lo importante. ¿Sabes el despliegue policia que hay en torno al hospital?, ¿y familiares?

—Sí. Que ataquen a la mujer de un capitán de policía es algo muy grave.

—No imagino cómo te sientes.

—Como una mierda impotente —intentó explicarle.

—Café para los viejales.

Aquella intromisión y falta de respeto por parte de Ryan fue la distracción que necesitaban, pero no la más acertada.

—¿Nos acabas de llamar viejos? —cuestionó Brian con una mirada de pocos amigos.

Una inmensa furia lo inundó, implacable. Un mordaz sermón acudió a sus labios. Apretó los dientes y las contuvo por el bien de todos. No era el lugar adecuado y Ryan cambió el semblante, poniéndose pálido.

—Lo siento, señor, no fue mi intención insultarles. Solo intentaba distraerles un poco, se ven muy serios.

—Desaparece, Ryan —le advirtió Brian.

—¡A la orden, mi capitán!

Cuando Ryan desapareció, Stone tosió para no acabar riendo.

—Es clavadito a ti...

—Cállate, Stone —gruñó Brian sacudiendo la cabeza.

—Mejor me voy, es casi la hora del Bridge —masculló con amargura.

Se despidieron con un apretón de manos y Brian comenzó a desesperarse otra vez. Ya habían pasado días desde que atacaron a Rachel, sabía que hoy iban a disminuirle la dosis de sedantes que la mantenían en coma inducido, y eso lo aterrizzaba por un centenar de razones diferentes. Él lo único que quería era que despertara y se encontrara todo lo humanamente bien posible. Sin secuelas de esas que destrozaban a las personas y las dejaban en un estado vegetativo o peor, locos.

«No vayas por allí...», se reprendió. Esos pensamientos lo destrozaban.

—Señor Hamilton, puede pasar —lo informó la doctora Evans. —Ah, y gracias por la nota dejada en mi escritorio. No había por qué.

—No fue nada, en serio. ¿Está despierta?

—Todavía no, pero no tardará.

La siguió con impaciencia hasta llegar a la puerta de la habitación de Rachel.

—Estoy asustado —confesó con un hilo de voz.

Los ojos verdes de Megan se clavaron en los suyos con comprensión.

—No pierda la fe, señor Hamilton.

Él negó con la cabeza y tomando una larga y precaria respiración, se adentró en cuidados intensivos. Descubrió que Rachel ya no llevaba respirador y sabía que eso era buena señal.

Deslizó los dedos por el contorno de su rostro.

—Cuanto te amo, Rachel. No sabes lo aterrizzado que me tienes, regresa

a mí, nena. Te necesito, mi amor.

Nadie intentó apartarlo cuando se pasó el tiempo permitido. Brian también notó la discreta presencia del neurólogo y la cirujana, que se mantenían a cierta distancia pero vigilantes.

—Venga, Rachel, abre los ojos. Vuelve —la alentaba con palabras y besos.

No se cansaba de tocarla, lo necesitaba.

—¿Qué...?

Brian contuvo el aliento, vio con sus ojos el temblor en los labios de su mujer y su alegría fue en aumento. El corazón se le aceleraba, la euforia inundaba su cuerpo. Rachel estaba despertando.

—Hola, nena. —Sonrió con amor, quería que fuese lo primero que viera.

Cuando por fin Rachel abrió los ojos, parpadeó aturdida. Se veía pálida y cansada, pero, sobre todo, parecía insegura cuando plantó su hermosa mirada azul en Brian.

—¿Me recuerdas?

—¿Qué ha pasado? —Rachel eludió su pregunta e hizo una mueca de dolor al mover la pierna—. Me duele.

—Te dispararon por encima de la rodilla. Fuiste atacada.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo —susurró.

—¿Qué más no recuerdas?

Ella seguía observándolo desde unos ojos en los que brillaban la confusión, el desconcierto y, por último, el pánico.

—Nada, nada en absoluto. ¿Quién eres tú?

—Soy Brian, tu marido —balbuceó descorazonado.

Se quedó paralizado al comprender el significado de sus palabras, pero, en el interior de su pecho, el corazón le vibraba como un cohete a punto de

explotar.

Cerró los ojos. Le picaban. No, le dolían como si alguien estuviera clavándole alfileres.

¡Maldición!, no iba a llorar.

Contuvo las lágrimas y la observó fijamente otra vez, intentando decidir qué hacer.

—Buenas tardes, señora Hamilton, soy el doctor Grey... —se presentó el neurólogo acercándose por el otro lado de la cama.

—Hola. ¿Qué me ocurre?

—Vamos a hacerle unos exámenes antes de darle un diagnóstico.

Ella asintió temblorosa con la cabeza.

—Estoy asustada. Muy asustada.

—Lo sé. —Brian la vigiló muy serio, escuchando lo que decía el doctor —. Todo va a ir bien. ¿No le suena familiar este hombre? Mírelo con atención.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que pensó que se le saldría del pecho. Apenas podía respirar lo suficiente como para hablar.

—No.

Él se quedó helado. Apretó los dientes mientras trataba de pensar, a pesar de que se le había quedado la mente en blanco. Intentó tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta. Le dolía la mandíbula. La sangre bombeaba por sus venas como un río desbocado.

## Capítulo 4

Derek detectó al momento que algo no iba bien cuando posó los ojos en Brian. Aquella expresión era la que un hombre mostraba cuando acababa de recibir una muy mala noticia. Brian parecía un fantasma, muerto en vida.

No había podido visitarlo antes, demasiados civiles y policías, y él necesitaba mantener un perfil bajo. Se acercó con cautela, preparado para arrimar el hombro.

—¿Estás bien?

—No —reconoció Brian con pesadez.

Se conocían desde la academia, eran amigos, habían compartido mucho. En ciertos aspectos Brian siempre se mostró más protector que Derek. Por el contrario, Brian tenía su educación y procedía de buena familia, pero por debajo era un auténtico cavernícola. Había llegado a amenazar a cualquier tipo que se atreviera a mirar a Rachel o a mostrarse demasiado amigable.

—¡Tranquilo, espera! —Presionó la mano contra el pecho de Brian porque le dio la impresión de que estaba dispuesto a salir y emprender una pelea con cualquiera.

—¿A qué quieres que espere? Voy a destrozarme. Y tú siempre has sido un jodido cabrón, más interesado en tu ambición que en la justicia. ¿Por qué cojones no prestaste declaración en lo del ataque de Rachel?

—No es tan sencillo y mi declaración no aportaría nada.

—Eso no lo sabes. ¡Quítame las manos de encima!

Ahora Brian estaba furioso. Parecía dispuesto a matar; apretaba tanto la mandíbula que podría rompérsele en cualquier momento. Estaba seguro de que

nunca lo había visto tan enfadado, por lo que apartó las manos en gesto de calma y precaución.

—Sabes lo que habría pasado si lo hacía, habría tenido que abandonar el país y no habría podido ayudarte.

—¿Qué has descubierto? —Interesado, Brian entrecerró los ojos.

—Nada.

La respuesta lo descolocó aún más.

—Necesito salir de aquí, emborracharme —masculló Brian.

Él le echó un vistazo con confusión.

—Eso no resolverá nada.

—Claro que no, pero necesito olvidar que mi mujer no me recuerda, ni a nuestros hijos, ¡ni toda su vida! —estalló.

Brian sofocó un sollozo y se puso la mano sobre la boca, intentando contenerlo, y salió pitando del hospital. Fue al bar más cercano y pidió un *whisky* doble. Derek desapareció de su radar y, ¿la verdad?, le daba igual, era un imbécil prepotente que se había largado para hacerse con un trabajo devastador.

Pensó en su mujer y su falta de memoria. Le habían arrebatado lo máspreciado, maldijo entre dientes. Él suspiró, intentando ahogar la decepción que le roía las entrañas, pero le dio el espacio que ella pedía sin palabras. Rachel lo había mirado como a un desconocido.

¿Cómo sería con los niños? Joder, no quería seguir pensando, lo enervaba profundamente.

~

Rachel no vio aparecer a su esposo en el hospital hasta horas más tarde. Fue examinada y le hicieron todo tipo de pruebas. Estaba exhausta pero lucida, y sobre todo inquieta. Tuvo que creer que todo era verdad cuando le enseñaron las fotografías pegadas a las paredes, era irreal pero no había dudas. Tenía una

familia.

Estaba sentada en el borde de la cama cuando ese hombre alto entró en la habitación. Rachel sintió un nudo formarse en su garganta, tenía ganas de llorar. En el instante en que sus ojos se encontraron comenzó a llorar con descontrol y no entendía por qué. Se cubrió el rostro con las manos, sobrecogida, desconsolada. Inquieta de nuevo.

—Rachel... —susurró la voz de Brian rota de dolor.

Fue incapaz de mirarlo a los ojos. Lo escuchó acercarse, notó su presencia.

—Mírame, nena. Mírame, mi amor, por favor —suplicó.

La forma en que hablaba, con esa voz ronca, la estremeció y agitó por dentro. Se restregó las mejillas húmedas con un pañuelo desechable que luego apretó con fuerza y alzó las pestañas donde aún perlaban lágrimas. Unos ojos llenos de angustia, incredulidad, amor y preocupación la observaban.

—Creo que eres mi marido, ¿no? —Rachel tuvo que aclararse la garganta de tan apretada que la tenía.

—¿Crees?

Rachel asintió.

—Pero no te recuerdo.

—¿Ni a nuestros hijos? ¿Nada?

Negó y las lágrimas salieron volando.

—No. Lo siento, señor.

—Brian, me llamo Brian. El señor es mi padre, por Dios bendito... —se quejó él rompiendo a llorar. Cayó de rodillas y apoyando su frente a un lado de la cabeza de Rachel; ella no osó moverse—. Rachel —sollozó su nombre cerrando los párpados—, pensé que te perdía. Pero ¿qué te han hecho?

—No lo sé, no recuerdo nada... ¿Tenemos hijos?

Lloraba desgarrada de dolor.

—Dos niños de 4 y 2 años.

—¿Tengo una familia y una vida que no recuerdo?

—Sí.

—¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Qué ocurrió?

—Te atacaron y te administraron una droga que borra la memoria. Tal vez sea culpa mía, una represalia —se lamentó lleno de culpabilidad—. Lo siento mucho.

Aquel hombre, Brian, echó un poco la cabeza hacia atrás y la miró con intensidad. Deslizó los dedos por su cabeza en una caricia trémula, pero para Rachel el gesto fue demasiado íntimo y se apartó de él.

—No me toques.

—Solo quiero consolarte. Soy tu marido.

—Eres un extraño para mí.

—Ay, eso duele —se quejó él haciendo una mueca triste.

Se apartó y se puso de pie ante la rigidez que demostraba Rachel, se alejó en dirección a la puerta donde un agente montaba guardia fuera y se detuvo buscando aquellos ojos azul cielo. Estaba dispuesto a acosar a los médicos y a exigir respuestas sobre la salud de su esposa.

—He perdido todos mis recuerdos y de repente me anuncian que estoy casada y que tengo hijos. No tiene sentido, parece mentira.

—Debe de ser desconcertante, sí, pero ¿sabes qué? —pronunció con desasosiego, ella alzó una ceja con interrogación—. Me importa una mierda si no recuerdas nada, eres mi mujer y la madre de mis hijos. Te haré recordar quién eres de una manera u otra, lo juro. Doy gracias de que estés viva, no importa nada más.

Se acercó con una extraña expresión marcada en el rostro y una sonrisa llena de emoción. Pero fue la primera la que hizo que Rachel se estremeciera.

Le rodeó la cintura con sus fuertes brazos, tan delicadamente que la pilló desprevenida. Y propulsándola contra él, más que atrayéndola hacia sí, sus rostros quedaron a una distancia tan corta que sentían el cálido aliento del otro. Rachel percibió el fuerte y acelerado latido del corazón de Brian sobre su pecho.

Tenía los ojos entreabiertos y apenas se veía un destello marrón bajo las espesas pestañas. Rachel, sin embargo, observaba con ojos desmesurados y la boca abierta en un gesto de sorpresa.

—Solo quería dejarlo claro —le explicó Brian con voz ronca—. Eres mía. Mi mujer. Mi mundo. Mi todo. ¡Mía!

Y sus bocas se fundieron.

Rachel se sobresaltó, a medio camino entre el dolor y un placer tan intenso que no supo cómo responder. El beso de Brian sabía a desesperación y a algo muy placentero. Él la animó a deslizar las manos por sus fuertes brazos hasta los hombros, unos hombros musculosos y acogedores.

Pero lo que la hizo tambalearse fue esa boca, los suaves labios, la lengua, prudente y tímida antes de volverse exigente, y el tacto de su rostro donde la suave pelusa de su barba le hizo cosquillas. Ella se unió al baile con esa lengua mientras intentaba recordar cuándo había disfrutado de un beso como ese por última vez, pero fracasó.

Por suerte no fue un beso rápido. No, ese tipo hacía las cosas a conciencia.

Deslizó las manos hasta la nuca de Rachel y las hundió en sus cabellos.

El beso se hizo más apasionado. Ella se descubrió rodeando el cuello masculino con sus manos, hundiéndolas en los castaños cabellos cortos, atrayéndolo hacia sí, apretándolo con fuerza. Por si los labios de ese hombre no resultaran lo bastante embriagadores, el cuerpo alto y musculoso era para marear a cualquiera.

Sus sentidos se agudizaron al máximo mientras sus pensamientos se anulaban y lo único que deseaba era que aquello durara para siempre, que el calor que la envolvía y reconfortaba no acabara nunca. Lo estaba saboreando,

oyendo la respiración entrecortada, inhalando el almizcle que contenía algún componente desconocido con el que no estaba familiarizada.

O tal vez sí...

## Capítulo 5

Brian no podía apartar los ojos de su mujer, ahora dormida. Creía estar soñando y no quería despertar nunca. Temblaba de la rabia que sentía al ver que había sido tratada de esa manera tan cruel. Besó con delicadeza su sien, conteniendo el grito frenético que deseaba soltar. Quería encontrarse cara a cara con ese malnacido, estaba tan cabreado que lo ansiaba.

—¿Estás jadeando?

Bajó la vista hacia Rachel, que lo observaba con preocupación.

—Hace un calor de mil demonios en este hospital —se justificó.

—Estás enfadado, no me mientas.

Una mueca se dibujó en los labios de Brian, siempre le pillaba las mentiras, pero pronto dejó de hacerlo sin percatarse.

—Pensaba en qué le haría al hombre que te atacó.

—Meterlo en la cárcel.

—Rachel... —protestó Brian—. ¿Comprendes cómo me siento ahora mismo? Porque la verdad es que no creo que puedas hacerte ni la más mínima idea.

—Me siento mal, me duelen la cabeza y la rodilla. Y oírte hablar de lo que le harías a ese individuo me horroriza.

—Lo siento. ¿Qué puedo hacer, nena?

—Nada, no hay nada que hacer. Recuerdo algunas cosas...

Ella lo miró con recelo.

—¡Joder, gracias al cielo! —La alegría corrió caliente a través de sus

venas, Brian quiso abrazar a Rachel, pero ella se encogió de dolor—. ¡Lo siento! Es que estoy feliz...

—Yo no tanto —protestó con un gesto de malestar y alzando la vista con temor—. Recordé que no éramos felices, siempre discutiendo, siempre riñendo. Apenas vislumbré tu rostro... y que discutíamos.

Brian sintió que su corazón se rompía. ¿Por qué, precisamente, tenía que recordar eso? Se desinfló como un globo. Si es que se lo tenía bien merecido.

—Date tiempo para recordar, verás que no todo era malo. Los dos tenemos caracteres fuertes y sí, discutimos, no lo niego, pero también nos amamos con pasión.

—¿Has hablado con el médico? —Rachel cambiaba de tema, se la notaba molesta y Brian no quería presionarla.

—Tienes lo que llaman amnesia provocada, no saben si recuperarás la memoria.

Brian no dijo más, pero pudo sentir la tensión en su mandíbula, bajo la barba de varias semanas. La abrazó con cuidado para no hacer daño a su cuerpo maltratado y ella se lo permitió, porque la realidad era que lo necesitaba. El calor que desprendía la reconfortaba y calmaba, Rachel sabía que le esperaba una dura batalla y meses de recuperación y se preguntaba cómo lo conseguiría.

—Me siento rota —susurró contra el hombro de Brian.

—Dios, me cortarían una mano antes de que te pasara cualquier cosa. ¡Lo siento tanto, Rachel!

Los dos se consolaban mutuamente. Rachel notaba el dolor de Brian, él sufría mucho. ¿Cómo habría vivido su ataque? ¿Cómo soportaba la incertidumbre y el no saber?

Tras más exámenes e interrogatorios, Rachel recibió el alta médica al cabo de una semana. Brian la hizo salir por una salida de emergencia porque la entrada principal del hospital estaba atestada de periodistas. Una mujer conducía el 4x4 Hummer y cuando cruzaron sus ojos en el retrovisor, hubo

reconocimiento.

—Isabella.

—Sí —asintió su cuñada, y adivinó que sonreía—. Pronto estaréis a salvo y más tranquilos.

En la mente de Rachel fue como abrir una puerta al pasado en una sucesión de imágenes en abanico. No era de extrañar que ella condujera, fue agente del F.B.I. especializada en escolta. Eran amigas, recordó Rachel, íntimas.

Llegar a casa fue un desengaño, aquel apartamento no tenía nada de familiar para ella.

—Podéis bajar —señaló Isabella.

—Esta no es nuestra casa. —Rachel buscó a Brian con curiosidad.

—No.

Recorrió con la vista el alto edificio, no tenía nada que ver con sus recuerdos confusos. Más tarde, se prometió, le preguntaría.

Isabella se acercó, la forma en que la observaba le transmitió una emoción sosegada.

—¿Te ayudo con la ducha?

—Sí, por favor.

No se sentía con fuerza de lavarse el pelo. Isabella la guio hasta una amplia habitación donde modestas luces decoraban las mesitas a ambos lados de la cama alta con su ropa blanca e impoluta. El suelo enmoquetado en dorado clarito daba un toque moderno, acogedor al menos. Tras introducirse en la bañera, soltó un suspiro. La espuma recubría la superficie del agua y olía a gel masculino, pero no le importó.

—¿Quieres un pijama o ropa cómoda? —preguntó Isabella yendo al armario.

—Pijama, me siento exhausta.

—De acuerdo, no hay nada mejor para recuperarse que un buen sueño reparador.

—¿Tengo muy mal aspecto?

Su cuñada depositó el pijama y la ropa interior sobre el mueble del cuarto de baño y la analizó sin censura.

—No, pero has pasado por una mala experiencia y se te nota cansada — dijo con sinceridad—. Enderézate, te voy a lavar el pelo.

Rachel obedeció, poniéndose en posición sentada. Se sentía a gusto con Isabella, como si fuera natural. Ellas ya habían convivido juntas, se dijo, aquellas tareas de lavarse el pelo, pintarse las uñas, reír, charlar largas horas, trabajar juntas se repetían en su mente como un recuerdo lejano.

—Está muy enredado.

—Sí, tendré cuidado. —Isabella echó una generosa cantidad de champú y masajeó con suavidad—. ¿Cómo te sientes?

—Rota, agotada, con miedo a todo.

Su cuñada la hizo mirarla a los ojos.

—Estás a salvo, Rachel. Nos vamos a encargar de que nadie se acerque a ti, de que te sientas segura de nuevo. Ahora necesitas tiempo, pero sé que conseguirás recuperarte. Eres una mujer valiente, ¿sabes? Has luchado como una leona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rachel sintiendo que un sollozo amenazaba con ahogarla.

—Porque seguiste con vida, sobreviviste.

La labor de lavar y aclarar la repitió dos veces.

—Ya está limpio. Vamos, sal.

Le entregó un mullido albornoz con el que envolvió su cuerpo. Rachel frunció el ceño confundida porque no recordaba nada de la persona que le había disparado, se examinó la rodilla donde una cicatriz con puntos se

hallaba. Le entró rabia de repente y apretó los puños. Había un espejo de cuerpo entero detrás de la puerta.

—Quita la sábana, por favor.

—No creo que sea buena idea —se opuso Isabella.

—Necesito saber lo que me han hecho.

—Llamaré a Brian, necesitas más su apoyo.

—¡No! No quiero que me vea desnuda.

Tras dudarlo un momento, Isabella fue a retirar la tela, que dobló con rapidez, y se posicionó a su lado, dejando la prenda en el lavabo.

—Tú sabes de estas cosas, ¿puedes explicarme? —le suplicó a su cuñada, que entendió lo que quería decir.

—Sí. Cuando tú quieras, no voy a irme a ninguna parte. Recuerda que estás a salvo.

Rachel asintió y por primera vez alzó los ojos y se buscó en el espejo. Tenía el pelo recogido con una pinza y todavía mojado.

—La marca que tienes en el cuello es donde te inyectaron la droga —indicó Isabella.

Rachel se examinó la piel con malhumor, efectivamente había una mancha como un moratón pequeño. En el brazo habían marcas de las intravenosas.

Eso explicaba el dolor de cabeza y el entumecimiento de los días previos, la habían medicado tanto que casi no notó nada, pero ahora que se despejaba su mente, iba descubriendo muchas cosas.

—¿Eso me causó la amnesia?

—Te la provocaron, Rachel, fue una droga. Me recuerdas, eso es algo bueno. Quiere decir que no te borraron toda la memoria.

—Contigo me siento a salvo.

Isabella le sonrió con afecto.

—¿Quieres continuar o nos detenemos? No tienes por qué ver más, espera a recuperarte y a ser más fuerte.

—Tiene que ser ahora, no quiero perder el valor.

—Muy bien.

Rachel se quitó el albornoz y jadeó al descubrir lo delgada que estaba.

—¿Siempre he estado tan consumida?

—No, pero te preocupada el peso que cogiste en el embrazado de los niños —le confirmó con un tono de voz neutro.

—Antes éramos modelos.

—Tú sí, yo fui infiltrada.

—No lo recuerdo todo —se frustró Rachel.

Cerró los párpados, se veía encogida en el suelo, buscando escapar de una muerte segura.

—Respira, Rachel. No puede hacerte daño, estás a salvo.

Se obligó a abrir los ojos e inspiró y espiró varias veces hasta conseguir calmarse de nuevo.

—Continuemos.

—¿Estás segura?

Lo último fue la cicatriz de encima de la rodilla, esa iba a dejar una buena marca. Pero ningún recuerdo acudió a ella.

No hizo falta hablar más, se puso el pijama y dejó que Isabella le secara el pelo y la metiera en la cama, donde cayó exhausta. Esta le dio un par de pastillas, una para el dolor y la otra para ayudarla a dormir. Deseaba no tener pesadilla, no soñar con nada. Solo quería verse libre de todo por unas horas.

~

Isabella encontró a su hermano adoptivo encogido de dolor, rabia y pena

en el pasillo con las mejillas bañadas de lágrimas. Tuvo que persuadirlo de ir a la zona del comedor. Estaba claro que había escuchado toda la conversación.

—Está a salvo, Brian.

—¡Quiero matar al cabrón que tocó a mi mujer! —gimió.

Isabella le cogió la cara entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Mírame, Brian, y escúchame. No te dejes llevar por la ira, Rachel te necesita y eso es más importante.

El inmenso cuerpo de Brian se sacudió con violencia, forzado a contener toda su rabia, su dolor e impotencia.

—Es duro —musitó.

—Lo sé, recuerda la suerte que tienes de que Rachel haya sobrevivido.

Opinó con la cabeza, era verdad. Gruesos lagrimones se deslizaron por su piel hasta desaparecer en su barba. Isabella lo soltó cuando comprobó que había recuperado la compostura. Ella preparó la cena y Brian fue a asegurarse de que su mujer no necesitara nada.

La vibración en su bolsillo lo distrajo, Anderson le decía que estaba fuera. Fue a abrirle cabizbajo y de un humor de perros.

—Montaré guardia esta noche y mañana vendrá a relevarme Ryan.

—Gracias. ¿Qué has averiguado?

—Poco más que la policía. Las cámaras de tráfico no han captado nada sospechoso.

—¡Oh, vamos! ¡Un hombre atacó a mi mujer y ¿nadie ve nada?! —se impacientó Brian.

—Dame tiempo para investigar más a fondo.

—¡Jodidos, putos, cabrones! —explotó—. Les viene de puta madre que esté de baja. Los habría puesto en su sitio, incluso al F.B.I.

—Estando cabreado no sacarás nada en claro, capullo.

—Y volverás a tu puesto de capitán de policía —intentó tranquilizarlo Bells.

Brian no montaba un escándalo por respeto a su esposa, pero si abriera la boca, enseguida buscarían silenciarlo. Estaba fuera de todo, pero aún le quedaban recursos. Dejó a Steve hacer su trabajo, revisó él mismo cada puerta y cerradura, cada ventana, y se aseguró de que estuvieran cerradas a cal y canto.

—¿Recuerdas cuando me preguntabas cómo había conseguido llegar tan alto en tan poco tiempo?

Su hermana dejó de remover la sopa y lo miró con atención.

—Sí, esa pregunta me la he hecho un millón de veces. No comprendía cómo llegaste a ser ayudante del director y posteriormente capitán. Hicimos la academia de policía casi al mismo tiempo, pero cuando yo solo era un oficial, tú ya habías subido de categoría.

—Pues tampoco te lo puedo decir ahora, pero necesito que me ayudes a encontrar a alguien. Todo lo que has aprendido en la policía y el F.B.I. no va a ser suficiente.

—¿Ah, no? Brian, ahora mismo me estás intrigando. —Sonrió Isabella.

—Bells... —refunfuñó haciéndose crujir los nudillos, estaba nervioso—. Si te pido hacer algo ilegal, ¿lo harías?

—¿De qué se trata?

—Encuentra a Derek Clark.

—Eso no es ilegal —lo contradijo ella alzando una ceja.

—No. Tú solo encuéntralo, dile que vas de mi parte y que lo necesito. Me debe un favor.

—¿Quién es él?

—Es un SEAL. Fue el primero en llegar a mi casa después del ataque a Rachel.

—Déjame adivinar —manifestó sin humor—, quieres que entre en la base de datos de la policía.

—No lo encontrarás allí. Él es... —Brian buscó la palabra adecuada— humo.

—Vaya. Pues sí que me lo pones difícil.

—Vivía al lado de mi casa en Queens, pero no creo que se haya quedado tras lo sucedido. Demasiados policías merodeando.

—O no, sería sospechoso que se fuera. —Isabella frunció el ceño, ya estaba en modo análisis, reconoció.

—¿Lo buscarás?

—Enseguida. Ha pasado poco tiempo, me voy a acercar.

—Ten cuidado, el tipo estará armado hasta los dientes —la puso sobre aviso.

Una sonrisa astuta se dibujó en los labios de Isabella.

—No me impresiona.

Ella desapareció en el cuarto de baño con su bolso y tras un rato, él se preguntó por qué tardaba tanto. Respuesta que obtuvo cuando la vio reaparecer; su mandíbula cayó abierta. Estaba transformada. Se había maquillado y soltado el pelo, lucía demasiado sexy con esa camiseta ajustada.

—¿Qué crees que estás haciendo? —la recriminó conteniendo la furia.

—Parecer atractiva. La primera impresión puede ser una buena distracción, no me verá venir.

—Me gustaría presenciar eso —se apaciguó Brian, conociendo de primera mano de lo que era capaz—. Buena suerte.

## Capítulo 6

Despertar jadeando y asustada había hecho que Rachel diera un grito ahogado. Estrujó la sábana en un puño, desorientada por la penumbra.

—¿Rachel?

Aquella voz masculina y ronca la hizo estremecer por completo.

—Estoy bien —logró responder, ubicándolo a su derecha.

—¿Has tenido una pesadilla?

—En realidad no lo sé, no recuerdo lo que estaba soñando.

Él encendió una lamparita y un suave resplandor inundó la habitación. Ella pestañeó varias veces. Deseaba recordar quién era Brian, apenas había vislumbrado el atisbo de un recuerdo que no fue bueno; discutían acaloradamente, pero el motivo se le escapaba.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

—Vamos, calentaré la cena, nena.

La doctora Evans le había dicho que confiara en Brian, él era su marido y no había nadie que la conociera mejor. Algo frustrada, tuvo que reconocer que tenía razón, pero él la miraba de una manera tan sobreprotectora que la abrumaba e intimidaba. Y su forma de llamarla *nena* la sacaba de quicio.

Retiró la sábana y el cubrecama y la ayudó a atarse el cordón del batín con familiaridad, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

—Puedo vestirme sola —recalcó con vergüenza y dándole la espalda.

—Claro, perdón.

Sonó tan triste que Rachel tuvo que darse la vuelta para buscar sus ojos. Parecía tan hecho trizas que le hizo sentirse mal.

—Lo siento —se disculpó—. Imagino que debe de ser frustrante, pero tu familiaridad me provoca incomodidad.

—¿No recuerdas nada más?

Sacudió la cabeza.

—No.

Brian alzó una mano y acarició un lado de su rostro.

—No sé cómo enfocar la situación, temo asustarte con mis modales de neandertal —dijo con cierta ironía.

Se dirigieron a la cocina mientras hablaban.

—¿Temer qué?

Él le echó una ojeada dudando.

—Soy muy protector, siempre lo he sido.

—Eso no tiene nada de malo —justificó ella sentándose a la pequeña mesa de la cocina.

Una sonrisa contenida asomó en los labios de Brian, fue efímera, pero la vio.

—¿Qué?

—Cenemos y luego continuamos la conversación.

—De acuerdo —respondió intrigada.

Fue en un silencio cómodo que compartieron la cena. Brian se encargó de cada detalle, llenándole el vaso de agua y procurando que no le faltase pan. Cuando terminaron, lo recogió todo y limpió sin pronunciar una palabra.

—¿Quieres un café?

Rachel dudó.

—No recuerdo si me gusta.

—Te gusta fuerte, con azúcar y crema.

—Lo probaré —aceptó.

Ella lo contempló en la tarea.

—¿De verdad eres mi marido?

Él se inmovilizó, ladeó la cabeza arqueando las cejas y asintió.

—Sí. ¿Te parezco poca cosa? —Había cierto tono sarcástico que a Rachel hizo que se le cayera el alma a los pies.

—No es eso. —Se sintió enrojecer—. No pareces el prototipo de hombre que tenía en mente de adolescente.

—¿Recuerdas tu adolescencia? —Brian contuvo el aliento, esperanzado.

—Pues... —susurró concentrándose—, poca cosa.

—Prueba el café.

Rachel obedeció cogiendo la taza que Brian le ofrecía y, con cuidado de no quemarse, tomó un sorbo.

—Umm, sí que me gusta. —Se sorprendió al descubrir que él no lo tomaba—. ¿Tú no bebes café?

—No, jamás por la noche. Me impide dormir.

Se instalaron en el salón donde reinaban un par de butacas y una mesa baja de cristal. La moqueta tenía un aire desvalido y viejo.

—¿Vamos a quedarnos en esta casa mucho tiempo?

—No lo sé —respondió Brian. Él no tomó asiento, sino que se posicionó a un lado del ventanal con vistas al río Hudson y con los brazos cruzados sobre su enorme pecho.

Parecía alerta y preocupado a la vez.

—¿No crees que sería bueno para mi memoria volver a nuestra casa?

—Sí, pero no estoy dispuesto a correr riesgos contigo. Quien te acató podría estar esperando el momento en que regresaras.

—Pero ¿no estaremos vigilados por policías? —indagó ella.

—Al igual que aquí, sí.

—Entonces ¿por qué no volver?

Brian respiró hondo, intentando reprimir su inquietud, y arqueó una ceja oscura con impaciencia, consiguiendo parecer severo, disgustado y amenazador al mismo tiempo.

—Porque necesito saber que estarás a salvo, Rachel. Están instalando un sistema de seguridad nuevo con sensores en las ventanas y puertas y unas cámaras de vigilancia. Ante todo está tu seguridad —declaró.

El teléfono de él sonó y mientras respondía la llamada, Rachel se dedicó a observarlo.

El pelo lo tenía tupido y oscuro y caía sobre una frente amplia. La mandíbula era angulosa y la barbilla, con un hoyuelo, estaba cubierta por una sombra de barba que proclamaba su masculinidad. No veía el hoyuelo, se dio cuenta enseguida, pero sabía que estaba ahí. La boca ancha se curvaba con una expresión que parecía mitad autoridad, mitad desafío. Y, oh, esos ojos marrones. La atrapaban. Acentuados por unas cejas negras. Esos ojos perspicaces que la observaban como si pudiera ver en su interior, como si él conociera todos sus secretos y miedos.

Bajar la mirada por su cuerpo no ayudó a calmar los latidos de su corazón acelerado. Brian medía más de uno ochenta y cinco, poseía unos hombros anchos y un cuerpo lleno de músculos duros que se hacían evidentes bajo una camiseta negra y ceñida que la hizo pensar en una sólida e inquebrantable montaña. Nadie podía mover una montaña, como nadie podría mover tampoco a ese hombre, a menos, claro está, que él quisiera ser movido.

El pánico la atravesó.

Él era un perfecto extraño... y no era lo único que la hacía vacilar.

Brian terminó de hablar y se inclinó sobre ella, apoyando las manos en el respaldo del sillón, e invadió su espacio personal. Ante sus ojos quedó la musculosa tableta del abdomen, apreciable bajo la ceñida camiseta. No se atrevió a bajar más la vista para comprobar si provocaba algún efecto en él.

Quería... pero se forzó a alzar la cabeza y a enfocar aquellos ojos cautivadores y brillantes.

—Muy bien, nena, vamos a hablar.

Rachel tragó saliva ante la cercanía de Brian. Él tomó las puntas de sus cabellos entre los dedos y los acarició mientras la miraba fijamente.

Durante un segundo, ella fue incapaz de respirar y le dio la impresión de viajar en el tiempo a años atrás. El olor del verano, de la cerveza, las risas... La sensación de arrancarle a Brian la ropa y de su miembro profundamente enterrado en su interior con sus ojos brillando de excitación. Dejó a un lado esa perturbadora imagen y apoyó con fuerza las palmas contra el estómago de él para apartarlo.

—No te haré daño —añadió él ante su silencio.

—Deja de tocarme, apártate.

—Necesito tocarte, eres mi mujer. No lo recuerdas, pero jamás hemos podido estar alejados el uno del otro.

Rachel se sintió violenta, arrinconada. Dicho eso, se levantó y se escabulló por debajo de su brazo, se dio la vuelta y huyó como una gacela asustada, poniendo distancia entre ellos.

—Háblame de nuestros hijos —le pidió con añoranza.

Brian obedeció.

—Son dos niños extraordinarios, lo mejor de los dos en miniatura. —Había un fiero orgullo en la voz de Brian y amor a raudales—. B.J está en la etapa de hacer muchas preguntas, le encanta jugar con coches y es muy activo. Va a cumplir 5 años en breve, y te echa mucho de menos.

Rachel sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿B.J?

—Brian Junior.

Ella buscó sus ojos con sorpresa, pero no dijo nada.

—Aarón, por el contrario, es más tranquilo, se entretiene con cualquier cosa. Se parece a ti, tiene tus ojos y tu sonrisa. Ha estado llorando mucho, te añora, nunca había estado separado de ti desde su nacimiento.

—¿Cuándo podré verlos?

—Mañana si no hay contratiempos.

—¿Cuántos años llevamos casados? —preguntó Rachel.

—Quince.

Lo contempló boquiabierto. Eran muchos años.

—Tienes 38 años y yo, uno más. Nos conocimos en una fiesta en casa de mi hermano Mark. Fue amor a primera vista —musitó.

—No recuerdo nada de eso.

—Te lo haré recordar...

—¡No!

Rachel se escabulló hacia la habitación, aterrada de sentirse tan vulnerable, pero sin lograr llegar a ella, pues él la atrapó antes.

—¿De verdad crees que voy a escucharte cuando veo cómo me miras? —la desafió.

Brian se acercó todavía más y, de repente, ella sintió la puerta del cuarto de baño en la espalda. Él le puso las manos a ambos lados de la cabeza y se inclinó hacia ella. Su corazón comenzó a latir a toda velocidad; aquel hombre exudaba testosterona por los cuatro costados y se sintió tan abrumada que le temblaron las piernas. Se apretó contra la madera, pero él se aproximó todavía más, presionándose contra ella sin dejar de taladrarla con sus ojos marrones.

—Me estás asustando.

—Patrañas —exhaló resentido.

—¡No te recuerdo y me estás agobiando!

—Pues no pienso permitir que pongas una barrera entre nosotros. Será a mi manera, Rachel.

—Eres un mandón cavernícola.

—A ti te encanta, aunque no lo recuerdas. —Sonrió con suficiencia.

Brian le acunó la cara entre sus grandes manos al tiempo que anhelaba sus labios. Presionó todo su cuerpo contra el de ella; la delgada tela de la camiseta no pudo protegerla del abrasador calor que desprendía. Él frotó la dura erección contra su monte de Venus consiguiendo que su corazón comenzara a latir descontrolado.

Durante un momento, él se quedó inmóvil, con los labios a un suspiro de los de ella, mirándola fijamente a los ojos como si quisiera hipnotizarla. Luego bajó la boca, cada vez más cerca. Ella cerró los puños a los costados para no rodearle el cuello con los brazos, para no envolverlo entre sus piernas, para no suplicarle todo aquello que él podía darle: seguridad, tranquilidad... un febril deseo, un inusitado placer.

¿Cómo estaba ella segura de todo eso si no lo recordaba?

Él suspiró sobre su boca con los labios separados. ¡Oh, Dios!, casi no podía respirar. Ya lo deseaba con todas sus fuerzas; su corazón estaba a punto de estallar; el anhelo que sentía en el vientre la estaba matando. Pero sabía que si la besaba, todo eso se multiplicaría por diez.

—No lo hagas —susurró.

Él vaciló, pero inclinó la cabeza para hablarle al oído.

—Será a mi manera, Rachel.

Luego le apesó el lóbulo de la oreja entre los dientes haciendo que un veloz estremecimiento la recorriera de pies a cabeza. No pudo tomar aliento

antes de que los labios de Brian se apoderaran de los suyos.

Hambrientos pero tiernos; parecía que quisiera tragársela. La sensación de familiaridad era casi dolorosa. El beso la seducía. No hubiera podido detener el cálido burbujeo que nació en su interior ni aunque lo intentara y sus labios se ablandaron, deseosos.

Un instante después, él anheló más y comenzó a saquearle la boca. El ardor que provocó la inundó desde dentro, formando una hoguera en el interior de su vientre que se expandió hasta su sexo. El calor del aliento de Brian en sus labios consiguió que ella también abriera la boca para corresponder a su pasión. Lo rodeó con los brazos y comenzó a friccionarse contra los tensos músculos masculinos, contra el duro miembro.

Se quedó sin aliento. Él se volvió todavía más brusco y deslizó la mano por debajo de la camiseta, marcando a fuego la piel de su espalda, sujetándola contra su cuerpo sin que se interpusiera entre ellos ni una brizna de aire.

Gimió, ya no era capaz de hilar un pensamiento coherente. Su cuerpo tomó el control y apresó la camiseta de Brian entre los dedos, apretando sus hombros para acercarlo todavía más. Abrió la boca del todo para igualar el ardor de su beso. Necesitaba eso y más, y Brian se lo dio. Él le agarró un muslo y lo enlazó a su cadera para presionar con más fuerza contra el necesitado brote que latía entre sus piernas. Suspiró deseosa.

De repente, se puso rígida.

—¡Para! No deseo esto —dijo Rachel asustada de su propia reacción.

Brian la observó con dureza.

—No te creo, pero lo voy a dejar pasar por esta vez. —Se separó de ella a regañadientes, permitiéndole tocar el suelo y alejarse—. Tu cuerpo me recuerda, Rachel. Sé cómo te hago sentir, qué te hace gritar de placer y cómo reaccionas a mis caricias. En eso nunca podrás mentirme.

Con un suspiro se dirigió a la habitación y se sentó en el borde de la cama. Brian no quería sentir aquella agitación. El deseo era algo sencillo, pero lo que sentía por ella era mucho más complicado.

Respiró hondo y se acomodó el duro pene en el interior de los pantalones, ansiando que bajara la erección.

—Intenta descansar, mañana nos espera un largo día.

—¿Vas a dormir en esta cama? —cuestionó Rachel, cohibida.

—Por supuesto. No te tocaré, no te preocupes —prometió ahogando un bostezo.

Brian era demasiado real, demasiado intenso. Y eso que hacía un mundo que no sentía ese anhelo, esa incontenible atracción, esa atormentadora sed que la impulsaba a sumergirse en aquel hombre. Azorada, se acostó a su lado, bajo la sábana y lo más lejos posible de su contacto, y clavó los ojos en su espalda con inquietud.

Había conseguido con solo un beso hacerle olvidar todo. No se hacía ilusiones, él la había dejado marchar porque había querido. Si alguna vez volvía a ponerle las manos sobre su cuerpo, no habría ninguna posibilidad de que la soltara hasta que ambos estuvieran completamente saciados.

Y ella no tendría fuerzas suficientes para rechazarlo...

Estaba muy cansada. La cama era cómoda y la constante y profunda respiración de Brian la relajaba. No se engañaba a sí misma, estar cerca de él la hacía sentir segura. Sería muy fácil acurrucarse y cerrar los ojos. Allí casi podía dejar de lado el hecho de haber perdido la memoria, casi. Intentó mantener a raya esos pensamientos, pero estos regresaban como una melodía que no podía expulsar de su cabeza. El calor, el sabor de Brian. El placer. ¡Oh, Dios!, jamás había sentido una excitación semejante, ni siquiera sabía que existía. Recordaba el momento en el que él se había introducido en su interior, poseyéndola lentamente hasta que la hizo suya, dejándolo solo a él y a aquella abrasadora necesidad.

Pero ¿a cuándo pertenecían esos recuerdos? ¿Eran reales o eran fruto de su imaginación?

Se habían abierto paso en su exhausto cerebro. Daba igual lo cansada que estuviera ahora o lo mal que hubiera estado entonces, toda aquella noche estaba clara en su mente. Brian inclinándola sobre el brazo del sofá con las

muñecas esposadas e introduciendo lentamente aquel grueso miembro en su vagina.

Aunque la había sorprendido, había gemido y le había encantado.

Cuando la penetró aquella noche de pasión, había intentado contener la lujuria, pero resultó inútil. Se aferró a sus caderas y el anhelo la atravesó como una llama nueva e imparable. Se introdujo profundamente en ella y se retiró antes de embestir de nuevo, así una y otra vez. El crudo ritmo que impuso casi la volvió loca.

—Brian, por favor...

Fue la primera vez que le imploró aquella noche, pero no había sido la última.

Sabía que debería haber puesto fin antes de que la situación se escapara a su control, pero había continuado a su lado, terminando por casarse con él y dándole dos hijos. No tenía sentido, no comprendía por qué.

Se frotó las muñecas, casi sintiendo la frialdad del metal contra ellas. Un nuevo e inquietante pensamiento se adueñó de Rachel: Brian era un perverso, sí, y en toda la extensión de la palabra, pero ¿ella también?

## Capítulo 7

Poco antes del mediodía, Brian aparcó el coche frente al garaje de su casa. Rachel estaba agotada, había estado agitada toda la noche, ninguno de los dos había pegado ojo. La curiosidad la carcomía al estudiar la edificación con creciente ansiedad. Brian salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta.

—Bienvenida a nuestra casa —dijo él algo tenso.

—Gracias.

Un par de policías montaban guardia desde la parte frontal y la saludaron con un movimiento de cabeza, ella devolvió el gesto con cortesía. Brian apoyó su palma en la parte baja de su espalda y Rachel sintió un estremecimiento.

—¿Te resulta familiar? —preguntó cerca de su oído.

—No.

Cruzaron la puerta de entrada y Brian no se apartó, la observaba fijamente, atento a sus reacciones. Solo se separó un momento para desactivar la alarma.

—¿Por qué me miras así?

—Aquí es donde te atacaron, me pone nervioso regresar.

—¿Tú no habrías vuelto? —preguntó con extrañeza.

—Pues no, nena, tenemos pocos recuerdos en este lugar. Llevamos como seis meses aquí, antes vivíamos en un apartamento en Manhattan.

—¿Por qué nos trasladamos?

—Queríamos estar lejos de la ciudad, tener más espacio, un jardín, más

tranquilidad y menos estrés.

Lo decía como si el haber cambiado de lugar de residencia fuese su peor error.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasó —afirmó Rachel.

—Eso no lo sabes, y yo estoy seguro de que sí es culpa mía.

—Ya veremos. ¡Vaya!, qué cocina más bonita.

Se adentró en un espacio amplio, minimalista e impoluto. La cocina con mesa adosada en color blanco y madera le encantó. Estaba llena de detalles, pequeñas decoraciones, incluso una estantería repleta de botes de cristal con diferentes especias aromáticas. Una nevera de dos puertas y un lavavajillas integrado bajo la encimera en tonalidades blancas, azules y grises muy luminosa. Pasó la mano por la superficie fría, buscando recordar algo sin éxito.

El salón-comedor estilo *vintage* la enamoró y dejó salir una exclamación, estaba impresionada.

—¡Qué bonito!

La *chaise longue* con su tapizado crema atraía la mirada, junto con la mesa adyacente y la lámpara de adorno. La mesa del centro con su ornamenta en dorados y las dos butacas a juego. En la pared revestida de papel pintado con diminutos motivos, tres espejos de diferentes tamaños decoraban. Sobre el parqué claro, una moqueta blanca resaltaba y se antojaba mullida y cálida.

Estilo isabelino con un toque moderno, fresco. Era acogedor. Comodidad dentro de la incomodidad. Inspiraba que todo estaba en su lugar, en perfecta colocación.

Había sintonía, funcionalidad. Aunque con toques de color para hacerlo todavía más acogedor. Pero no se detenía allí, el salón comedor formaba una ele y en el otro extremo reinaba una mesa larga de cristal con ocho sillas revestidas.

—Es una mezcla, o eso recuerdo que me dijiste —comentó Brian—, y hay

muchas piezas reformadas. Kira es muy buena en su trabajo.

—¿Quién es Kira?

—Mi hermana pequeña. Su hija, Mía Rose, nació el mismo día en que te atacaron.

—Menuda coincidencia.

Brian asintió.

—Vendrán más tarde. Verás que os lleváis de maravilla.

Rachel le creyó. Si había confiado la decoración y reforma de muebles a su cuñada, y viendo los resultados, no dudaba que se apreciaban.

Continuó la visita guiada con aprensión, el pasillo desde la entrada llevaba a las habitaciones. La de los niños eran dos en una, habían quitado el muro de separación y por un lado era de un niño muy pequeño con una cama-cuna con barreras protectoras de madera oscura. Había una pila de ropa plegada sobre la cómoda de al lado. En el otro extremo, una cama-coche de lo más divertida; el rojo predominaba y estaba lleno de juguetes.

A continuación de la habitación de los niños había un cuarto de baño funcional, con bañera y ducha, una habitación de invitados y otra vacía, esta última llamó su atención, era como si previeran tener otro hijo...

Rachel permaneció quieta frente a la última puerta con el alma en un hilo.

—Entra, Rachel. No voy a saltarte encima —se burló Brian.

—Muy gracioso.

Cuando ella cruzó el umbral se quedó paralizada.

La cama de hierro tamaño King estaba enmarcada por un dosel de donde pendía una fina y transparente cortina blanca. El grueso colchón estaba cubierto por un edredón mullido formado por una explosión de color rojo y negro. La ventana daba al jardín y dejaba entrar la luz del día. Una pantalla plana colgaba arriba de una chimenea eléctrica, también había un armario empotrado y un baño propio. Era muy espaciosa y acogedora. La cómoda con espejo y

silla le dijo a Rachel que ella se sentaba allí para vestirse, se veía haciéndolo, y cuando abrió el cajón descubrió un montón de ropa interior.

—¿Te resulta familiar? —Hasta ahora Brian se había mantenido callado y ella sacudió la cabeza.

—No, pero reconozco el buen gusto decorativo, es muy acogedor.

—Tenemos un sótano también y sala para la colada. De momento es una zona de juegos para los niños y hay un rincón para mí.

Ella quiso verlo y Brian la acompañó. Se accedía por una puerta en la cocina, y descendieron. Brian iba encendiendo y apagando luces a su paso y se mantuvo a un lado observando cómo Rachel curioseaba intentando recordar su vida borrada... en vano.

—¿Te gusta el deporte?

—Soy de los Yankees —respondió con orgullo. Su gorra preferida estaba enganchada a un clavo en la pared.

—Se nota que esta zona es tuya.

—¿Lo dices por el sofá de cuero envejecido? Tu dijiste que necesitaba un sitio de hombres; aquí nos reunimos con los chicos.

Ella asintió pensativa.

—Estoy algo cansada y me duele la pierna.

—Vamos arriba, tienes que descansar.

—¿Cuándo llegarán los niños?

—En un par de horas. —La acompañó al salón donde la dejó instalada cómodamente en el sillón.

Le preparó un té como a ella le gustaba y le dio una pastilla para el dolor, no soportando verla sufrir. Acarició su brazo, un gesto habitual para él.

—Ya basta. —Se apartó ella.

Aquello pintaba fatal. Bueno, ya había traspasado la línea. Había tenido

intención de hacerla sentir bien y soltarla, y, en lugar de eso, la había puesto nerviosa de nuevo. Si quería volver a tocarla, iba a tener que refrenarse un poco, ir más despacio. Con ella tenía que medir sus movimientos.

—No era mi intención enfadarte, pero es algo que no puedo evitar... Escucha, no voy a disculparme por algo que no lamento.

El silencio era embarazoso.

—No te he hecho daño, ¿verdad? —Frunció el ceño al pensarlo.

—Claro que no.

—¿Estás enfadada porque te toqué sin permiso o porque lo disfrutaste?

—Ahora mismo no necesitamos más complicaciones. Alguien ha tratado matarme y...

—No en este momento. Estás a salvo. —La miró inquisitivo—. ¿Quieres decirme qué es lo que te pasa en realidad?

—Esto... Nosotros... no es una buena idea.

—¿Por qué? ¿Cuándo te he hecho daño?

Ella puso una expresión culpable.

—No lo has hecho.

—¿Entonces? Solo quiero ocuparme de tus necesidades.

—Puedo cuidarme sola.

—¿Sí? ¿Y quién va a abrazarte, a hacerte sentir deseable, protegida y adorada?

—Estoy demasiado ocupada. La crianza de los hijos acaba con los impulsos sexuales.

—¿Y cómo sabes eso? Pues los tuyos parecen disfrutar de buena salud y siempre ha sido así.

—¡Eres insufrible! —Se agitó en el sillón, molesta ante la sinceridad de

Brian—. No puedo creerme que prefieras hablar antes de mis impulsos sexuales que de nuestros hijos. Pero eres tú, ¿debería extrañarme?

—Oh, también vamos a hablar de los niños.

—Quiero saber todo lo que me he perdido, pero pondremos fin a este tema antes de iniciar otro. Eso es fácil: este tema está zanjado.

—Estás muy enfadada conmigo, ¿por qué? ¿Porque te da miedo lo que te he hago sentir?

—No me da miedo —insistió ella.

Brian supo que había acertado.

—Si tú lo dices... Creo que estarías menos enfadada si te hubiera llevado al orgasmo con la lengua.

Rachel lo observó sin respirar. Y cuando intentó abrazarla, ella huyó al baño y le dio con la puerta en las narices. Para cuando salió de allí, varios minutos más tarde, estaba más serena y controlada, y no se privó de echarle un vistazo haciendo evidente su distanciamiento a ojos de él.

—Modera tu lenguaje conmigo, Brian, porque lo único que estás consiguiendo es espantarme. No me gusta sentirme agobiada e insegura. No recuerdo casi nada, tú me intimidas con tus demandas y no quiero que me toques o beses sin mi permiso, ¿lo has entendido?

La tensa expresión de Rachel le advirtió de que no era el mejor momento para presionarla...

Pero ese no era su estilo.

—Vamos a hablarlo. Te dije que íbamos a hacer las cosas a mi manera. Creo que necesitabas que alguien te abrazara. Desde luego, yo necesito sentirte entre mis brazos. Pensar que alguien invadió nuestra casa y te acató ha hecho que me hierva la sangre. Y para ti no es bueno estar sometida a tanta tensión. Solo quiero hacerte sentir bien.

Brian sonrió pagado de sí mismo.

—Hay una gran diferencia entre abrazarme y tocarme como lo has hecho.

—Quizá yo no la vea.

En un instante él le rodeó el cuello con una mano, respirando justo encima de sus labios.

—Tu cuerpo y corazón me recuerdan, nena, es innegable. Se te acelera el pulso como ahora. —Rachel frunció el ceño de una manera tan encantadora que él quiso besarla—. Y no voy a descansar hasta que lo admitas.

Llamaron a la puerta y Brian fue a averiguar quién era con una maldición.

—Hola, grandullón. Mía está dormida.

—Pasad —invitó Brian.

Una mujer entró sosteniendo a un bebé contra su pecho y seguida de un hombre alto. Ella le sonrió con afecto acercándose a Rachel, la cual clavó los ojos en la familiar y menuda figura. Conocía aquellos esquivos ojos pardos enmarcados por espesas pestañas negras.

—Hola, Rachel. Soy Kira, tu cuñada, y esta preciosidad es tu sobrina Mía Rose.

Le devolvió el gesto.

—Hola, Kira. Que pequeñita es... Nació hace poco más de diez días, creo.

—Sí, en seis horas y contracciones muy seguidas.

—Que rapidez. —Rachel contempló la regordeta mejilla sonrosada de la niña.

—Yo soy Steve, el marido de Kira —intervino este—. ¿Cómo te encuentras, Rachel?

Ella se encogió de hombros, insegura. ¿Él era su marido? Tuvo la necesidad de echar un vistazo hacia la puerta, esperando que entrara Jack y fue de lo más extraño, pero no pudo indagar sobre esa rara sensación.

—Agobiada y confusa por momentos.

Se cruzó con la mirada de Brian y él le brindó su sonrisa más deslumbrante, esa con la que conseguía derretir corazones y bajar bragas desde que cumplió los trece años, e inmediatamente apartó los ojos.

—Pasad al salón, por favor, estaremos más cómodos.

Pronto, Rachel tuvo a la recién nacida entre los brazos acunándola con ternura y anhelo, con su confusión de antes desaparecida por el momento.

—Es preciosa. Hola, Mía, soy tu tía Rachel. ¿Se porta bien?

—Se despierta cada tres horas para mamar, las noches se hacen largas — se quejó Kira con felicidad.

Steve atravesó el pasillo hasta la cocina y se topó con un Brian malhumorado.

—Se te ve tenso, cuñado.

—No es para menos. ¿Has podido averiguar algo?

Steve negó con la cabeza.

—No hay nada anormal, el registro telefónico está bien. Por lo demás, necesito más tiempo.

—De acuerdo.

—¿No vas a volver a trabajar?

—No de inmediato. Quiero cuidar de Rachel y estar lo más cerca posible.

—Comprensible —se mostró de acuerdo Steve.

—Me estoy volviendo loco. He estado repasando los casos, pero hay para días, no encuentro quién podría desearme tanto mal como para acatarla.

Steve silbó y se pasó una mano por la cabeza en un gesto reflexivo.

—¿Cuántos casos has tenido, Brian? ¿Cientos? ¿A cuántos has metido en chirona?

—A muchos. —Exploró la alacena e hizo una lista mental, tenía que ir a comprar.

—No te agobies, nos tienes para ayudarte.

—¿Nos? —inquirió echándole una ojeada.

—Mackenzie ha vuelto.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días, lo vi ayer y, bueno, parece el fantasma de sí mismo.

—Joder. A saber lo que habrá pasado con el agente Jennifer Kelly.

Lanzó a Brian una mirada inquisitiva. Él se frotó la nuca de una manera que no auguraba nada bueno.

—¿Que no ha podido mantenerla quietecita en su pantalón?

—¡Steve! —Este no atinó a responder, pues se dirigió de inmediato a la llamada de su mujer.

—¿Tiene hambre otra vez? —intuyó.

—Id a la habitación, estaréis más tranquilos —les propuso Rachel.

Brian no pudo ir a ver si necesitaba algo cuando echó un vistazo por la ventana de la cocina y vio detenerse el coche de Mark. Se le hinchó el corazón, sus hijos habían llegado.

—Rachel, están aquí.

Ella se enderezó contagiándose de su alegría.

—¿Sí? Dios, muero por verlos.

—Todo va a ir bien... —Él le dio un beso rápido pero intenso en la boca, podía sentir su ansiedad.

La vio contemplar el exterior y luego entrelazar los dedos con emoción al tiempo que avanzaba hacia el patio.

—¡Mamá, mamá, mamá! —gritó B.J y corrió hacia ella.

Rachel se agachó con los brazos abiertos y lo estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Mamá! —chilló Aarón con alegría y trotó también a su encuentro. Rachel acogió a los dos con emoción.

—¡Mis niños guapos! ¡Como os ha echado de menos mamá!

Mientras cubría de besos aquellas caritas, parecía a punto de llorar por la alegría que le suponía tener de nuevo a sus hijos. Él era consciente de que el instinto maternal era poderoso y que nadie podría romper ese vínculo. Aarón dio un beso baboso en ese momento en la barbilla de Rachel y ella se rio. Brian se pasó la mano por la cara al mismo tiempo que observaba la corriente de amor que había entre ellos. Sí, sabía que no podría obligarla a quedarse con él, a formar una familia si no recordaba que le amaba. Pero, ¡joder!, no quería perderla.

Cerró los ojos. Le picaban. No, le dolían como si alguien estuviera clavándole alfileres. ¡Maldición!, no iba a llorar. Aguantó las lágrimas y no la perdió de vista, intentando decidir qué hacer.

No pudo más que mantenerse al margen, como un observador desdichado. Ansiaba ser parte del deleite que Rachel sentía al reencontrarse con los niños, pero se contuvo.

Como buen anfitrión atendió a los invitados y procuró que los peques no cansaran demasiado a Rachel. Se ocupó de todo: la cena, el recoger, limpiar la cocina.

B.J fue el primero en dormirse junto a su prima Grace, pero Aarón no se despegaba de su madre. Lloró cuando Brian intentó separarlo de ella.

—Vamos, peque, es hora del biberón, tienes que irte con tus tíos —intentó tranquilizarlo Brian.

—Déjalo conmigo esta noche. Necesito sentirlo cerca. —La angustia en la voz de Rachel hizo que Brian buscara su mirada.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, aunque he estado mejor.

—Mark e Isabella tienen que llevárselos unos días más; tú estás agotada, Rachel.

—No quiero separarme de ellos y no estoy cansada —mintió—. Ha sido... lo mejor que me ha ocurrido esta semana. Me encanta sentirme madre, quiero verlos todos los días... —Se atragantó—. Lo necesito.

Rachel se mordió los labios y vaciló, como si estuviera intentando decidir cómo explicar lo inexplicable.

—Entonces ¿por qué ha sido tan dura esta semana? ¿Por mí?

Meneó la cabeza.

—Estoy intentando procesarlo todo, es nuevo para mí, pero los niños... siento que son míos. Lo noto aquí. —Se señaló el corazón con emoción.

—Claro que son tuyos, tú los has parido, Rachel.

—Yo... No lo recuerdo —se mortificó.

—Hay un montón de fotografías y vídeos.

—¡Mamá, leche! —Aarón reclamaba un biberón y Brian se apresuró a la cocina.

Rachel estaba al borde del llanto, descolocada y agotada.

—Ve a recostarte, Rachel, iré en un momento. —La orden la enfadó, pero obedeció no sin dejarle claro lo que sentía cerrando de un golpe.

Engatusó a Aarón enseñándole el biberón y el niño gustoso fue con él. Consiguió que se durmiera frente a la televisión tomándose su cena. Isabella lo cogió en brazos al mismo tiempo en que Mark cogía a Grace. Sabían que no era fácil que se separasen de ellos, Brian tomó a su hijo mayor y los acompañó al coche.

—Creo que me espera una buena discusión. A Rachel no le hace gracia

que os llevéis a los niños —opinó Brian en voz baja.

Isabella cerró la puerta de atrás con cuidado de no despertarlos.

—Es bueno ver que reacciona así, le importa.

—Menos mal —confesó Brian con un suspiro de agotamiento.

—Brian, no te des por vencido. Sabes que cuentas con nosotros, tus hijos están a buen recaudo, les encanta jugar con sus primos. Paciencia.

—Gracias, hermano.

Tras un abrazo les dijo adiós. Se aseguró de cerrar la casa, activar la alarma y apagar las luces. Cuando intentó abrir la puerta de la habitación, se detuvo con sorpresa al encontrarla con el pestillo puesto desde dentro.

—Rachel, abre —reclamó con impaciencia.

—No.

—¿Cómo qué no? Abre la puerta, quiero dormir a tu lado.

La voz de Rachel era baja, amortiguada por la espesa hoja de madera.

—Y yo no quiero, sigues siendo un desconocido. Encima eres grosero, exigente y maleducado. Esta noche será *a mi manera* —pronunció con firmeza, repitiendo lo que le había dicho él la noche anterior—. Buenas noches, Brian.

Se quedó observando la puerta con resentimiento e incredulidad. Un silencio estremecedor cayó sobre la estancia. Al otro lado, los latidos del corazón de Rachel rompían esa paz y se podía palpar la tensión en el aire. Suspirando, Brian se dirigió sin prisas hacia la cocina e hizo café. Una mirada por encima del hombro le confirmó que la puerta del dormitorio seguía separándolo del amor de su vida, y no le sorprendía. Lo único que sí lo hacía era lo mucho que deseaba que Rachel abriera y lo invitara a entrar.

Quería creer que era el reto que ella representaba lo que lo inducía a perseguirla y presionarla.

La noche anterior su miembro se había alzado cuando el perfume a vainilla de Rachel había inundado sus sentidos y puesto a prueba su

autocontrol. Si ella no hubiera estado profundamente dormida, Brian no estaba seguro de lo que habría hecho.

Tenía que recuperar el dominio de sí mismo antes de acercarse a ella de nuevo.

Con la taza de café en una mano, salió al exterior, al porche. Los rayos del ocaso se filtraban entre los oscuros cipreses.

Un ruido a su izquierda le advirtió de que ya no estaba solo. Rachel había abierto la puerta mosquitera para salir al crepúsculo. La luz anaranjada del sol atravesó la calima mientras ella daba la bienvenida a la brisa nocturna. Los fulgores prístinos incidían oblicuamente sobre la superficie del jardín y Rachel se dirigió hasta la barandilla de hierro del otro extremo, claramente ignorante de que él la observaba.

La suave luz del sol iluminó sus cabellos dorados y su espalda cuando se inclinó sobre la barandilla. Llevaba puesta una camisa color caqui: su camisa.

Brian frunció el ceño. Contuvo el aliento, atontado, y sintió que lo atravesaba una corriente eléctrica. El tiempo se detuvo.

Rachel inclinó la cabeza y se quedó con los ojos perdidos en horizonte, como en un sueño.

Él notó una profunda lujuria, un vuelco en el corazón, una pura aprensión y una necesidad que no pudo explicar. Todo ello lo atravesó, sacudiéndolo hasta las puntas de los dedos de los pies.

Rachel curvó la comisura de la boca en algo parecido a una sonrisa triste. Desde donde estaba podía ver su expresión de preocupación, y al verla así, tan completamente vulnerable, se quedó impactado.

Maldición, los sentimientos que Rachel despertaba en él no harían que fuera suya.

Brian apretó los dientes al observar cómo ella se apoyaba en la barandilla.

El velo de misterio que envolvía su mente los separaba con un muro de

cemento. Conocía su cara, su genio, la pasión que intentaba ocultar bajo una incongruente modestia, su audacia y su lengua afilada.

«Te amo, Rachel», pronunció en silencio.

Como si estuviese tan compenetrada con él que lo hubiera oído, ella comenzó a girarse lentamente. Una oreja delicada, un cuello grácil, el terco gesto de la mandíbula, la exuberante boca torcida por el esfuerzo de contener las lágrimas que empapaban sus tempestuosos ojos azules.

Brian amaba a Rachel más que a cualquier otra cosa en el mundo. Ella contuvo la respiración cuando lo vio.

—No... No te había visto —dijo soltando el aire—. Lo siento.

Rachel se giró y se dirigió con rapidez hacia la casa, pero Brian saltó de la silla y fue hasta ella, la rodeó con los brazos y la obligó a girarse hacia él.

En el mismo instante en que la tocó, ese sentimiento rugió en su sangre y penetró en sus huesos. Por el momento no podía luchar contra ello ni quería intentarlo. Todo su cuerpo le decía que no perdiera la fe. Nunca.

Cuando ella enterró el rostro en su pecho, él le puso un dedo bajo la barbilla y alzó su cara hacia la de él. El dolor que encontró allí le retorció las entrañas.

—Rachel —murmuró—. Mi amor. Soy un idiota impaciente, te he asustado. Lo siento.

Ella apretó los labios, parpadeando con valentía para detener las lágrimas.

—Tienes razón, eres un idiota. —Se interrumpió intentando escapar—. Tengo que... Suéltame.

Brian presintió que eso sería lo peor que podría hacer. Así que hizo caso a su instinto.

—No.

La palabra resonó en la cabeza de Brian. Tenía que estar perdiendo la

cordura, porque él nunca había reaccionado de esa manera con su mujer. Pero ahora no podía detenerse a analizar ese sentimiento, no cuando ella aún estaba intentando huir, algo que era impensable.

Agarró a Rachel por la nuca y la atrajo hacia él.

—Tengo miedo, nena. No se cómo actuar contigo. Me jode que no nos recuerdes y tienes una boca tan provocativa que me saca de quicio.

—Brian. —La voz femenina tenía una nota suplicante—. No puedo acceder a tus demandas, estoy abrumada.

La balbuciente incertidumbre de ella hizo pedazos la compostura y la determinación de Brian. La manera en que la había presionado sexualmente la había confundido, había cambiado lo que pensaba de sí misma. Y aún trataba de asimilarlo.

No debería presionarla más. No en ese momento, y menos sexualmente. ¡Era un idiota, joder! Se arriesgaba a perderla, y eso no era una opción.

—Shhh, te prometo que respetaré tus deseos. Solo quiero darte un beso, Rachel. He echado de menos abrazarte y besarte hoy, ¿puedo darte un beso casto?

Un segundo después, Brian cubrió su boca con la de él. La suave presión de sus labios fue como un suspiro. Un beso seco, corto. De alguna manera, él había logrado transmitir afecto, consuelo e incluso amor. Tras rozar una última vez los labios sobre los de ella, se apartó.

Las lágrimas cayeron de los ojos de Rachel, resbalando por sus mejillas. A Brian se le encogió el estómago al verlas y se las enjugó con los pulgares.

—¿Serás capaz de ser gentil?

—Sí —susurró contra su boca.

—No me presiones, ni me beses más, no lo deseo —confesó inclinando la cabeza, luego se mordió los labios como para contener sus sentimientos—. No puedo hacerlo, no puedo ser lo que tú quieres que sea.

Brian no estaba de acuerdo. Estaba seguro de lo contrario, y se lo

demostraría. Sonrió con ternura, intentando tranquilizarla. Tensó la mano en su nuca, metiendo los dedos en su pelo. Por lo general, el autocontrol de Brian era algo conocido y legendario. Con Rachel, resistirse a una mujer que deseaba tanto no solo parecía un auténtico sinsentido, sino que era absolutamente imposible.

Ella jadeó y lo abrazó con familiaridad, presionando los pechos contra él. Las lágrimas que empapaban sus mejillas mojaron la camisa de él haciendo palpitar su corazón una vez más.

Brian le pasó los dedos por los sedosos cabellos de oro y fue dejando un cálido reguero de besos sobre su piel, dirigiéndose hacia la oreja.

—Oh, Brian, no puedo ser lo que tú quieres que sea.

«Ya lo eres», razonó.

—¿Qué te parece si volvemos a empezar desde el principio?

—¿Qué quieres decir? —Rachel se echó hacia atrás buscando sus ojos con desconcierto.

Brian se apartó del cuerpo femenino que lo llamaba como el canto de una sirena y le extendió la mano con una sincera sonrisa.

—Soy Brian —se presentó—. Soy tu neandertal, gruñón, posesivo y mandón. Me tienes cogido por las pelotas, haz conmigo lo que desees.

Rachel rio y se prestó al juego estrechándole la mano con una risita divertida.

—Soy Rachel. La mujer que te va a volver loco con su amnesia, sus miedos e inseguridades.

—Encantado, acepto el reto.

Era una completa y absoluta locura, pero Rachel se sintió a salvo y mucho más tranquila cuando Brian no volvió a insistir en dormir con ella, y a él le destrozó el corazón aquella forzosa separación, no obstante, era necesaria.

Incapaz de conciliar el sueño, fue a por un *whisky* con hielo y se instaló

en el sofá con la televisión encendida. Ni siquiera captaba lo que decían, su mente estaba en otro lugar, en el pasado.

~

*¿Alguna vez se había sentido tan nervioso? Brian se había enamorado de Rachel nada más verla. La fiesta en casa de su hermano Mark era un evento donde las invitaciones privadas eran limitadas.*

*Y ella estaba allí, grácil, esbelta y tan hermosa que se le cortaba la respiración.*

*Cuando divisó a Isabella, le guiñó un ojo burlón. Ella le devolvió una mirada colérica, su tapadera como agente infiltrado no correría peligro. Se encontraron en la cocina, que por suerte estaba desierta.*

*—Hola, hermanita.*

*Lo enfrentó con inquietud.*

*—¿Qué haces aquí? —inquirió Bells.*

*—Pasé a saludar y vi que daban una fiesta en casa de mi hermano, así que decidí entrar a ver —mintió.*

*—¿Hay algo nuevo?*

*Él negó y la inspeccionó de arriba abajo.*

*—No, relájate, ¿quieres? —Rio al llegar a los pies—. Pareces una mujer de verdad.*

*Bells frunció los labios, disgustada.*

*—Idiota.*

*Soltó una carcajada, le encantaba pincharla.*

*—Está bien. ¿Qué te parece si volvemos al salón y me presentas a tu amiga? —Brian intentó ser sutil, pero era pensar en Rachel y se ponía a cien.*

—¿Qué amiga?

—La rubia, tu nueva compañera.

*Bells se asombró al adivinar de quién hablaba.*

—No puedo hacer eso, lo siento.

*Brian frunció el ceño, contrariado.*

—Se supone que no nos conocemos, recuérdalo.

—Sí, bueno, pues iré a ver si me siento accidentalmente al lado de ella.

*No se dejó desalentar, eso no iba a frenarlo.*

—¿Dónde está Mark?

—Ni idea. Sabes lo raro que es a veces, de modo que no me extrañaría que no apareciera por la fiesta. Pero si te cruzas con él, cuidado con que no te reconozca —le advirtió.

*Bells asintió con seguridad y se dirigió a la planta de arriba mientras él pensaba en cómo acercarse a Rachel. La vio de pie en la cola para ir al baño e ideó un plan para estar a solas con ella.*

*Se acercó con decisión.*

—Hola. Arriba hay más cuartos de baños —le comentó para que solo lo oyera ella.

—¿De verdad?

*Rachel posó sus ojos azules en él, calentándolo. El hombre tenía una sonrisa deslumbrante y unos maravillosos hoyuelos en las mejillas. «Un tipo guapísimo», pensó.*

—Sí, acompáñame. Me conozco la casa.

*Ella lo siguió.*

—¿Eres amigo del dueño?

—Su hermano —aclaró.

*La llevó a la habitación del fondo en la primera planta, alejados todo lo posible del meollo de la fiesta. Era más tranquilo. Señaló la puerta con un guiño.*

*—Gracias —le dijo Rachel con una risita—. Eres muy amable.*

*Brian se la quedó mirando unos segundos. Sus movimientos eran tan elegantes... Le encantaba la manera que tenía de echar la cabeza hacia atrás y de mover su preciosa melena. Se moría de ganas de hundir los dedos en ella.*

*—De nada.*

*Ella se encerró el baño y él la esperó, aturdido y sintiendo un cosquilleo en el estómago.*

*—¿Todavía sigues aquí? —Rachel se sorprendió de su presencia cuando salió del servicio.*

*—Te he esperado porque necesitaba decirte algo.*

*—¿A mí?*

*Brian asintió, muy serio.*

*—Desde el momento en que te vi, por un instante creía que me había muerto y había entrado en el cielo. Pero ahora veo que estoy vivo, y el cielo ha venido a mí.*

*Rachel se echó a reír.*

*—Que bonitas palabras, eres todo un seductor.*

*—¿Crees que estoy bromeando? —Brian arqueó una ceja.*

*—Dios, sí. Eres tan tierno. Tengo que irme...*

*—Vete, pero que sepas que acabas de robarme el corazón.*

*Volvió a reír, llevándose con ella el alma de Brian.*

La risa de Rachel surgida del pasado estremeció a Brian. Cerró los párpados con anhelo, la echaba tanto de menos que le dolía. ¿Conseguiría recuperarla? Aquella pregunta lo aterraba; habían compartido mucho juntos, años de un amor inigualable. Estaba sana, pero les habían robado una parte tan importante como la vida misma.

## Capítulo 8

La falta de información estaba desquiciando a Brian; se encontraba irascible y de mal humor. Rachel apenas le dirigía la palabra, se había recluido en el sótano donde exploraba las cajas que quedaban de la mudanza. Buscaba la vida que se habían llevado, cualquier indicio a través de las fotografías y recuerdos. Material no le faltaría, pero seguía doliendo aquel distanciamiento.

Derek llamó por teléfono.

—¿Recibiste mi mensaje? —preguntó Brian sin alterarse.

El rubio tosió.

—Más que eso, ella logró encontrarme. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Ni idea.

—No me mientas, Brian, pocas veces he visto un entrenamiento como el de ella. No debería poder hacerlo, es información clasificada, joder. Me han adiestrado para eso.

Brian terminó por sonreír con pedantería.

—Ha tenido suerte, supongo.

—¿Sabes que me ha noqueado y me ha atado con mis propios pantalones? —confesó Derek. Sonaba incrédulo, pero había un deje de risa en su voz.

—Huy, yo de ti no me jactaría de eso. A fin de cuentas es una mujer.

—Es más que eso —argumentó Derek. Había admiración en él—. ¿Es un agente de alto rango? Solo puede ser eso...

—Lo era —confirmó Brian sin añadir más detalles.

—¡Lo sabía! Es tremenda y sexy a rabiar.

Brian sacudió la cabeza con seriedad.

—No vayas por esa línea de pensamiento. Está casada y tú no te vas a aventurar a buscarla si quieres conservar las pelotas, ¿me has entendido?

—No haberla enviado a buscarme, sabes que me ponen ese tipo de mujeres.

—Ya te ha quitado los pantalones, no quieras saber lo que te haré yo si te acercas a ella. ¿Qué has averiguado? Y esta vez quiero lo que aún no me has dicho y lo nuevo.

El tono de voz de Brian fue suficiente para que Derek desistiera.

—Te lo voy a contar, pero no vuelvas a intentar localizarme. Pones mi vida en peligro, ¿vale?

—De acuerdo —aceptó Brian.

—Verás, tengo un informe que dice que se ordenó desconectar todas las cámaras de vigilancia de tu zona por mantenimiento, y abarca un radio de medio kilómetro alrededor de tu casa.

—Eso no tiene sentido.

—Pues no, no lo tiene. Cuando presioné un poco más, encontré que la orden había sido introducida en el sistema por un *hacker* informático. Tengo su dirección —añadió antes de que Brian le preguntara.

—Lo más probable es que le pagaran por hacer el trabajo —intuyó.

—Puede ser. Por cierto, ¿sabes que otro cadáver del asesino que investigabas fue encontrado ayer?

—No. ¿El de la túnica?

—El mismo, y se ordenó no decírtelo.

—¿Prohibido por quién? —Se sorprendió Brian.

—El comisario.

Habían apartado a Brian de tal manera que estaba desinformado. Pero eso iba a cambiar muy pronto.

—¿Hay más?

—En realidad sí, pero no te va a gustar. Te lo envío por fax.

El tiempo que tardó en llegar la fotografía se le hizo eterno, y uno pudo evitar el brinco que dio su corazón cuando al fin apareció. Las palabras resaltaban pintadas con lo que sospechaba era sangre de la víctima.

*«Era triste y feroz a la vez, palpitante, ahora es una pureza solitaria.»*

El asesino en serie había empleado la misma táctica y una escena similar a las anteriores. Una mujer yacía espectral en un viejo colchón en una casa abandonada. Vestía una túnica blanca. Aparentaba ser muy joven y sospechaba que el *modus operandi* era el mismo.

Maldijo en voz baja y guardó los papeles en un compartimento secreto debajo de la escalera, no quería que Rachel los encontrara.

—Tengo que irme y, por favor, no me envíes a la exagente —solicitó Derek con expectación.

—No sueñas muy convencido, pero no vuelvas a desaparecer y no tendré que enviártela.

—Realmente no me diste elección.

Colgó dejándolo con la palabra en la boca. Brian sonrió al pensar en Bells. Hasta él se preguntaba cómo habría conseguido encontrar a Derek. Brian se fue a la cocina y se dispuso a preparar el desayuno, procurando elegir lo que más le gustaba a Rachel: huevos revueltos y pan tostado con tomate. Sirvió un par de vasos de zumo de arándanos y lo colocó todo en una bandeja.

Luego bajó al sótano, preocupado ya por el tiempo que llevaba ella allí abajo, y la encontró rodeada de cajas abiertas. En ese momento ojeaba un álbum de fotos que reconoció enseguida.

—¿Te aviva la memoria? —preguntó Brian, sobresaltándola.

Ella lo miró y negó.

—Para nada. ¿Es un viaje que hicimos tú y yo?

Había interrogación en sus ojos.

—Nuestra luna de miel. Recorrimos la ruta 66 en descapotable, desde Chicago hasta Santa Mónica, donde finalizamos en la casa de mi infancia —le contó dejando la bandeja en una caja y sentándose en el sofá frente a ella—. Visitamos todo, te encantó el Gran Cañón y a mí, Las Vegas. Las vistas desde la carretera son preciosas, dormíamos en un hotel diferente cada noche. Llegamos incluso a hacer el amor bajo las estrellas.

—Eso es ilegal. —Rachel se sintió enrojecer—. Podrían habernos detenido.

—Estábamos bien escondidos. De hecho, esto me recuerda algo. —Brian sacó su teléfono móvil y apretó un par de botones antes de ofrecerle el aparato—. Quiero que escuches con atención. Es del día que te atacaron.

—¿Por qué quieres que oiga eso? —Rachel se estremeció.

—Porque creo que me dejaste una pista.

Ella se llevó el móvil al oído y escuchó llena de aprensión.

*—Hola, nena. Estoy a menos de diez minutos de casa. ¿Adivinas lo que compré? ¿Rachel?*

*—Me duele mucho...*

*—¿Dónde te duele, dónde estás?*

*—En casa. Corre, Brian, me han atacado... yo... ¡Lo siento tanto!*

*—No es culpa tuya, estoy llegando. ¿Es la alarma lo que escucho? Rachel, ¡háblame!*

*—Sí, ¡suena muy fuerte! Me duele la rodilla. Por Dios, Brian, no permitas que olvide nada. ¡Ruta 66!*

*—¿De qué hablas? Dime, ¿estás sola?*

—*¡No permitas que olvide! Te amo, Brian, mucho, y a los niños... ¡Oh, Dios, mi cabeza duele!*

—*Estoy llegando...*

—¿Tiene sentido para ti? —Rachel alzó la mirada con desconcierto, devolviéndole su teléfono.

—No —respondió—. Si es una pista, está enterrada en mi memoria.

—Más bien borrada a la fuerza.

Ella lo observó con desilusión.

—Me fastidia no recordar nada, debió de ser un viaje precioso —suspiró.

«Y lleno de sexo», ese pensamiento cruzó la mente de Brian como un rayo.

—No puedo imaginar lo que estás sintiendo

—¿Y si lo volvemos a hacer? —planteó Rachel, poniéndose de pie con entusiasmo.

—No creo que sea lo más prudente.

—¿Por qué no? ¿Pretendes tenerme encerrada por siempre?

Brian, sintiendo su malestar, se enderezó y se acercó a su mujer.

—¿Crees que recorrer la ruta 66 es lo más sensato? —gruñó—. No hay ni una maldita posibilidad de que salgamos de aquí. Te quiero a salvo y punto.

Rachel se lo quedó boquiabierta y luego adquirió una posición que Brian conocía demasiado bien; se apoyó en una pierna, moviendo las caderas en un balanceo supersexy y se cruzó de brazos. ¿Y esa manera de ladear la cabeza ligeramente a la derecha? Consiguió ponerle duro al instante. Rachel estaba a punto de marcarse un *touchdown*.

—Tú —lo señaló irritada y con decisión— eres capitán de la policía, e

incluso con todas las medidas de seguridad que has puesto no has impedido que me agredieran, y precisamente en esta misma casa. Estoy en lo cierto, ¿verdad? —lo atacó con la realidad dicha en forma de reproche de tal manera que dejó a Brian en el banquillo.

—Reforcé las medidas, la maldita casa, y todo el puto barrio está supervigilado.

—Repito que no vas a encerrarme, así que ingéniate las para que podamos salir de viaje —decretó con una autoridad tan beligerante que Brian notó su miembro dar una sacudida de deleite.

No pudo evitar la sonrisa enorme de oreja a oreja, a lo que Rachel respondió alzando una ceja dubitativa.

—¿Por qué te ves feliz?

—Porque me acabas de poner cachondo, ahora estoy duro como una piedra —añadió con voz alegre—. Así que lo preguntaré directamente: ¿hay alguna posibilidad de acabar follando? No sabes las ganas que tengo de empalarte hasta las pelotas. Porque en este instante eres mi Rachel de siempre.

El jadeo de ella retumbó en la sala, sus ojos bajaron a la descomunal tienda de campaña que se había creado en la parte delantera del pantalón de él. Brian tenía una impresionante erección que estaba saludándola bajo la tela. Tragó saliva, repentinamente muerta de sed, y se lamió los labios, consiguiendo un gemido por parte de su marido.

—Sigue jugando con esa lengua, me pone a cien imaginarte chupándomela.

—No me digas esas cosas —se estremeció Rachel, con sus mejillas adquiriendo un tono rosado de lo más apetecible.

—Claro, nena, me callaré, pero no estoy seguro de que «mini yo» vaya a quedarse quietecito. Te tengo muchas ganas.

—Vale ya, deja de comportarte como un neandertal salido.

Brian echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ni quiero saber porque te ríes, pero lo del viaje es un hecho o...

—¿O qué? —la desafió con un brillo divertido en los ojos.

—O me voy sola. Tú decides.

Sin decir una palabra, Brian acortó la distancia y le pasó la palma de la mano por su mejilla. Rachel cogió aire. El rostro de él estaba totalmente afeitado y se dio cuenta de que echaba de menos un poco de barba de tres días. Le gustaba la forma en la que la sintió contra su piel la última vez y se asombró al descubrirse queriendo hacerlo de nuevo.

—Con una condición —aceptó.

—¿Cuál? —Rachel entrecerró los ojos con recelo.

—Que no solo sea un viaje para recordar, permíteme dormir a tu lado. Juro que nunca me sobrepasaré contigo, ni intentaré meterte mano. Solo quiero... necesito sentirte.

Había tanta desesperación en sus palabras que Rachel aceptó con un asentimiento.

## Capítulo 9

Julio era con diferencia la mejor época del año para recorrer la ruta 66. A Brian le encantaba conducir, lo relajaba. Pero lo mejor de todo era tener a Rachel a su lado con un aspecto despreocupado y mucho más sereno. El viaje iba a ser largo, como mínimo dos semanas, pero eso no le inquietaba.

—¿En serio van a seguirnos todo el rato? —cuestionó su mujer.

—Sí. Ignóralos.

—No es tan fácil, desde que salimos de Nueva York tenemos un coche detrás.

—Te acabarás acostumbrando.

Sintió la mirada de Rachel sobre él como un hierro caliente.

—¿Qué?

—Eres muy protector, pero muchísimo.

—No te haces idea. —Sonrió sin emoción.

—¿Cuántos coches tenemos?

—Dos: un 4x4 y un monovolumen.

—¿Y este SUV a quién pertenece?

Le encantaba que estuviera preguntona, de hecho, estaba mucho más indagadora desde que comenzaron el viaje.

—Es un vehículo prestado por la comisaría, pasa más desapercibido y lleva un dispositivo de seguimiento.

—Seguro que es blindado —bromeó ella.

—Pues sí que lo está. Pon música, nena, por favor.

Rachel buscó en la emisora un buen rato hasta dar con algo que, al escuchar la letra, le encantó.

—Joder, ¡piedad! One Direction no, no y no.

—¿Por qué? Me gusta lo que cantan.

Y en ese momento, Rachel se puso a cantar y Brian sonrió como un idiota, pero un idiota feliz. Antes del ataque ella cantaba todo el tiempo, se sabía todas las canciones de memoria, y no lo hacía nada mal. Incluso Mark lo decía, y él era un profesional. Era el cambio de actitud de ella, su explosión de energía y la manera en que observaba todo lo que desfilaba por la ventana lo que le recordó con dureza lo mucho que la echaba de menos.

—¿No es una canción fabulosa? —tarareó Rachel, agitándose en el asiento.

—No, pero si quieres detengo el coche y me haces ese baile sexy que te mueres por hacer.

—¡Ni hablar! —Se rio—. Pregunta.

—Dispara.

—¿Cómo éramos de pareja? —Ella estaba dudosa y le echó una ojeada con interés.

—Somos la ostia, no hay otra palabra. Nada de hablar en pasado, nena.

—Me llamo Rachel, métetelo en la cabeza —Por el rabillo del ojo pudo ver la mueca que hacía ella, una que lo hizo sonreír—. Pregunta.

—Dispara —repitió Brian.

—¿Cómo somos de pareja? Y no vale responder lo mismo, necesito respuestas más descriptivas.

—Oh, ¡tú quieres descripciones graficas! —Brian utilizó un tono inocente

captando así toda la atención de Rachel, que esperaba anhelante—. Somos jodidamente buenos en la cama, en cualquier posición te hago llegar. Te corres entre gemidos de lo más deliciosos y hago que tu cuerpo estalle de placer.

—¿Y tú eres capitán de policía? —ironizó.

Brian se rio antes adoptar una actitud más seria.

—Vale, a ver, llevamos años casados y fue amor a primera vista. Te vi y lo supe al instante: eras y eres el amor de mi vida.

—Que ñoño. Me cuesta verme como me describes, siempre tuve muy claro lo que quería.

—¿Ser modelo? Claro, lo has sido varios años.

—¿Lo dejé yo?

—Sí, fue tu decisión.

Tras esa conversación, Rachel se quedó en silencio meditando sus palabras. Brian la dejó tranquila y se adentró en las calles de Chicago en dirección al restaurante Berghoff, la primera parada del viaje. Recordó la excitación de Rachel en el viaje anterior cuando visitaron el local lleno de moteros y la envidia de estos. Iba muy sensual, atraía como un faro. Hoy vestía mucho más sencilla, pero no por ello menos bonita.

—¿Tienes hambre, Rachel?

—Pues sí, pero ¿vamos a comer aquí? —Arrugó la nariz en un gesto de extrañeza y asco.

—Sí, vamos a hacer las mismas paradas que en nuestro viaje de novios. Dímelo si recuerdas algo.

—De acuerdo.

Brian aparcó a un lado del local y vio desviarse el coche de seguimiento. Sabía que no estarían lejos, tenían la ruta planeada.

No sucedió nada, ni un atisbo del pasado. Cenaron filetes con patatas y hablaron poco, Rachel estaba nerviosa y cansada. Pagó la cuenta, envió un

mensaje a los agentes y se dirigieron al motel en las afueras de la ciudad.

Cuando Brian acomodó la maleta sobre la cama de matrimonio, Rachel se encerró en el cuarto de baño mientras él cerraba con llave y corría las cortinas. No estaba cansado de conducir, pero sí de no dormir bien por las noches, así que se dejó caer en el colchón, quitándose los zapatos con pesadez.

Luego instaló la *Tablet* sobre la mesa y lanzó una invitación por Skype. Mark no tardó mucho en responder y su cara invadió la pantalla.

—Buenas noches, hermano. ¿Qué tal el viaje?

—Aléjate un poco de la pantalla, Mark. —Se quejó con una sonrisa—. Va bien —añadió cuando consiguió ver el rostro al completo de su hermano.

—¿Llueve en Chicago?

—No, cielo despejado.

—¡Papá! Quiero ver a mi papá —reclamó la voz de B.J.

Mark se acuclilló, permitiendo al niño ver a su padre, que se entusiasmó.

—Hola, campeón. ¿Qué has estado haciendo con el tío Mark y la tía Bells?

Tras refrescarse, Rachel abrió la puerta y se quedó sorprendida. Brian estaba hablando con los niños. Les contaba lo que habían hecho ese día y ellos reían de sus bromas. La voz de su marido, tan tierna y llena de devoción, la conmovió.

Y como si Brian hubiera sentido su presencia, ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Mirad quién está aquí, es mamá.

—¡Mamá! —la llamaron con adoración.

Le costó mucho trabajo no llorar, estaba muy alterada y Brian pronto despidió a los niños deseándoles las buenas noches. Sin decir una palabra, él acortó la distancia y le pasó la palma de la mano por la nuca, atrayéndola a

sus brazos.

Cuando sus ojos se encontraron, Brian bajó su cabeza y sus labios se rozaron en un beso ligero como una pluma. Sin lengua. Sin urgencia. Después Rachel se apartó para echarle un vistazo.

Ay, Dios. Él contenía en sí tanto calor crudo y palpable que le provocó un resuello. Era hambre pura.

—¿Quieres que te haga perder la cabeza, Rachel? ¿Que olvides hasta tu nombre?

—Lo prometiste...

—No estamos durmiendo... aún. Solo te propongo darte algo que te permita relajarte y quedarte dormida como un bebé.

El corazón de Rachel latía con fuerza. Podía notar la evidencia de su deseo cuando le agarró el culo y tiró de ella hacia sí uniendo sus cuerpos y sentándola a horcajadas.

—Me la pones tan dura... —gruñó—. Voy a tener un caso grave de huevos azules, pero no importa, todo esto es para ti.

Giró sus caderas, flexionándose ligeramente para que su erección coincidiera con el nacimiento de sus muslos. Después se movió hacia adelante y su miembro frotó el clítoris, lo que provocó una oleada de placer que mandó fuego a lo largo de la columna vertebral de Rachel. Sus labios estaban tan hambrientos como aquella vez en la casa, completamente dominantes, y justo cuando ella pensó que era imposible que esa frenética y apasionada sesión de besos se hiciera más sugestiva, su lengua le acarició el labio inferior y Rachel devolvió las caricias en igual intensidad, para satisfacción de Brian. Sus dientes le dieron un pequeño mordisco. Después enterró la cara en su cuello y la llenó de besos suaves que iban dejando escalofríos a su paso.

—Confía en mí, Rachel, confía en tu marido. Ríndete, amor.

Y ella lo hizo, se abandonó por completo a las caricias y besos de él. La tensión que había entre sus piernas creció hasta que, sin ningún pudor, se frotó contra su muslo, y era tan bueno que sus caderas comenzaron a moverse más

rápido, anhelando más fricción.

—Sí, cariño, sigue haciendo eso —murmuró Brian—. Frótate contra mí... Así, muy bien.

«Oh, Dios.»

Rachel estaba tan excitada que ya no podía tener pensamientos coherentes. Brian recorrió a besos el camino que le devolvió a su boca, hundiendo su lengua profundamente, imitando así los movimientos de sus caderas.

Cada vez que la costura de la cremallera de Brian la presionaba, su nudo de nervios latía con más fuerza. Vestida, sin ningún contacto, sin contar con el de su erección desde detrás del pantalón acariciándola...

Joder, sí. Rachel estaba a punto de tener un orgasmo.

Un ruido desesperado se apresuró a salir de su boca, pero fue absorbido por otro beso abrasador de Brian, cuyas caderas se agitaban con más fuerza, más rápido, hasta que el nexo de placer explotó en una oleada de pura felicidad que la atravesó sin piedad, provocando un estallido y llegando, incluso, a hacerle curvar los dedos de sus pies.

La cabeza de él cayó en el hueco de su cuello y dejó escapar un gruñido grave. Respiraba con fuerza contra su piel al mismo tiempo que todo su cuerpo se estremecía.

—Joder, me acabo de correr en los pantalones como un adolescente —dijo a los pocos segundos con una risa ronca.

La envolvió con sus brazos, sujetándola con fuerza contra su durísimo pecho mientras ambos se recuperaban, los dos respirando con dificultad y con sus latidos golpeando al unísono. Pasaron unos minutos antes de que la depositase en la cama dando un paso hacia atrás.

Rachel siguió los movimientos de su marido y alcanzó a ver cómo cogía un puñado de servilletas de papel, lo introducía con una mano dentro de sus pantalones y después hacía una pelota con él para tirarlo a la papelera que había junto a la puerta.

Regresó a su lado y con voz ronca llevó su boca a su oreja.

—Felices sueños, Rachel.

Ella se acurrucó en un extremo de la cama, lejos de él, pero a la mañana siguiente, algo era distinto. A Brian su temperatura le pareció más alta de lo normal y se dio cuenta del dulce perfume que lo rodeaba. Algo le hacía cosquillas en la barbilla, algo suave y duro al mismo tiempo. Había una cabeza en su cuello y un brazo fino extendido sobre su estómago. Una pierna templada enganchada en su muslo y un pecho blando descansando en sus pectorales.

Abrió los ojos poco a poco y vio a Rachel acurrucada junto a él. ¿Habían dormido así toda la noche? Recordaba estar en lados opuestos de la cama cuando se acomodó, tan separados el uno del otro que casi esperaba encontrarse en el suelo al amanecer.

Pero estaban enredados en los brazos del otro y Brian sonrió, feliz. Ahora estaba totalmente despierto, respirando su esencia y disfrutando de la calidez de su cuerpo.

Oh, oh, sorpresa, estaba empalmado.

La voz horrorizada de Rachel rompió el tranquilo silencio. Saltó hasta que se quedó sentada y echó una ojeada a Brian con estupefacción. Y sí, sin duda había una tienda de campaña montada en la zona sur.

—Tranquila, nena —dijo con voz ronca de recién despertado—. No es más que una erección mañanera.

—Mañanera —repitió ella con asombro—. Dios, ¿siempre estás cachondo?

—¿Contigo cerca de mí? Siempre —respondió con sinceridad—. Y esto es lo que nos pasa a los hombres por las mañanas. Es la naturaleza, Rachel. Nos despertamos empalmados. Si te hace sentir mejor, no estoy ni un poco cachondo ahora mismo, pero como sigas mirándome así no respondo de mí.

—Vale, acepto tu excusa biológica, creo que es lógico. Y ahora, ¿puedes explicarme por qué has decidido abrazarme por la noche?

—Yo no he decidid nada. Estaba dormido. ¿Quién dice que no fuiste tú?

—Jamás haría eso.

—¿Cómo lo sabes? —replicó con tibieza—. Antes siempre te dormías abrazada a mí y te montabas a caballito...

—¡Eres un capullo!

—Mierda, Rachel, lo siento —se disculpó en cuanto la vio bajarse de la cama tan rápido que le pareció una imagen borrosa. Cuando ella se fue, experimentó una sensación de pérdida de inmediato. Ya no era todo cálido ni acogedor, sino frío y solitario.

## Capítulo 10

Después de haber visitado Las Vegas, Rachel se encontró admirando las vistas desde lo alto del Gran Cañón por completo sorprendida ante la belleza salvaje, era incluso más bonito al anochecer, cuando menos visitantes había.

—¿Te gusta? —preguntó Brian, que había pasado un brazo por sus hombros y en ese momento besaba su sien.

—Mucho, es fabuloso. ¿De verdad estuvimos aquí antes?

—Sí, y te encantó también la primera vez.

Siguieron un rato más así, absortos en las vistas, en la paz que trasmitía el lugar. Rachel se sentía afligida y desanimada, pues recordaba muy poco. Si Brian había notado su desazón, no la molestó por ello y agradecía el gesto.

Un recuerdo afloró en su memoria cuando exploró el gran cañón del colorado, aquel magnifico paraje natural que podía contemplar desde el interior del coche.

—Aquí no es donde paramos la última vez —comentó por completo convencida de lo que decía.

—¿Ah, no? —la tanteó Brian con esperanza.

Rachel señaló la carretera de tierra roja.

—Continúa adelante, es más lejos.

La expectación hizo que obedeciera sin rechistar, aquel camino era más estrecho y redujo la velocidad. De vez en cuando echaba una mirada a su mujer, que tenía el ceño fruncido con una concentración extrema pero ilusionada.

—Hicimos una reserva en el Hotel Williams, pero... —Rachel se

esforzaba al hablar, estaba nerviosa—. Tú te empeñaste en visitarlo todo por tu cuenta, sin coger un guía turístico. Llegamos al borde Norte Rim, con lo que supuso recorrer 345 kilómetros y cinco horas y media más de viaje. Perdimos la reserva, tenía hambre y estaba agotada, recuerdo que te dije que hicieras algo.

Brian tuvo que detenerse y echar el freno de mano. La emoción le hizo tragar el nudo en su garganta que amenazaba con hacerlo estallar de felicidad. Rachel descendió del vehículo y seguía flotando en sus labios aquella expresión divertida y más relajada ahora. Señaló no muy lejos una zona plana, apartada del borde y cerca de unas rocas que en el pasado les sirvieron de refugio.

—Compramos comida para llevar y te empeñaste en quedarte, a pesar de mis quejas. —Rachel enmudeció un momento, con la vista pérdida, y luego se dio la vuelta y buscó los ojos oscuros de su marido—. Acampamos aquí, hiciste una hoguera y fue la primera vez que te pedí que buscáramos tener un hijo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas e hizo un gesto para detener a Brian, que pretendía acercarse y abrazarla.

—Fue una noche memorable —reconoció él.

—Lo fue, una locura dormir fuera y cerca del Gran Cañón. Pero no sé por qué tengo la sensación de que tardé mucho en poder quedarme embarazada.

—Estabas delgadísima por los estándares de belleza que se requerían en tu profesión y muy estresada, estuviste mucho tiempo sin menstruar.

—Oh, eso explica por qué tengo ropa tan desigual en tallas.

—Te quería como eras entonces como lo hago ahora —dijo Brian con sinceridad.

Rachel se sonrojó y tras un momento de vacilación, fue a alojarse entre los brazos de su marido, en su calidez, y suspiró por esa pequeña victoria sobre su memoria.

Los Ángeles era el final de la ruta 66 y de su viaje por los recuerdos. Se había formado entre ellos un acercamiento, Rachel no podía negar la atracción sexual que existía entre ambos, y menos cómo se ponía cuando Brian la

contemplaba con tanta intensidad que se sentía enardecer.

Él hablaba sucio, y que Dios la ayudara si no se sentía excitada cuando le decía guarradas, pero aún se resistía a creer que ella era la mujer que lo ponía cachondo, que lo había enamorado hasta el punto de casarse y darle dos hijos. Eran tan opuestos, tan diferentes que no se reconocía a sí misma. Se sorprendía mirándolo a hurtadillas, buscando la curva de su mandíbula cuadrada con sombra de barba. La manera en que movía los labios cuando hablaba, cómo sonreía con facilidad y la forma en que su nuez de Adán trabajaba.

—Nena...

—¿Qué? —Sobresaltada por verse descubierta, Rachel desvió los ojos hacia la ciudad.

—Estamos llegando, última parada. Pasamos la noche aquí y mañana llegamos a Santa Mónica.

No estaban en la ciudad, sino en las afueras, y mientras recogían sus maletas, Rachel se quedó observando el pintoresco hotel.

—¿Estamos lejos de casa tus padres?

—A una hora más o menos, dependiendo el tráfico —respondió Brian.

Atravesaron la entrada y ella caminó a su lado, preocupada por su reservada actitud. Brian se encargó de recoger la llave en recepción, incluso en el ascensor ella pudo notar que se estremecía por la forma en que la contemplaba, era casi primitivo, y se dio cuenta de que su cuerpo estaba receptivo, hambriento.

¡Estaba empapada!

Aquel descubrimiento la perturbó.

—Me ducharé primero, si no te importa, no tardaré mucho.

—De acuerdo —respondió ella con inquietud.

Dejó sobre la cama la maleta abierta, buscando ropa adecuada sin tener

idea. Estaban en un buen hotel, con piscina y restaurante. No era un viaje de placer, se recordó al sentarse, y se sentía muy confusa.

La puerta del baño estaba entreabierta y cuando percibió movimiento a través del espejo de la pared, se quedó hipnotizada.

Brian tenía el pecho firme, musculoso salpicado de gotas de agua. Rachel contuvo la respiración, admiró sus hombros anchos y su amplia espalda que acababa en un trasero perfecto, seguido de unas largas y torneadas piernas. Sus ojos fueron atraídos por su nombre tatuado en una nalga en una tipografía elegante y entrelazado al símbolo del infinito; apenas pudo ver más cuando él se dio la vuelta conforme iba secándose con la toalla.

Brian era suyo en cuerpo y alma.

Y cuando descendió a su entrepierna, un vistazo le bastó para darse cuenta de que estaba muy bien dotado. Más que eso, su volumen y rigidez delataban un estado de semiexcitación.

Un rubor de timidez inundó sus mejillas y apartó la mirada.

Para ella la ducha tampoco ayudó a eliminar aquel estado febril, donde el mero rocé del agua en sus senos pesados le daba ganas de gemir. Eligió un vestido vaporoso verde oliva muy ligero con efecto satinado que se adaptaba a sus formas sin apretar, con cuello cruzado que desvelaba el escote con elegancia, y un bonito cinturón que marcaba delicadamente su cintura.

Las sandalias y el bolso iban a juego, era el conjunto que más le gustaba de todo lo que había llevado. Se maquilló a conciencia, necesitando realzar sus ojos y belleza natural. Rachel se echó un repaso en el espejo, había cogido algunos kilos que la favorecían, pero hizo una mueca cuando descubrió que la cicatriz enrojecida, encima de su rodilla, se notaba y mucho.

Hacía calor y ni muerta se pondría un pantalón largo. Aquella marca ahora formaba parte de su cuerpo y con un poco de corrector facial y algo de maquillaje consiguió atenuarla.

Al fin lista, fue en busca de su marido, que la esperaba en la terraza del hotel. Él vestía un pantalón chino azul marino con camisa blanca arremangada hasta los codos.

Cuando sus ojos se encontraron, Rachel notó que la recorría un escalofrío. Brian deslizó los ojos por su cuerpo con lentitud, evaluando y anhelando mucho más.

—Estás preciosa, Rachel —susurró al ponerse de pie y apartándole la silla.

—Gracias, Brian.

Era galante y atento, y continuaba observándola de aquella manera.

—¿Has ojeado la carta? —Rachel intentó desviar su atención.

—No. Elige tú.

—Hay muchas cosas, no conozco tus gustos.

—Cualquier cosa, Rachel, no soy difícil de complacer.

—Muy bien, a ver. —Leyó el menú y fue enumerando—. Hay carnes de muchas variedades, pescado, pastas, ensaladas... Me voy a pedir la que lleva queso y frutos secos, con consomé de verduras.

—Eso es comida para vacas, necesito una buena ración de hidratos de carbono.

Rachel asintió divertida, al final sí que tenía preferencias. Les sirvieron bebidas y poco después de la cena, que transcurrió bajo una tensión palpable, la llevó a la pista de baile donde unas pocas parejas enlazadas bailaban al son de la música lenta.

Las manos de su marido la tocaban con delicadeza, sus dedos rozaron cálidamente la suave piel, dejando atrás diminutas llamas danzarinas. Rachel se dio cuenta de que le gustaba cómo ella era su único centro de atención, pero al mismo tiempo la abrumaba un poco. Él era pasional e intenso, sus ojos recorrían las facciones de aquella mandíbula obstina y se sorprendió al pensar en querer lamer y besar esa piel masculina.

Él estudió su cara. Estaba muy hermosa. Toda ojos. En su mente había confusión y temor, pero no auténtica resistencia. Su corazón dio un vuelco extraño, inesperado cuando vio la piel de gallina en su Rachel, y no era por el

frío, sino por el deseo que estaba despertando en ella.

—Será mejor que te acompañe a la habitación —aconsejó Brian con una mirada insoldable y apartándose ligeramente.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro y enfiñado. No estoy acostumbrada a tu silencio, echo de menos esas perlas de pullas sexuales que me hacen avergonzar.

Ella sonrió buscando aliviar la situación y el origen de su distanciamiento, pero él tan solo suspiró y se frotó la barbilla en un gesto de tormento que ya reconocía.

—No es el mejor lugar para hablar, subamos.

—Que terco eres —se quejó Rachel.

—No sabes tú cuánto. La cuenta, por favor —pidió al acercarse a la barra con impaciencia.

Brian pagó con efectivo, nada de tarjetas rastreables le había dicho. No quería que le siguieran la pista, incluso si de vez en cuando algún que otro coche de vigilancia aparecía en un tramo de camino, había aprendido a ignorarlos. La influencia de su marido la abrumaba un poco, a cada estado que pasaban se aseguraba de informar dónde se encontraban.

—Rachel, vamos —la instó enlazándola por la cintura.

—¿Vas a contarme qué te pasa?

—Todavía no.

—Oh, muy bien —se enojó—. Si quieres seguir con esa actitud, allá tú.

Ante su respuesta, y sin ninguna advertencia, Brian la cargó sobre un hombro y Rachel, de repente, se vio en la línea de ese culo de infarto. Con indignación se retorció intentando bajar golpeando los puños en su espalda.

—¡Déjame en el suelo, Brian!

—No, señora Hamilton. Caminas a paso de tortuga con esos tacones. Así vamos más rápido.

—¡Cavernícola! —lo insultó Rachel.

—Tu cavernícola, al que estás volviendo loco de deseo, nena.

—Eres insufrible.

—Lo sé —contestó riendo—. Hasta que la muerte nos separe, tuyo con amor.

Una vez en la puerta de la habitación, la dejó en el suelo y Rachel se apartó el pelo de la cara. Brian se cernió sobre ella, intimidándola, y ella le plantó un dedo amenazador en el torso. Él respiraba entre pequeños jadeos.

—¿Por qué reaccionas así?

—¿Es que no puedes verlo? —Brian se lamió los labios—. Te deseo, Rachel. He prometido no tocarte, respeté tu necesidad de distanciamiento, pero maldición si no me está jodiendo y sé que tú también me deseas. Niégamelo.

—Me estás agobiando.

Brian gruñó.

—¿Por decirte lo que siento y la verdad? —se desesperó—. Es lo que siento, eres el amor de mi vida y esta distancia me está matando. No me has dado ni una mínima oportunidad de acercarme a ti, no me dejas besarte a menos de que te robe uno, te hice llegar al orgasmo porque te conozco y lo necesitabas. Pensé que eso nos acercaría... —Suspiró abatido—. Pero tú sigues mirándome como un cordero degollado, como si fuese a saltarte encima a la menor oportunidad, y hace un rato casi me vuelvo loco al verte aparecer en la cena.

—¿Porque me maquillé?

—El maquillaje, el pelo, la ropa... los tacones. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no te veía arreglarte de esta manera?

—No —replicó Rachel tragando saliva con inseguridad.

—Desde que tu hermano murió.

Aquella revelación fue mucho más de lo que pudo soportar Rachel, que al descubrir que su gemelo estaba muerto se echó a llorar.

—¿Jack está muerto? ¡Pero ¿qué estás diciendo?! ¡Está en una misión! ¿Verdad?... —Ahogó un sollozo de estupefacción, recordó algo del funeral y eso la afligió.

—Oh, maldición. Yo lo siento, Rachel...

—No me toques. ¡Fuera de aquí! —rechazó su abrazo y lo empujó sin encontrar resistencia, para darle después con la puerta en las narices.

Rachel sollozó hasta agotarse. Echada sobre la cama se aferraba a la almohada como a un salvavidas. A veces se descubría preguntándose por lo que sería dejarse envolver por aquellos enormes brazos, sentir los labios de Brian en el cuello. No podía recordar la última vez que había sentido deseo. A veces podía ser muy dulce y tierno con ella, pero otras, como hoy, se mostraba como un auténtico cavernícola. También se preguntaba a veces si no estaría siendo incapaz de verlo tal y como realmente era, si no estaría engañándose. Pero no, Brian era todo un idiota.

¿Se estaba enamorando de su marido?, ¿era solo atracción sexual? Pero no podía recordar la última vez que había estado enamorada. Ni siquiera recordaba ya la ilusión del amor de los primeros días. Pensaba a veces en si debería decirle valientemente que quería quedarse a su lado para siempre. Pero le aterraba pensar en su forma de ser, porque soltarle que su hermano había muerto con tan poca delicadeza fue de lo más bruto.

Jack, su hermano gemelo, muerto.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? No lograba recordarlo, le dolía la cabeza.

Llamaron a la puerta, pero Rachel no tenía fuerzas para afrontar a Brian.

—Vete, no quiero verte.

—Soy Isabella. ¿Puedo pasar?

Se lo pensó un momento.

—Adelante.

Un minuto después, se abrió la puerta y esta entró. Llevaba un pantalón largo y una camiseta de mangas cortas, lo primero que hizo fue quitarse los mocasines y subirse a la cama observando a Rachel con entendimiento.

—Brian es un idiota, no puedo disculparme por él. —Se acomodó a su lado.

Estaban cara a cara.

—¿Te lo ha dicho?

—No hizo falta, pero te puedo asegurar que está arrepentido.

—Me dijo lo de Jack justo después de acusarme de haberme arreglado para cenar.

Isabella cerró los ojos con disgusto y los volvió a abrir.

—Lo siento, Rachel. No creo que lo haya hecho para hacerte daño, él está frustrado y muy preocupado por ti.

—Frustrado sexualmente. Menudo agobio, y que poco tacto tiene —suspiró Rachel.

—Dime qué necesitas, ¿quieres algo de beber?

—Necesito estar con mis hijos, los echo de menos.

—Pues vámonos. Recoge tus cosas, te llevo a la casa familiar.

—¿De verdad? —se emocionó Rachel, enderezándose en la cama con renovada energía.

—Sí.

En menos de un cuarto de hora, Rachel se había cambiado por algo más cómodo y había recogido todo. Isabella le había dicho de no preocuparse de nada, Brian ya había pagado la cuenta y las seguía con su coche. Agradeció estar lejos de él, sería incapaz de mirarlo a los ojos en ese momento.

Atravesaron Los Ángeles hasta llegar a Santa Mónica, a la avenida Ocean, e Isabella aparcó el vehículo detrás de un Mercedes negro. Rachel se

quedó sorprendida e inspeccionó la casa con admiración, era grande y cercana a la playa.

—Guau. ¿Aquí crecisteis todos?

Isabella asintió y luego rectificó.

—Los Hamilton me adoptaron, mis padres murieron en un accidente cuando tenía 6 años.

—Oh, vaya. Lo lamento mucho.

—Entremos, Rose está impaciente por verte. —Isabella le dio un leve apretón en el brazo, agradeciendo sus palabras en silencio.

Apenas cruzaron el umbral de la casa que su suegra la abrazó con efusividad, llegando incluso a besarle la frente en un gesto muy maternal.

Brian contempló la escena de su madre abrazando a su mujer desde buena distancia. Le gustaría consolarla, pero prefirió ser discreto y rodear la casa para darle el espacio que necesitaba. Encontró a Mark y a su padre en la parte de atrás.

—Hola, familia —saludó con desánimo.

—¿Qué le has hecho a Rachel para que mi mujer tenga que salir corriendo a por ella? —preguntó Mark.

—Como siempre, meter la pata. Papá, ¿sigues guardando ese *whisky* añejo?

—Claro. Bienvenido, hijo. Mark, ¿tú también quieres una copa?

—No, gracias, prefiero no beber.

No se sintió bien al beber para ahogar las penas, pero era necesario ya que tenía el presentimiento de que estaba perdiendo a su mujer. Se le llenaron los ojos de lágrimas, tan solo se dejó ir cuando posó el trasero en el balancín.

—No me digas nada, papá, te lo ruego.

El hombre se había acercado a su hijo en discreto silencio.

—No pensaba hacerlo. —Le ofreció el vaso donde un trozo de hielo enfriaba el líquido ámbar.

Su padre, David Hamilton, el patriarca de la familia, conocía demasiado bien a su hijo mayor y le hizo compañía sin presionarlo.

—¿Tenéis un vaso de esos para un pobre desalmado? —surgió la voz de Liam Mackenzie.

—Hombre, bienvenido al club de los desgraciados.

—Hijo, no pienso formar parte de eso —se excusó su padre en desacuerdo, pero con una pequeña sonrisa indulgente.

—Pues será mejor que nos dejes a solas, esto se va a poner feo.

Tras servirle una bebida al recién llegado, su padre se marchó y Brian le dio tiempo a su expleado a tragar medio vaso hasta verlo suspirar, esa era su señal. Se había sentado en una silla de jardín y parecía tan desdichado como él.

—Venga, Mackenzie, suéltalo de una vez antes de embriagarte.

—Jennifer me ha dejado plantado el mismo día de nuestra boda.

—Joder, no tenía idea de que fuerais tan en serio tú y Kelly.

Mac echó la cabeza hacia adelante con pesar.

—Pensé que lo era. Viajamos hasta Irlanda, la presenté a mis padres, que la adoraron al instante y consideraron a Nadia como su nieta. Todo fue tan bien que no entiendo lo que pasó.

—¿Te dio una explicación al menos? —se interesó Brian.

—Una nota muy corta donde no dice mucho. La he buscado por todas partes, jefe, ella solicitó entrar en protección de testigos otra vez.

—Ah, mierda. ¿Quieres que pida información?

—No, jefe —negó Mackenzie—. No pienso perseguirla como un tonto, ella hizo su elección. Pero, ay... duele. —Se frotó la zona del corazón con

desasosiego.

—Bebamos hasta olvidar, voy a por la botella.

—*Na las sop nach urrainn duit féin a chuir as, Jennifer.*

Brian echó un vistazo al pelirrojo con confusión.

—¿Qué acabas de decir?

Una mirada vidriosa se dirigió al cielo.

—No enciendas fuego que no puedas apagar, Jennifer. Hablaba conmigo mismo, jefe.

—Hora de ahogar las penas —decretó Brian.

# Capítulo 11

Despertar sintiendo los besos de sus hijos fue el regalo más bonito del mundo, juzgó Rachel, que más que feliz los achuchó con fuerza y les hizo cosquillas hasta sentir que sus pequeños cuerpos se retorcían de gozo.

—Hora de desayunar, pequeños míos.

—¡Sí, mamá! —B.J partió delante guiándola hasta la cocina donde su suegra ya se afanaba en preparar un copioso desayuno.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias.

Rachel instaló a Aarón en la trona a su lado y dio de comer a sus hijos con naturalidad.

—Hola, tía. —Andrew la saludó con un abrazo efusivo.

—Hola. ¿Cómo estás, Andy?

—Bien, tía, deseando ir a la feria. ¿Recuerdas todas las atracciones que hay? —Al mismo tiempo que hablaba gesticulaba las palabras y Rachel se dio cuenta de que conocía el lenguaje de signos, con sorpresa.

—No. —Sonrío con tristeza—. Pero seguro que será genial volver a descubrirlas.

Su sobrino asintió con efusividad.

Rachel ayudó a Rose a preparar la comida, era temprano el domingo, pero los más pequeños de la casa se despertaban pronto y jugó con ellos toda la mañana hasta que Aarón se durmió y lo acostó en una cuna de viaje. B.J

estaba entretenido con su primo haciendo manualidades, una brillante idea de Isabella, que tenía a Grace encantada con la pintura y medio embadurnada.

Las piedras planas de un tono gris oscuro pasaban por las manos divertidas de los niños y se convertían en verdaderas obras de artes infantiles. Algunas tenían motivos de animales, otras más elaboradas por un paciente Andy eran caricaturas de Bob Esponja, e Isabella se encargaba de perfilar frases con colores mientras su hija Grace untaba la mesa-taller cubierta de un plástico protector.

Rachel sonrió, dejándolos un rato. Fue a lavarse las manos y a refrescarse un poco y se dirigió al exterior de la casa.

No había visto a su marido desde el incidente en el hotel. No había aparecido de repente exigiendo su atención, incluso si eso le molestaba, esperaba una disculpa al menos y decidió salir a tomar el aire para poder reflexionar a solas. Avisó a su suegra por cortesía, pero no espero respuesta. Se dirigió hacia la playa con calma, pocas veces había tenido la ocasión de encontrarse a solas y aprovechó el momento.

—Rachel, ¿adónde vas? —preguntó una voz masculina demasiado familiar.

—A pasear por la playa, no creo correr peligro.

—Eso es lo que crees tú —opinó Brian llegando a su altura. —Prefiero acompañarte si me lo permites.

Rachel se encogió de hombros y caminaron en un silencio opresivo. Echaba de menos poder decidir lo que hacer en su vida, con su tiempo y tomar decisiones por sí misma.

No podía decirse que estuvieran solos allí, pensó Rachel una vez estuvieron al pie de la orilla. Había decenas de personas paseando, niños corriendo y parejas abrazándose.

Brian se sentó con las piernas estiradas hacia delante. Rachel lo hizo con las piernas encogidas, y muy cerca de él.

—Ven —le dijo él, invitándola a reclinarse contra su torso—, ponte

cómoda, por favor. Ayer me comporté como un asno y no soporto estar lejos de ti.

Rachel accedió por qué sentía que lo necesitaba y no buscó descubrir el significado.

Y allí, inclinada contra su musculoso pecho, Rachel consiguió relajarse como no había podido hacerlo desde hacía días. Notar la fuerza de Brian a su lado era como estar apoyada contra unos firmes cimientos. Por supuesto, también ayudaba el hecho de que hubiera sido capaz de dormir a su lado durante dos noches sin que hubiera pasado nada. Rachel comenzó a pensar que quizá estuviera equivocada sobre su capacidad de sentir. Claro que podía hacerlo. Confianza, en primer lugar, y seguridad. Brian había sido capaz de hacerle sentirse a salvo, y no solo del peligro. Estaba convencida de que confiar en él no era ninguna locura, pero tenía muchas dudas.

El sol fue ocultándose en el horizonte. El número de personas disminuía a medida que iba oscureciendo, y al final, se quedaron solos. Permanecieron allí, en silencio, hasta que se hizo de noche.

Rachel le preguntó con curiosidad:

—Me cuesta comprenderlo y procesarlo. ¿Hay algo entre nosotros?

—Oh, hay mucho entre nosotros.

—Dime lo que es...

—Por mi parte, estoy decidido a hacer cualquier cosa por estar a tu lado y tú estás decidida a romperme el corazón. Y te advierto que ese asunto de romperle a alguien el corazón es muy serio.

Rachel soltó una carcajada. Percibió que Brian inclinaba la cabeza hacia su hombro y aspiraba el aroma de su pelo. Posó la mano en su hombro izquierdo, lo apretó con delicadeza y dijo:

—Rachel, tú eres fuego en mi corazón, orbito en torno a ti.

—Me intimida tanta pasión y amor.

—No tengas miedo, cariño. Jamás te haría daño —prometió él.

Ella se enderezó, pero no se apartó. Brian la acercó entonces todavía más a él, deslizando un brazo por su cintura con mucha ternura, haciéndola apoyarse en su pecho, pero teniendo mucho cuidado de que no se sintiera agobiada.

—Quiero que sientas sobre tu cuerpo unas manos capaces de acariciarte y amarte de nuevo.

A Rachel se le aceleró el corazón, pero sabía que no era miedo lo que sentía. Se decía a sí misma que debía dejar que fueran las de él las primeras en volver a acariciarla, pero todavía no estaba preparada. Se volvió hacia él. La noche estaba tan oscura que era difícil distinguir la luz de sus ojos. Se inclinó hacia Brian y lo besó con suavidad los labios. Fue un beso vacilante, breve, casi receloso, y fue ella quien dio el primer paso para júbilo de él.

—Supongo que antes tendrás que conseguir ganarte mi confianza.

—Una buena idea —contestó él, consciente de que el deseo enronquecía su voz—. Tienes unos labios que están gritando que los bese.

Se inclinó hacia ella con languidez y tomó su boca, arrastrando sus labios entre los suyos con una succión dulce y sensual. Quería acariciarla, pero no estaba seguro de que Rachel pudiera aceptarlo todavía. Posó una mano en su cintura, sin aplicar presión alguna.

—Bésame —le pidió ella—. Bésame como si no me creyeras tan frágil, como si todavía recordara todo de nosotros.

—Oh —Brian se echó a reír—, ¿lo estás diciendo en serio?

—Solo una vez.

Brian le rodeó la cintura con los brazos para sentarla en su regazo. Rachel posó las manos en sus hombros y esperó. Él buscó sus labios y los rozó apenas con los suyos. Después, muy lentamente, dándole tiempo a cambiar de opinión, los presionó contra su boca. Rachel alzó las manos, le rodeó con ellas el cuello y apretó una palma en su cabeza para mantenerlo contra sus labios. Con un gemido de deseo, Brian movió sus labios sobre los suyos y los abrió. Rachel lo imitó, permitiendo que deslizará la lengua entre ellos, y Brian estuvo a punto de morir de placer al disfrutar del sabor de

aquella boca dulce y deliciosa. La estrechó con fuerza contra él, apreciando la firmeza de sus senos contra su pecho.

Y entonces sucedió, comenzó a excitarse y estuvo a punto de tumbarse con Rachel en la arena y presionarse contra ella. Pero sabía que no podía actuar de aquella manera. Ella solo estaba tanteando el terreno, todavía se sentía insegura, y estaba muy asustada. Aquel beso, aquel beso húmedo y profundo representaba un paso enorme para los dos. Era posible, además, que estando sentada en su regazo como lo estaba pudiera percibir su deseo, y Brian no quería que se asustara.

La oyó suspirar, notó su cálido aliento contra su rostro y se apartó de sus labios.

—Lo siento, pero no puedo —musitó ella.

—¿No puedes? Eres toda una tentación y aún no estás preparada para tanto ímpetu, y lo entiendo. Solo una cosa más, Rachel —dijo Brian apoyando la frente contra la suya y cerrando los ojos—. No me rompas el corazón —suplicó.

Rachel esperaba no hacerlo, estaba hecha un lío.

A la mañana siguiente, Brian recibió una llamada de sus jefes y la preocupación se adueñó de él. Todo el plan que había trazado acababa de irse al garrete. Echó una mirada a su mujer, que charlaba con Isabella.

—Eh, jefe, tiene esa expresión que no augura nada bueno.

—Tengo que volver a Nueva York.

—¿Cuándo? —El interés brilló en los ojos del irlandés.

—Me voy en cinco minutos y tengo un trabajo para ti.

—¿Cuál? —Se animó Mackenzie.

—Proteger a mi mujer y mis hijos. Vigílalos como si fuesen tuyos. No puedo irme y dejarlos desprotegidos, mierda. ¿Lo harías por mí?

—Sin problema, capitán. Nadie se acercará a su esposa e hijos.

La noche que se emborracharon, Brian le había contado a Liam todo lo sucedido, sus dudas y miedos. Él escuchó con confianza y comprensión, hacía más de una década que se conocían y trabajaban juntos.

—Que Dios te lo pague con muchos polvos —le agradeció Brian.

—Amén a eso —aprobó Liam con un asentimiento apreciativo.

Se dirigió hacia Rachel, que alzó la mirada ante su cercanía y le sonrió con calidez.

Odiaba tener que irse.

—Rachel, tengo que volver a Nueva York.

—¿Por qué? Me dijiste que nos quedaríamos varios días en Santa Mónica —arguyó decepcionada.

—Tú y los niños os quedáis.

—¿Sin ti? —exclamó con sorpresa—. Pero es la casa de tu familia...

—Que es también la tuya. Por favor, nena, no deseo discutir, ahora no, no quiero irme preocupado.

—De acuerdo, pero puedes decirme al menos qué ha pasado.

Brian dudó un momento, hasta que le dijo una verdad a medias.

—Un caso muy importante que llevamos meses investigando, ha surgido algo y me necesitan allí.

—Bueno, pues supongo que nos veremos a la vuelta —dijo con voz apagada.

—Siento tener que irme así —se desesperó Brian—, tenía previsto enseñarte muchas cosas.

—Da igual, Brian. No importa.

La observó con intensidad, queriendo contarle más, pero tuvo que morderse el carillo sintiendo el sabor de la sangre invadir su boca. Cuando escuchó el rumor del helicóptero de la policía de Santa Mónica, se alejó y fue

al lugar de recogida.

Rachel dejó pasar el día y la noche siguiente sin comentar nada, se sentía una extraña en una casa ajena sin su marido. Eran todos muy amables y atentos, pero no estaba tan a gusto sin reconocerlos. Habían pasado el día en el parque de atracciones, un día que le hubiera gustado compartir con Brian.

Sintió tal cólera y abandono que se dispuso a llamar para reservar una plaza de avión con dos niños pequeños, pero Mark la detuvo.

—Si quieres volver a tu casa yo te llevo, no puedes irte sola con los niños.

—¿Cómo que me llevas? —Se irritó—. Sabría arreglarme y ubicarme en Nueva York.

—No lo pongo en duda. —Asintió él sin apartar la vista—. Pero sigue existiendo una sombra de amenaza, es por tu seguridad y la de tus hijos.

Lo expuso de tal manera que Rachel se avergonzó. ¿Dónde tendría la cabeza? Con conformismo se despidió de la familia de Brian, abrazando a cada uno con la promesa de verse otra vez muy pronto. Le lanzó una mirada interrogativa al pelirrojo amigo de su marido que no se despejaba de ella. Llevaba una americana que no auguraba nada bueno con el calor que hacía, y, efectivamente, divisó la culata del arma en su costado cuando se movió.

—¿Vas armado? —cuestionó Rachel.

—Siempre, señora Hamilton. Soy un expolicía reconvertido en su guardaespaldas.

—¿Ah, sí?

—Por favor —rogó Mackenzie viendo su enfado—, solo hago mi trabajo, no me ponga en una situación incómoda con mi jefe.

—Oh, no pienso hacerlo...

—Liam Mackenzie, señora. Lamento que no me recuerde, le gustaba mucho tomarme el pelo. —Esbozó una media sonrisa pícaro.

—¿Yo?

—Sí. La ayudo con los pequeños. ¿Quién viene con el tío Liam? Arriba, Aarón. —Cogió al más pequeño con familiaridad y el niño parecía encantado.

Mark tomó la mano de B.J y precedió a Rachel en los escalones hacia el *jet* que la llevaría de vuelta a su casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Mark.

—Lo estaré cuando lleguemos.

La inquietud fue en aumento conforme iban pasando las horas. Rachel no conseguía encontrar su sitio en la vida que le habían contado. Madre y esposa, amante, amiga y confidente. Sus recuerdos llegaban muy atrás en el tiempo, solo que para ella no parecían haber pasado todos esos años.

Sus sueños habían sido comerse el mundo, escapar de una pequeña ciudad y de un matrimonio de conveniencia con el hijo de un vecino de sus padres, pues querían obligarla a casarse. Recordaba cómo Jack la animaba a vivir su vida y no quedarse enfrascada en una que no quería. Dios mío, Jack, pensó. Lo echaba terriblemente de menos.

¿Cómo había llegado a esto? Necesitaba una prueba de que ella había elegido casarse, tener hijos, abandonar su carrera de modelo.

Porque de momento se sentía atrapada e insegura.

## Capítulo 12

Brian llegó a casa con los ánimos por los suelos. Jamás en toda su vida como policía había presenciado tanta brutalidad en un asesinato. Se sentía contaminado por la maldad que impregnaba la escena del crimen, el último del Asesino de la túnica.

¡Maldito hijo de la gran puta!

Se inmovilizó cuando posó la vista en una chica que parpadeó con sorpresa cuando lo vio allí de pie. Sus ojos marrón claro eran del mismo color que sus cabellos, que colgaban en una larga trenza por encima de su hombro. Llevaba pantalones negros holgados y una camiseta sin mangas con letras estampadas. Luego hubo una mirada de reconocimiento mutuo que emocionó a Brian hasta la medula.

Sonrió.

—Hola, Lily.

La joven le devolvió el gesto y echó a correr en su dirección. Se abrazaron con torpeza y risas. Su expresión era de gran asombro, sus mejillas estaban rosadas cuando la dejó en el suelo.

—¿Llevas mucho esperando?

—Una hora. Te mandé un e-mail para hacerte saber que llegaba antes de la fecha prevista.

—Mierda, lo siento, llevo un par de días de trabajo agotador.

—Puedo ir a un hotel, no importa.

—No digas tonterías, Lily, te quedas con nosotros —declaró con entusiasmo.

Se encargó de abrir la puerta de entrada, desactivar la alarma y de cogerle el equipaje que dejó en la habitación de invitados.

—¿Dónde están Rachel y los niños? Me muero por conocerlos en persona, me has hablado tanto de ellos que tengo la sensación de que son parte de mi vida desde siempre.

—En Santa Mónica, llegarán mañana. ¿Tienes hambre?

—Sí y, por favor, dime que podemos encargar una pizza. Necesito una dosis de buena comida insana —dijo con esperanza.

—Podemos —declaró Brian—, ¿con doble de queso y *pepperoni*?

Ella sintió con entusiasmo y él se dispuso a poner la mesa en la terraza; sacó una jarra fría de agua, una cerveza para él y un rollo de papel de cocina.

—Estarás molida por el viaje.

—La *jet lag* me tiene muerta de sueño, pero aguantaré hasta comer algo decente.

Mientras esperaban a que la pizza llegase, hablaron sobre su vida londinense y su aceptación en el conservatorio más prestigioso del país.

—No sabes lo orgulloso que me siento —la halagó Brian con una sonrisa radiante—. Julliard no es una escuelucha mediocre.

—No, es una de las mejores. Estoy deseando comenzar.

—¿Sabías que Mark va a enseñar allí?

—¡No! —chilló Lily con regocijo—. ¿De verdad?

—Con suerte lo tendrás de profesor.

—Sin duda lo tendré, ya que el canto será parte de mis asignaturas.

Cuando la puerta de entrada se abrió, Brian se sobresaltó y fue al encuentro de su mujer e hijos con sorpresa y alegría.

—Pensé que llegarías mañana —cogió a un Aarón medio dormido y besó a su mujer en la mejilla señalándole a Lily—. Ha llegado antes de lo previsto.

Rachel observó a la joven con suspicacia e intriga.

—¿Quién?

—Es Lily...

Al ver que su mujer tampoco recordaba quién era se paralizó. Casi había olvidado su amnesia, había sentido tal júbilo al ver a Lily que sencillamente lo había pasado por alto.

B.J se dirigió a su habitación mostrando signos de cansancio y él lo siguió.

—Ahora vuelvo, voy a acostar a los niños —dijo.

Las dos mujeres se miraron, y Lily, dándose cuenta de que algo pasaba allí, se presentó a Rachel, ya que esta estaba con cara de sospecha, celos y desconcierto.

—Soy Lily Sanders, hablamos un par de veces por teléfono y nos hemos visto por Skype.

—Soy Rachel, la esposa de Brian.

—No te ves muy bien, Rachel. ¿Necesitas un vaso de agua?

—No, gracias. —Se tocó la cara, muerta de vergüenza—. Sufrí un ataque y perdí la memoria, no tengo idea de quién eres. Lo siento.

—Oh, vaya. No sabía nada —se disculpó Lily acercándose a ella para darle un abrazo. Cuando se separaron buscó la manera más delicada de anunciarle quién era—. Pues soy la prima de Brian. Estaba previsto que viniera, ¿no lo recuerdas?

—¿Ah, sí? Pues no, lo siento.

—¿La prima? —cuestionó con extrañeza Mackenzie, que asomaba la cabeza desde la entrada de casa y la examinaba con estupor.

—Date un paseo —le ladró Brian llegando y cerrándole la puerta en las narices.

Rachel se alejó presa de temblores y con la incredulidad haciendo mella en la poca confianza que tenía en su marido.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una prima que iba a venir? —El tono en que habló no presagiaba nada bueno, tanto que hasta Lily lo notó y decidió dejarlos a solas.

—Esperaba el momento adecuado. Lo olvidé.

—¿Hay un momento adecuado para eso? ¿Por qué desconozco de su existencia? Llego a casa agotada y te encuentro con ella cenando y riendo, ¿crees que es normal? —le reprendió con acritud.

Brian perdió la paciencia con su mujer por primera vez desde que había sufrido el ataque. Ella buscaba una excusa para discutir y distanciarse más de él y no pensaba permitirselo, por lo que le cogió la mano con firmeza y tiró de ella para que le siguiera al sótano.

—Lily —la llamó—, ¿puedes estar pendiente de los niños por nosotros?

—¡Por supuesto, primo! —respondió ella desde la habitación.

—Ah, y dile al irlandés que si se atreve a acercarse a ti le romperé un brazo.

La risa de la joven sonó muy alta, pero no le preocupó a Brian que, tras cerrar la puerta con cerrojo desde dentro y encender la luz, obligó a su mujer a bajar las escaleras.

—Pero ¿qué estás haciendo? —se indignó ella.

—Llévate a un lugar insonorizado para poder hablar, discutir o gritar, lo que tú decidas, pero no pienso dejarte hacer eso de nuevo.

—¿A qué te refieres con eso?

—Tú buscando una excusa para dejarme —la acusó con dolor.

Rachel le dirigió una mirada perpleja y arqueó una ceja.

—Creo que la separación es inevitable. Es obvio que no nos llevamos bien.

—¡Has sufrido un trauma! —saltó Brian con furia contenida y muerto de miedo.

—¡Sí, y no estás haciendo nada para hacerme sentir a gusto! Me abandonaste en casa tus padres para correr a trabajar porque, según tú, era muy importante —le reprochó herida—. No me acuerdo de ellos, no me son familiares en nada aparte de Isabella, y mis recuerdos de ella son limitados. ¿Y volver a casa y descubrirte cenando con una mujer joven? Eso fue la guinda del pastel.

—¿Por qué, Rachel?

—Porque no hay nada referente a ella en esta casa, no hay fotografías, ni indicios. Pensé mal.

—¿Que pensaste, nena? —había bajado la voz y el grado de enfado.

—Pensé que me habías sustituido.

A Brian le sorprendió aquella expresión ceñuda en su mujer.

—¿Sentiste celos?

—En absoluto —mintió.

—Es estúpido sentir celos de Lily, acaba de cumplir 18 años y por fin puede hacer lo que quiere.

Rachel estaba estupefacta.

—No te comprendo, ¿qué estás intentando decir?

—Es una larga historia, pero para resumir —se aclaró la garganta—, Lily tiene unos padres muy estrictos, ella posee un don para la música y siempre ha soñado con cumplir su sueño, pero no le han dado opción hasta ahora.

—¿Cómo que no le dieron opción, Brian? Es libre de elegir, ¿no?

—Ahora sí, le propusimos que viniera a vivir con nosotros, fue idea tuya. Te encantaba saber que podías ayudarla y tenerla aquí. No te haces idea del lío en que se ha metido con su padre, que es un ricachón de lo más estúpido. La ha desheredado para intentar hacerla entrar en razón y que acate sus exigencias.

No comprendo cómo mi tía, que es hermana de mi madre, permite que sea tratada así.

—Pero ¿por qué? —Rachel no alcanzaba a comprender el disparate de abandonar a un hijo.

—Por el escándalo que suponía, por la vergüenza que pasaría Vivian, la madre de Lily. Tenía miedo de verse viviendo debajo de un puente o qué se yo. Ser músico, según ellos, no está bien visto.

—Pues a tu hermano Mark le ha ido muy bien al parecer.

—Exacto. Es una prueba de lo esnobs que son.

—Sí.

—Lily ha tenido que enfrentarse a un infierno, pero consiguió llegar hasta aquí.

Rachel terminó por sentarse en el sofá de cuero y Brian en el sillón frente a ella y se masajeó las sienes con agotamiento.

—Menos mal. Y al cumplir la mayoría de edad, ¿Lily te ha buscado? Eso es valiente.

—Los tres estábamos deseando que llegara; ni te imaginas las llamadas por teléfono, las videoconferencias y largos e-mails.

—Ha tenido que ser muy duro.

Brian asintió quitándose la corbata y desatando los dos primeros botones de la camisa. Fue en ese momento que Rachel reparó por primera vez en lo formal en que iba vestido, con traje. Imponía bastante.

—¿Has tenido un día muy duro?

—Duro no es la palabra, horrible es más acertado.

—¿Qué hacía yo cuando tenías un día de esos?

Brian echó a un lado los mocasines.

—Estar a mi lado, principalmente.

Ella fue la que cogió su mano y se refugió contra el calor abrasador de su cuerpo. Brian la estrechó contra sí, agradecido de que Rachel tomara la iniciativa. Fue tan inesperado y bueno que sus ojos se llenaron de unas lágrimas, unas que contuvo a duras penas.

—Mis cambios de humores y mis inseguridades deben ser un martirio para ti, lo siento.

—Amo todo de ti, Rachel. Todo.

—Cuando discutimos siempre acabamos haciendo el amor —aseguró ella.

—¿Lo recuerdas? —Brian se emocionó.

—No del todo, es más un presentimiento.

—¿Quieres hacer el amor, Rachel? —le propuso besando su cuello y enviando escalofríos por su piel.

La respiración de Rachel se aceleró.

—Sí... —vaciló—, pero apaga las luces.

La risa de Brian la sorprendió y buscó sus ojos.

—¿Por qué te ríes?

—Porque hay cosas que no cambian, incluso si has perdido la memoria. No pienso apagar la luz y te voy a enseñar por qué si confías en mí.

—Confío en ti.

Le dio un beso en la mejilla y después otro en los labios. Rachel le enmarcó el rostro con las manos, se estrechó contra él y abrió la boca bajo la suya, haciéndole enloquecer de deseo.

—Por cierto, hueles fatal, ¿como a productos de limpieza y algo más raro?

—Es olor a depósito de cadáveres, lo siento, y gracias, mi amor. Tú hueles maravillosamente. Pero no te preocupes, me lavaré antes de seguir

disfrutando de tu aroma, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Regresaron a la planta superior y se encerraron en la habitación. Brian le solicitó que se desvistiera junto a él y Rachel se sonrojó. Lo miró dubitativa un momento, era su marido y seguramente conocería su cuerpo a la perfección, así que se quitó todo a excepción de la ropa interior.

Brian le recogió el pelo con delicadeza, la posicionó frente al espejo con él pegado a su espalda y con los brazos rodeando su cuerpo hasta deslizar las yemas de los dedos por la suavidad de su vientre y detenerse en una línea blanquecina.

—Rachel, esta estría de aquí que apenas se nota te salió cuando esperábamos a Brian Junior. Cogiste mucho peso durante el embarazo y lo llevaste muy bien, te cuidabas mucho, pero un bebé en crecimiento dentro del cuerpo de una modelo tan delgada como tú hizo que tu cuerpo tuviera que adaptarse. —Brian se arrodilló e hizo que Rachel se diera la vuelta para besar la estría más ancha con devoción y siguió dando besos a cada una de ellas mientras le hablaba—. Fue un bebé de casi cuatro kilos que nació por parto natural, necesitaste seis puntos de sutura aquí —musitó acariciando sus pliegues por encima de las bragas.

—Brian... —exhaló ella al sentir aquella íntima caricia.

—Eres la mujer que amo y amaré siempre, en cualquier faceta de la vida.

Luego se incorporó y se introdujo en la ducha regulando el agua y sonriéndole con picardía, además de invitarla con un gesto seductor a que lo acompañase. Rachel sintió que su corazón se desbocaba, y quería, pero algo la retenía y perdió la compostura.

—No puedo —se negó, con el deseo de golpe enfriándose.

—¿Por qué?

Brian se estaba enjabonando y no apartaba los ojos de ella.

—Esto es demasiado.

Rachel se dio la vuelta abandonando el cuarto de baño, buscó en todos los cajones y encontró un camisón lo menos sexy que halló. Luego se sentó en la cama cogiéndose la cabeza entre las manos y echándose a llorar. Nada estaba bien, estaba convencida de que jamás llegaría a recuperar la intimidad que la había unido a su marido.

Bajó las manos, refregándose las mejillas húmedas. Algo la empujaba a tomar una decisión drástica.

—No voy a obligarte a nada, Rachel —surgió la voz de masculina, sobresaltándola. Alzó los ojos hasta el rostro sombrío y triste de Brian—. Perdóname si te asusté, es lo último que quiero.

Ella observó cómo Brian terminaba de secarse dándole la espalda, enfilaba un calzoncillo por sus piernas y se metía en la cama.

—Tienes que volver a tu rutina y yo la mía, Brian. Necesito normalidad en mi vida y no tenerte revoloteando a mí alrededor como un abejorro.

Lo escuchó exhalar como si hubiese estado conteniendo el aire, y la verdad, tardó en responder.

—Tienes razón, nena. Creo que podría ser bueno para todos —estuvo de acuerdo.

~

*Rachel, mi amor, hoy he tenido que ir a trabajar y me siento la peor persona del mundo porque sé que vas a odiar la vigilancia que he puesto sobre ti y nuestros hijos. Varias veces me he visto obligado en centrarme en conducir y no dar la vuelta para volver junto a ti.*

*En cambio, ¿qué he hecho para no sucumbir a mi neurosis? Grabar un audio en mi teléfono. Tú no lo recuerdas, pero Bells escribe diarios desde hace años y a ella le ayudó, a mí no sé, pero necesitaba desahogarme de alguna manera.*

*Desconoces lo mucho que te amo, y me siento tan impotente, frustrado y*

*mal. ¿En qué momento se ha ido todo a la mierda? ¿Por qué no puedes recordar nuestro amor? ¿Por qué me odias tanto y me rehúyes?*

*No soporto perderte... La sola idea me ha hecho vomitar y me ensució los zapatos.*

*Soy patético.*

*Te estoy perdiendo, nena. Como dijiste, la separación es inevitable. Pero que no sea porque crees que soy un neandertal controlador incapaz de no desearte y querer ahogarme en tus besos cuando estás cerca.*

*Antes hacíamos el amor todo el tiempo, en cualquier momento o lugar... ahora apenas soportas mirarme, pareces un pajarillo asustado.*

*Dicen que el verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien es.*

*¿Te estoy ayudando o amargando la vida?*

*... Brian.*

## Capítulo 13

—La última vez que hice rondas de vigilancias acabé deteniendo a un hombre que se creía un chicle.

—¿Lo recuerdas? —ironizó Sidney Foster con una sonrisa burlona hacia su antiguo compañero y ahora capitán.

—Claro, me marcó. Estaba totalmente ido, puesto de metanfetaminas y pegado con cola a una pared.

Brian soltó una carcajada, era bueno estar de vuelta y más con la compañía de una veterana. Salir a la calle le había venido bien después de intentar ponerse al día en el despacho, el Comisario le alentó a salir, ya que dos patrulleros estaban de baja.

Después de mandarle un mensaje a Rachel para hacerle saber de las horas extras, fue a cambiarse para ponerse su uniforme. La respuesta de su mujer le llegó justo antes de recibir un aviso, y fue un «ok» sin más.

—Aviso de un menor abandonado en Madison sur, 1129.

—Brigada 4807 —contestó Brian por el micro—, respondemos al aviso.

Sidney condujo con velocidad, encendiendo las luces y la sirena. Brian apreció cómo manejaba el vehículo, con precisión y profesionalidad. Toda una experta.

Al arribar al lugar, otra patrulla estaba llegando y con un táctico acuerdo, fueron en busca del menor. Brian echó un vistazo al inmueble de tres plantas. Se dividieron, dos agentes se quedaron abajo y él y Sidney subieron por las escaleras. Su compañera, acostumbrada a estar en las calles, tomó la iniciativa y Brian la escoltó.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—Policía de Nueva York, estás a salvo, pequeño.

—¡Es pequeña! —rebató una voz infantil—. ¿Cómo sé que sois policías si no debo abrir la puerta a desconocidos?

—¿Tu puerta tiene cadena? Si la dejas puesta y abres una rendija, te enseñaré la placa —expuso su compañera, intentando que se sintiera a salvo.

Brian se mantuvo apartado lo justo para que la niña no lo viera, ya que la impresión que daba siempre intimidaba, pero Sidney se lo impidió poniéndolo a él delante.

—¿Dónde está tu placa de poli? —preguntó una voz dudosa.

Un ojo azul lo miró interrogante a través del cristal de unas gafas. Brian, con gestos cuidadosos y sin apartar la vista de ella, se acuclilló y le enseñó su placa.

—Soy Brian, ¿cómo te llamas, preciosa?

—Madison.

—¿Cómo la calle?

—Mi hermana siempre me dice que ese nombre me traerá suerte.

Brian sonrió para ganarse su confianza.

—Ella es mi compañera Sidney. ¿Has llamado a la policía, Madison?, ¿dónde están tus padres? Ahora puedes dejarnos entrar.

La niña dudó, Brian la vio parpadear y escuchó un ruido que le hizo apretar los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Hay cosas en el congelador, pero mi hermana me prohíbe tocar el fogón. Esta mañana me terminé la leche.

Aquella niña llevaba horas sola, intuyó Brian que con un vistazo a su compañera se comunicaron sin palabras.

—Sidney va a traer una hamburguesa con patatas. ¿Te gustaría, Madison?

—le preguntó Brian con dulzura.

—¿Puedo pedir nuggets de pollo y un batido de fresa?

Brian sonrió.

—Puedes pedir todo lo que quieras. Ahora abre la puerta, quita la cadena. Estás a salvo.

Un ojo suplicante le hizo retener el aliento.

—Con una condición. ¿Me prometes que no vas a separarme de mi hermana?

—Haré lo que pueda para no romper mi promesa —planteó Brian con un asentimiento.

Satisfecha por la respuesta, Madison abrió y Brian descubrió a una niña de no más de 10 años con dos coletas mal hechas, rubia y salpicada de pecas. Llevaba puesto un pantalón corto deshilachado y una camiseta que había visto días mejores.

Una primera ojeada al pequeño apartamento le dijo a Brian que no poseían bienes, vivían en la necesidad y lo que más le chocó fue la ausencia de juguetes. Todo estaba metódicamente guardado, pero no había muñecas ni nada que dijese que allí vivía una niña, y por la fotografía de la que sospechó era la hermana, no era más que una adolescente.

—Madison, ¿dónde están vuestros padres?

—No sé quién es mi papá, pero sí que sé que mamá murió cuando nació.

Brian se acuclilló frente a ella.

—¿Cuántos días llevas sola?

La niña bajó los ojos a sus chanclas con purpurina con un prologando silencio.

—Madison, mírame —le pidió Brian suavizando la voz, empleando un tono que usaba con sus hijos—. Tu hermana no está metida en un lío, estamos aquí para ayudar a que vuelva contigo.

Aquella afirmación hizo que Madison alzara aquellos luceros azul brillantes.

—Once días. Fue a trabajar y no ha vuelto.

El corazón de Brian se encogió, demasiados días habían pasado para que la hermana de Madison siguiera con vida. Se hizo a un lado cuando Sidney regresó y le ofreció la comida.

—Come despacio, Madison —intento convencerla Brian viendo su ansia.

—Es que tengo mucha hambre.

—Lo sé, pero luego te dolerá el estómago.

La niña obedeció dando pequeños bocados, buscando así su aprobación. Tras sonsacarle el apellido y el nombre de la hermana, Brian dio el aviso para que enviaran una ambulancia y avisaran a los servicios sociales.

Por la autoridad que le daba ser capitán, llamó al departamento y ordenó la búsqueda de Teresa Pérez por todas las vías, incluidas las morgues.

Madison fue trasladada al hospital y sometida a una revisión completa. Él la acompañó sintiendo la preocupación de Madison, el miedo que la hacía aguantar las lágrimas al verse arrancada de todo lo que siempre había conocido.

—Hamilton, mira esto.

Sidney le mostró toda la información obtenida.

—¿Es en serio? —preguntó con asombro.

—Sí —afirmó Sidney—. Madison es en realidad hija de Teresa y no su hermana. La tuvo con 15 años.

—Mierda.

—Intenta sonsacarle la verdad, te tiene confianza.

Asintió sintiendo un nudo en la garganta, Brian sospechaba que había una historia detrás de Madison, su nacimiento en una precoz adolescente decía

mucho de la valentía de Teresa al quedarse con ella. Si no había recibido apoyo de su familia, se habría visto en la calle y obligada a sobrevivir como pudiese.

—¡Has vuelto! —se emocionó Madison, que se agitaba en la cama con inquietud al verlo entrar.

—Te dije que no iba a irme. ¿Estás bien, pequeña?

—¡Sí! Quiero irme a casa, ¿han encontrado ya a mi hermana? —preguntó.

Brian captó el matiz en la voz de la niña, estaba convencida de la mentira.

—Todavía no. —Tomó asiento en la silla cercana a la cama, la niña se puso frente a él con una actitud expectante—. Madison, sabes que los policías lo sabemos todo, ¿verdad? —Observó la manera en que reaccionaba, así que asintió y con seguridad continuó—. Cuando se dice una mentira a un agente de la ley, tarde o temprano, este acaba por enterarse.

Madison comenzó a ponerse nerviosa, delatándose.

—Jope. Mi hermana no me deja decir la verdad.

—¿Por qué no?

—Cree que espantaría a sus citas de trabajo —esclareció la niña encogiéndose de hombros.

—¿Recuerdas si te dijo algo el día que no volvió a casa?

La niña comenzó a jugar nerviosamente con los pliegues de su pijama con una expresión triste.

—Me dijo que no me acostara tarde y que tenía la cena hecha, y también que volvería antes de que yo despertara, pero no lo hizo —suspiró.

La niña se puso a llorar llevándose las manos a los ojos.

—Tranquila, princesa —le dijo Brian ofreciéndole un pañuelo con el que le sonó la nariz y enjugó sus lágrimas.

—¿Cuándo volverá mi mamá? La echo de menos, es la mejor madre del

mundo mundial.

—La estamos buscando. Madison, cualquier detalle que recuerdes nos sería útil.

Unos ojos inocentes atraparon a Brian.

—Recuerdo que el mismo señor vino tres veces a por ella. Mamá me tenía prohibido mirar por la ventana, pero... desobedecí —dijo con culpabilidad.

—¿Y qué viste? —la alentó.

—Que era mayor, con el pelo como el del abuelo, nuestro vecino.

—¿Blanco?

—Sí, y tenía un coche caro.

Brian le acarició la cabeza y se enderezó teniendo cuidado de no conmocionar a la niña, por lo que mantuvo una voz sosegada.

—Madison, cuando el médico te dé el alta van a llevarte a una casa de acogida temporal, donde tendrás todo lo que necesites.

—Pero yo tengo un casa y una mamá —se opuso cruzándose de brazos y poniendo morritos.

Brian contuvo una sonrisa.

—Te garantizo que volverás a casa en cuanto encuentre a tu madre. Voy a hacer todo lo posible para encontrarla cuanto antes.

—Volveré a verte, ¿verdad? —preguntó con duda.

—Claro. ¿Quieres que te traiga algo de tu casa?

Ella negó con un gesto obstinado y se dio la vuelta acomodándose en la cama. Brian sintió ganas de quedarse con ella y reconfortarla, pero sabía que no era buena idea. Encariñarse era demasiado fácil y necesitaba centrarse en encontrar a su madre.

Una vez en comisaría, el aviso de la desaparición de Teresa fue su

máxima prioridad. En el apartamento, tras una exhaustiva investigación, se encontró una tarjeta que a Brian le sonó demasiado familiar y masculló entre dientes una sarta de palabrotas.

Sidney no hizo comentario alguno y lo acompañó al barrio del SoHo, entre la calle Broadway y la Sexta Avenida. El negocio que buscaban aparentaba ser honesto, pero era mucha coincidencia si lo que sospechaba era acertado.

Mirror Una agencia privada de acompañantes con bonita floritura. La cámara de seguridad enfocó a Brian que, con paciencia, esperó a que le abrieran.

Una *pin up* los recibió con una ancha sonrisa pintada de rojo brillante.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarles?

—Dígale a la señora Madeleine que el capitán Hamilton quiere verla.

La mujer perdió la compostura un momento, su ánimo decayó y se lo quedó mirando con aprensión.

—Está muy ocupada, si quiere concertar una cita...

—Llámela ahora, ella querrá verme —le sugirió con encanto—. Anda, mueve ese culito con presteza.

Obedeció con reticencia e hizo una llamada. Mientras esperaba, Brian recibió un mensaje de texto de Mackenzie y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Rachel estaba abandonando el hogar familiar y se dirigía a casa sus padres con los niños.

Dividido entre su deber como policía y su mujer, Brian aguantó el mal tragó poniendo cara de póquer y quedándose a hacer su trabajo.

Madeleine los recibió en persona; perfumada y sofisticada, jamás nadie diría qué tipo de trabajo hacía.

—¿Quién ha muerto? —preguntó cuando los hizo pasar al pequeño salón privado sin esconder la angustia que brillaba en sus ojos.

—Nadie, Madeleine —la tuteó Brian con familiaridad—, pero nos urge encontrar a Teresa Pérez.

Por la expresión de horror que puso la dueña del Mirror, Brian no tuvo dudas de que la conocía.

—Dios mío —lamentó—. Tiene una hija pequeña... —titubeó.

—Está en buenas manos —la tranquilizó y pasó a hablarle con urgencia—. Necesito tu lista de clientes y todos los datos que tengas. Madeleine, no tengo que explicarte las repercusiones que este asunto tendría si la prensa se enterara de que es la segunda vez que una de tus chicas es asesinada.

—¡Que no se filtre! —se horrorizó.

—Haré todo lo que pueda mientras cooperes.

La mujer le echó una mirada de odio y frustración, pero obedeció sin rechistar. Brian llamó a la central en busca de apoyo táctico e informático.

—Llamadme si encontráis algo —ordenó echando un vistazo a la hora.

Estaba saliendo en dirección a los ascensores cuando se cruzó con Stone.

—Cabezota jubilado. —Sonrió feliz de verlo de vuelta.

—Pre-jubilado y a tu servicio de nuevo.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Bien, el Inspector Mackenzie y el Sargento Stone están de vuelta. Te espera trabajo con la desaparición de Teresa Pérez, pon ese instinto en alerta.

—Espera —se sorprendió—, ¿Liam ha vuelto?

—Con el corazón roto. Está de vigilancia con mi Rachel.

—Por su abuela que no sabía nada. Me arrimaré a verlo si no es molestia.

—No hay problema, Stone —asintió.

Brian puso rumbo a Trenton en un estado de inquietud que rayaba la crisis de ansiedad. Intentó relajarse a medida que recorría la 95, pero no era tarea

fácil. Pensó en las últimas horas que habían pasado juntos, antes de que a Rachel le arrebataran la memoria.

~

*Brian contempló a su mujer de hito en hito.*

*—¿Lo dices en serio?*

*Rachel le sostuvo la mirada a su marido con seriedad.*

*—Sí.*

*—Nena... —carraspeó Brian sin conseguir salir del estupor—, una vasectomía es algo serio.*

*—Pues yo no quiero seguir tomando pastillas anticonceptivas. —Se señaló a sí misma con una mueca—. Hacen estragos en mi piel y mi cuerpo.*

*Cogió las manos de su mujer en un gesto de dolor.*

*—¿Cortarme los huevos te parece mejor idea?*

*Rachel puso los ojos en blanco y resopló.*

*—No seas melodramático, ¿quieres? La vasectomía es una operación sencilla, eficaz y segura que impedirá que me quede embarazada. Solo consiste en cortar los dos tubos que transportan los espermatozoides desde los testículos hasta el pene —explicó.*

*—¿Y si dentro de dos o tres años decidimos tener más hijos? —argumentó sin querer ceder.*

*Rachel retiró las manos y se cruzó de brazos, alzando una ceja rubia.*

*—No hay ni una maldita posibilidad de que quiera tener más hijos, ya lo hemos hablado, Brian. Tú no quieres bajar el ritmo de trabajo, eso me dijiste y lo acepté, pero no pienses en acarrear más crianzas si no estás más presente en casa.*

*—¿Ahora es culpa mía? —se desesperó con incredulidad.*

*—Claro que sí. Ah, y ya que estamos... —Rachel se levantó del sofá y se*

*pasó las manos sinuosamente por las caderas, excitándolo al instante—. No volverás a meter a superBrian dentro de mí hasta que no esté hecho — declaró.*

*—¿Que qué? ¡Rachel! No puedes hablar en serio. Vamos, que hacemos el amor casi a diario. ¿Es que quieres torturarme?*

*—Por supuesto que no, no creas que disfrutaré de la situación. Pero hay otras formas de sentir placer... —coqueteó con descaro y marchándose en dirección a la habitación.*

*—¿A dónde vas, nena? Estoy empalmado y desesperado —gimió siguiéndola.*

*—Me voy a la ducha a jugar...*

~

Brian tuvo que salir de la autopista en un área de descanso y detener el vehículo. Aquel recuerdo le había hecho sentir tan miserable como infeliz. Por supuesto que Rachel había puesto en práctica su promesa de no-sexo-hasta-cortada-de-huevos, pero, joder, había disfrutado de verla acariciarse a sí misma y él se había empuñado con doloroso anhelo hasta la liberación.

Su mujer siempre había sabido cómo lidiar con él desde el principio. Independientemente de cómo reaccionaba Brian con celos desmesurados e injustificables, Rachel lo había aplacado con amor y paciencia.

¿Su sobreprotección exagerada? Rachel le hizo notar que su familia se alejaría de él y los perdería si no contenía esa faceta. Nadie estaba a salvo en la vida, se cometían errores, pero también se aprendía de ellos.

No fue fácil ver su punto de vista, pero cuando por fin se dio cuenta de que meter la nariz en la vida de sus hermanos casi le costaba la felicidad y el amor de su vida, todo cambió. Aarón fue concebido poco después y sus prioridades alcanzaron una madurez estable.

¿Dejar ir a Rachel sin luchar? Fue la decisión más difícil de su existencia, pero tenía que respetar las necesidades de su esposa.

En vez de aparecer en casa de sus padres y montar una escena, decidió tomar el siguiente desvío y volver a casa. Sabía que si se presentaba allí, la asustaría y la perdería. Menos mal que nadie escuchaba lo que pensaba, porque la mierda iba a caerle encima en ausencia de su corazón.

## Capítulo 14

Una visión entró en el estudio fotográfico de Kyle Oliver, un sueño surgido del pasado con una mirada perdida e insegura. Depositó la Canon en la mesa preguntándose dónde estaba la trampa y fue a su encuentro con maravilla y satisfacción.

—Rachel, llevo semanas intentando contactar contigo.

—¿Ah, sí? —respondió ella con perplejidad.

La abrazó con alivio, encantado de verla, y la examinó con suspicacia, detectando que algo estaba mal en sus hermosos ojos de aguamar.

—Te tenía apuntado en la agenda, pero no recuerdo por qué y preferí presentarme.

—¿No recuerdas por qué? —dijo con ironía.

Kyle la observó con más detenimiento, descubriendo cambios en ella, como buscando respuestas cuando en realidad era Rachel quien tenía que proporcionárselas.

—El proyecto se fue al traste, Rachel. Hoy era la fecha límite para el lanzamiento.

—¿El proyecto? —preguntó.

Él se detuvo y la sangre huyó de su rostro. Se pasó la mano por la cabeza en un gesto de inquietud, desordenando los largos mechones rubios. El azul de sus pupilas encontró las de ella, buscando descubrir si le estaba tomando el pelo o burlándose de él.

—Claro que el proyecto —afirmó con impaciencia—, todo ese trabajo conjunto y las horas de sueño perdido. Al menos podrías haberme avisado que no te interesaba seguir...

—¡Es que no sé de qué me estás hablando! —estalló Rachel echándose a llorar y con la voz entrecortada intentó explicarle—. Me atacaron cuando estaba a punto de entrar en casa, pasé varios días debatiéndome entre la vida y la muerte —reveló con nerviosismo, viniéndose abajo—. ¡No recuerdo nada, Kyle! Estoy sin memoria. Mi existencia es un caos y he venido aquí en un intento de reconstruir ¿los últimos meses? o años.

La explosión de una bombilla les hizo sobresaltarse, el asistente de Kyle acababa de dejar caer el recambio de una pantalla de luz. Estaba igual de sobrecogido que su jefe.

—Lo siento —se disculpó Miles bajando los ojos al suelo.

—Vete a casa, Miles. Déjanos, por favor —le pidió Kyle con la voz contenida.

—Sí, señor Oliver.

Una vez solos, Kyle preparó un té para Rachel y la invitó a la parte privada del estudio donde pudo sentarse en la otomana. Intentaba recomponerse sin éxito, el dolor brillaba en sus ojos del color azul más hipnótico. Él le ofreció una caja de pañuelos y tomó asiento frente a ella. Por primera vez desde que se conocían, Rachel era tan vulnerable que le alteraba hasta la sangre.

Cuando se hubo tranquilizado y bebido media taza, Rachel comenzó a hablar, al principio con nerviosismo y luego con enfado según iba narrando los últimos dos meses de pesadilla, de un malvivir constante por la presión de saberse casada y madre de dos hijos. Se retorció las manos sin cesar. Sus recuerdos sobre los últimos años de su vida en Nueva York eran confusos y muy breves. Cuando tocó el tema de Brian y su insistencia en recordarle casi a la fuerza lo bien que encajaban juntos en la cama, Kyle escuchó con el rostro vuelto hacia un lado, con el perfil envuelto en sombras. La tensión había hecho presa en su cuerpo.

El desahogo de Rachel fue la perdición de Kyle.

Le echó una ojeada y ella palideció al ver su expresión. No era la primera vez que estaba sola en una habitación con un hombre que llevaba la

muerte escrita en los ojos, porque Brian ponía esa cara cuando soñaba con coger a la persona que la atacó.

—¿Te ha obligado a acostarte con él? —preguntó Kyle en un tono mucho más duro, pero se expresó con tal tranquila sinceridad que le puso los pelos de punta.

—No. Pero su obstinación me ha abrumado mucho. No lo recuerdo, ni mis sentimientos por él. Regresé a casa de mis padres. Necesitaba poner distancia y reencontrarme, si eso tiene sentido.

—Tiene mucho sentido. ¿Qué recuerdas de mí?

Rachel lo miró con desolación.

—Que eras mi amigo y que vivías con Isabella.

Eso casi lo hizo sonreír con ironía. Aflojó los hombros, agotado por las consecuencias de la catastrófica vida de Rachel.

—Sigo siendo tu amigo, pero qué desastre, Rachel. Has hecho bien en ir a casa tus padres, solo espero que tu madre no haga de las suyas.

—¿Cómo querer invitar al hijo del pastor a cenar porque es soltero y guapo? —expuso con humor.

Kyle arqueó las cejas divertido.

—Eso mismo.

—Se asustó cuando comprendió que tenía dos hijos pequeños y un marido posesivo.

—¿Se presentó tu marido en la cena? —preguntó Kyle.

—No, pero Brian Junior no paraba de repetir que su padre era jefe de policía y que tenía una pistola.

—De tal palo... —Sonrió—. Cambiando de tema, tu marido podría al menos haberme enviado una nota.

La tensión regresó a Kyle al pensar en el tiempo transcurrido sin

explicación, Brian debió haber visto las llamadas en el teléfono de Rachel.

—Tengo la sensación que no os lleváis bien.

—No nos llevamos y punto. Cuando le expusiste tu idea sobre el proyecto, vino a verme en persona para avisarme de que me mantuviera alejado de ti, con la explícita amenaza de hacer caducar mi visado.

—¡No! —Se horrorizó Rachel—. ¿Es en serio?

—Completamente en serio. De hecho, no me sorprendería verlo aparecer en cualquier momento blandiendo amenazas de muerte hacia mi persona.

—Estás de broma...

Kyle sacudió la cabeza con desolación.

—No, Rachel. Pero si estás dispuesta a intentar refloatar tu proyecto, tienes mis contactos y ayuda sin compromisos —se mostró sincero.

—Pero ¿es mío el proyecto?

—Del todo. Voy a intentar resumírtelo, pero sería mejor que lo vieras por ti misma. Follow your dreams es una sociedad dedicada a prestar todo tipo de ayuda a las personas que buscan ser modelos en la ciudad de los sueños. La web ofrecería consejos sobre alojamientos para todo tipo de bolsillos, restaurantes, e incluso habría un apartado donde poder colgar los anuncios de trabajo y las campañas en empresas recomendables.

—No puedo creérmelo, recuerdo la dificultad que tuve al principio de llegar a Nueva York —se asombró Rachel—; es como si hubiera puesto todos los problemas que encontré en mi recorrido para ser modelo en este proyecto.

—Es que es lo estabas haciendo, Rachel —le confirmó Kyle con una sonrisa alentadora—. Y te costó meses reunir todo lo que necesitabas.

—¿Crees que es muy tarde para retomarlo?

—Depende de lo dispuesta que estés, supongo. Tenías un buen material montado en tu antigua casa, por lo que me comentaste.

—Yo... —Rachel hizo un mohín—. No recuerdo dónde vivía antes.

Kyle le señaló el bolso.

—Busca en tu cartera, debe estar en alguna identificación.

Obedeció vertiendo todo el contenido sobre la mesa y Kyle se echó a reír al ver el entusiasmo con el que emprendía la búsqueda.

Sabía que tarde o temprano Brian descubriría que volvía a ver a Rachel, pero ante la fragilidad de su amiga, se prometió ayudarla costara lo que costase.

—No debes de vivir muy lejos, ya que muchas veces has venido a verme dando un paseo con el cochecito con Aarón y B.J.

—Está cerca de Central Park.

—Te acompaño si quieres, pero a la menor señal de tu marido saldré huyendo —afirmó Kyle.

Tras cerrar el estudio, Rachel le preguntó por la aversión de Brian hacia él.

—Recuerdas que salía con Isabella. —Rachel asintió con curiosidad.

—Ahora ella está casada con Mark, tienen dos hijos.

No hubo ninguna señal en el rostro de Kyle que le indicase a Rachel si seguía sufriendo por la pérdida de lo que fue su gran amor.

—Nos hicimos daño mutuamente, y aunque busqué verla después para pedirle perdón, jamás obtuve la oportunidad. No acabamos muy bien que digamos, pero no quiero hablar del pasado.

—Lo siento, Kyle. No era mi intención remover las cosas —se disculpó y decidió cambiar la dirección de la conversación—. ¿No te casaste?

—No, con tanto trabajo y viajes no me da tiempo a tener una relación estable, ni me interesa. En pocas semanas tengo una exposición de fotografías en la galería Ágora.

—¡Kyle! Es fabuloso, felicidades.

—Gracias. —Sonrió.

Del bolso Rachel atrapó el manojito de llaves y fue probando en la cerradura hasta dar con la buena. Recogió el correo que rebosaba del buzón y subieron en el ascensor hasta la sexta planta. El edificio era viejo, opinó, pero le gustó ese aire de familiaridad que la invadió cuando se adentró en el interior de su antigua casa.

Aunque con pocos muebles, algo enamoró a Rachel al primer vistazo. La calidez que sintió fue tan abrumadora y sorprendente que no comprendía por qué se habían mudado de allí.

—Aquí, mira —señaló Kyle.

El que supuso fue el comedor había sido transformado en una especie de despacho con mesa simple y un par de sillas de madera plegables. Un ordenador en el centro de la misma con varias carpetas apiladas, un teléfono inalámbrico y un bote de cristal con varios bolígrafos completaban el conjunto.

Rachel descubrió un tablero colgado en la pared con una variedad de pegatinas con ideas, notas, avisos y la fecha de hoy marcada en rojo.

—Era hoy...

—Sí. Deberías buscar para cargar el teléfono, tendrás mensajes de voz que revisar.

Kyle propuso comer algo y quedarse para orientarla, en el fondo complacido por el empeño que puso Rachel de nuevo en el proyecto. La misma ilusión brillaba en sus ojos, el mismo entusiasmo y la determinación. Por ello, pidieron comida a domicilio y se pusieron a trabajar.

La fascinación de ella por la asociación que era un cuarenta por ciento suya fue épica.

—¿Cómo no me has dicho antes que éramos socios? —le sermoneó con humor—. Eres modesto, Kyle.

—¿Qué quieres? Pensé que el dinero invertido se había ido al traste ante

tu repentina desaparición. Estaba decepcionado, especulé sobre que el dragón de tu marido te había abducido o dejado preñada otra vez.

Rachel sonrió.

—Es un poco mandón, no te lo niego.

Él curvó los labios, y lo hizo con la comodidad de la amistad.

—¿Solo un poco? —se quejó Kyle—. Yo lo definiría como posesivo, idiota, territorial y muy pagado de sí mismo. Se lo tiene muy creído.

Rachel suspiró y echó una ojeada por la ventana, el sol estaba poniéndose.

—Voy a hablar con él y a decirle que volvemos al proyecto.

—¿Ahora? —preguntó Kyle viéndola coger el móvil.

—Sí... —Marcó sin pensarlo demasiado—. Hola, Brian. Claro que estoy bien. Sí, los niños también. ¿Podrías pasarte por casa? —le preguntó con formalidad—. ¿Qué? No, no he vuelto a la casa nueva. Hablaba de nuestra antigua casa... Sí, esa misma, sí.

Kyle no quería espiar la conversación, pero admiró el temple de Rachel al manejar a su marido, al que apenas recordaba.

—Llegará en diez minutos —le anunció tras colgar.

—Pues mejor me voy, no quiero un enfrentamiento con él. Tengo la tarde del martes libre, ¿nos encontramos aquí?

—De acuerdo. —Se dieron un breve abrazo y cuando el fotógrafo estaba llegando a la puerta la voz de Rachel lo detuvo—. Gracias por ser mi amigo y por tu comprensión.

Le echó una ojeada ofreciéndole una sincera sonrisa.

—Siempre estaré a tu lado, Rachel.

No fue una sorpresa encontrar el cabrón de Brian con una mirada asesina apostado en la entrada del portal. Rachel estaba siendo vigilada de cerca lo

supiera o no. Kyle se preguntó por qué no había irrumpido en el apartamento hecho una fiera dispuesto a romperle la nariz, otra vez.

Se inmobilizó viéndose sin salida, pero sin miedo le devolvió el gesto con toda la frialdad que sentía. Había tantos secretos encerrados en aquel hombre que dudaba seriamente que Rachel supiera todo de su marido.

—Aún no han pasado diez minutos, yo de ti esperaría un poco más para que la mentira sea más creíble.

—¿Te crees gracioso? —preguntó sin esperar respuesta—. El día que antepongas las necesidades de otra persona sobre las tuyas por un amor extraordinario, entonces sabrás por qué su protección es necesaria. La han atacado, ¿no te preocupa si se supone que eres su amigo?

—Lo que hace es provocarme una sospecha demencial —le lanzó sin filtros sabiendo lo que Rachel le había confesado pocas semanas antes del ataque.

—No me toques los huevos, Duquecito, no estoy de humor —le advirtió Brian.

La ira crepitó entre los dos y Kyle no se amedrantó ni un poco.

—Eres un hipócrita, pero tranquilo, que no seré quien le cuente a Rachel las mentiras que la has hecho vivir todos estos años.

—No sabes de lo que hablas. Desaparece de mi vista, Oliver —le sugirió Brian.

Kyle vislumbró al policía pelirrojo con ojos de halcón puesta en él, todavía en el exterior del inmueble pero preparado para caerle encima.

Decidió que no valía la pena enfrentarse a Brian, la vida tenía siempre su manera de resolver las cosas, y el hecho de que Rachel no recordará su matrimonio era un castigo, en su opinión, memorable.

No merecía a una mujer como ella.

## Capítulo 15

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

Rachel había percibido la tensión en Brian cuando fue a recogerla y ahora conducía en absoluto silencio para llevarla a casa de sus padres.

—No estoy enfadado.

—No te tenía por un mentiroso —le retó Rachel.

Brian no la miró cuando empezó a hablar, sincerándose.

—No me gusta la idea de que vuelvas a trabajar con el imbécil del Duque, no es de confianza.

—¿Por qué no? ¿Qué sucedió para que lo veas así?

—Las cosas acabaron mal cuando Bells cortó con él. No fue oficial porque mi hermana adoptiva no quiso denunciarlo, pero casi la violó y hubo un forcejeo violento. Había marcas en su cuerpo, huellas, moratones.

—No puedo creerte —se negó Rachel con horror, llevándose una mano al pecho con estremecimiento—. Kyle es un buen hombre.

El frenazo del vehículo no fue más fuerte porque Brian contuvo la rabia que sentía al ver que Rachel defendía a su amigo.

—Claro que no puedes creerme —verbalizó con pulla y fuera de sí. Brian bajó del coche y fue a abrirle a Rachel para enfrentarla—. Tan solo soy tu marido, ¿no? No me darás el beneficio de la duda, y tampoco buscarás contrastar lo que acabo de contarte.

—¿Qué esperas que responda tras esa acusación sobre Kyle?

Se contemplaron a los ojos, Rachel estaba llena de desconcierto y Brian, de dolor.

—Que confías en mí y me crees.

—Necesito tiempo —se justificó Rachel intentando bajar del coche, pero Brian se enderezó, tiró de ella para sacarla del vehículo y la dejó atrapada con la espalda contra el hueco de la puerta. Su boca tenía un rictus sensual, había un matiz salvaje en su manera de sonreír, pero con un punto de tristeza.

Rachel se inclinó hacia delante, le rodeó el cuello con los brazos y se permitió deleitarse con la fuerza que emanaba de su cuerpo. No le gustaba verlo así.

—Te amo, Rachel. Nunca ha cabido la mentira en nuestro matrimonio, nos lo decíamos todo. Albergó la esperanza de que recuerdes al menos un atisbo de lo que fue nuestra vida juntos, de los maravillosos momentos que pasamos.

—Brian, no empieces... —suspiró incómoda por sus palabras.

Brian enmarcó su rostro y cerró los párpados para no echarse a llorar, apoyando la frente contra la suya.

—¿De verdad quieres separarte de mí?

—Creo que es lo mejor —respondió desolada y Brian tuvo la sensación de que lo estaban electrocutando, de modo que dio un paso atrás con impotencia—. Los dos necesitamos rehacer nuestras vidas, lejos del otro.

Él levantó la vista. Una atónita incomprensión llenaba sus increíbles ojos marrones. Rachel parecía tan segura de su petición y decidida que Brian presintió el peor final para su matrimonio, a pesar de haberse aferrado con todo su amor e intentado mostrarle cuánto la amaba.

—¡Pero eres mía, como yo soy tuyo, y debo protegerte! —Su corazón aporreó como un bombo—. Si algo te sucediera de nuevo... —No podía decirlo, no podía siquiera pensarlo—. No puedo perderte.

Cuando Rachel ahuecó su cara, sus manos eran a la vez suaves y firmes.

—Ya cumpliste con tu trabajo, Brian. He necesitado a mi marido estos

últimos meses y lo único que he tenido ha sido a ti siendo tan protector como si yo fuese un testigo a proteger y no tu mujer. Has buscado echar un polvo y no hacer el amor, recordarme cómo era entre nosotros a la fuerza y no dándome tiempo para acostumbrarme a ti.

—Rachel —se ahogó Brian en sollozos.

—Shh, calla. Sabes que tengo razón. Por eso sé que es mejor separarnos. Se acabaron las vigilancias y las protecciones extremas, pasará lo que tenga que pasar. Es la vida.

—Pero, Rachel...

—No —lo interrumpió ella con decisión—. Respeta mi decisión, Brian. No hagas que tenga que tomar una medida desesperada acudiendo a un abogado.

—¡Sabes que no soy ese tipo de marido! —se indignó Brian parpadeando las lágrimas y alejándose de ella con alarma—. ¿Quién te ha puesto esas ideas en la cabeza? ¿Es tu madre? Soy un buen hombre, nena, te he dado siempre todo lo que has necesitado. Amor, dinero, casa, coche, respeto, hijos —gimió la última palabra con agónica desesperación—. Confía en mí, te demostraré que soy un buen marido.

—No, no lo deseo y no estás haciendo nada para tranquilizarme.

—Rachel, me estás matando —sollozó.

—Brian, deja de llorar. —Frunciendo el ceño, Rachel sujetó sus manos—. Sabes que crees que puede funcionar, pero todo desapareció. Ya no te amo.

—Me rompes el corazón. Mi amor por ti no ha cambiado, te amo. —Siempre la amaría.

Ella se levantó de puntillas y le dio un casto beso.

—Por ese amor, Brian, aléjate de mí.

—Imposible. —Ella era su vida, el aire que respiraba.

Con las manos en sus caderas, la levantó para besarla. Cuando ella

enganchó las piernas a su alrededor, fue instintivo moverse hacia adelante y presionar su espalda contra el coche, pero en ese instante sus ojos aterrizaron en el porche.

Se detuvo.

Siguiendo su mirada, Brian vio que Rachel se abochornaba bajo la desdeñosa indignación de su madre.

Entonces, Brian lo percibió en su mujer. La duda. El miedo a lo desconocido, las mentiras introducidas en el caos de su mente, el rechazo hacia él como hombre y amante. Toda una red muy bien hilada por su suegra, una mujer infeliz y manipuladora que nunca descansó en sus ataques verbales hasta verlos separados de una manera u otra.

Lo destrozó la falta de confianza de Rachel, pero no era culpa suya y tuvo que dejarla ir.

Brian oteó el cielo sintiendo su corazón y alma fragmentándose.

¿Qué hacer si la única persona que te puede hacer feliz es la que también te hace desdichado?, se preguntó observando cómo la mitad de su corazón, el motor de su vida desaparecía en el interior de aquella casa.

¿Qué debía hacer?, se repitió con desesperación.

... Dejarla libre.

## Capítulo 16

Tomar la decisión de alejarse fue fácil, porque Brian no era más que la sombra de lo que un día fue el hombre más feliz de la Tierra. Perder a Rachel le había destrozado a todos los niveles.

Contrató un abogado, y este hizo de intermediario y se encargó de todo.

Volver a sus raíces tenía ventajas y desventajas, eso es lo que él pensaba cuando el taxi lo llevó directo desde el aeropuerto de Santa Mónica. Dejó en el suelo la maleta y echó una ojeada a esa casa con aura de abandono. Lo mejor era intentar no pensar en el llanto de su hijo B.J al despedirse de él la tarde anterior; no comprendía por qué su papá se iba y lo vería poco. Fue tan desgarrador que Brian se sintió culpable cuando dirigió sus ojos inundados de lágrimas hacia su pronta exmujer, que sostenía a Aarón contra su corazón con la emoción contenida.

No había nada más que hablar, todo estaba dicho.

Cuando Brian abrió y se adentró en ese nuevo refugio, frunció el entrecejo al encontrar los destrozos de los últimos inquilinos. A Isabella no iba a gustarle, era la casa de sus padres biológicos.

Se acercó al sofá, el cual apestaba a tabaco, y con decisión, salió de allí para dirigirse andando al supermercado que se hallaba a dos calles de allí. Se abasteció lo justo para lo que tenía pensado y cedió a sus impulsos al regresar: bebió *whisky* con desesperación para ahogar sus penas y su dolor hasta emborracharse y olvidar.

No fue una solución a largo plazo y pronto, cuando el efecto del alcohol pasase y su mente anestesiada recuperase la cordura, sería peor. Fue en ese momento cuando ella llegó y la vergüenza se apoderó de él, pues estaba presenciando su destrucción.

—¡Brian! —El grito de pánico de su madre al descubrirlo así lo rompió un poco más.

Por supuesto que tenía llaves, se dijo, pero no pudo evitar odiar la intrusión e intentó rechazar su preocupación.

—Será mejor que te vayas, mamá —dijo con un sollozo estrangulado.

—No pienso irme, Brian, eres mi hijo y te quiero.

Ella no se apartó, fue a consolarlo, sentándose a su lado. Brian no se negó, sino que apoyó la cabeza en las rodillas de Rose y lloró como si no tuviera la edad que tenía y volviese a ser un niño pequeño.

—He perdido a Rachel.

—La superarás, cariño mío.

—No sé cómo, mamá. Me muero de dolor. —Las manos de su madre lo arrullaron y tranquilizaron hasta que se quedó dormido en el sofá.

Despertó horas más tarde por el aroma de la comida más deliciosa y con su estómago rugiendo. Estaba hambriento. Lo único malo era que al tratar de ponerse en pie se dio cuenta de que tenía un serio problema de equilibrio, fue entonces cuando en su campo de visión apareció su padre, que se ofreció a prestarle ayuda.

—Antes de intentar moverte, hidrátate, hijo.

Bebió el vaso de zumo de naranja recién exprimido que su padre le dio soportando un dolor de cabeza infernal. En los ojos de David no había reprimenda ni rechazo, solo una firme convicción, la de ayudarlo a pasar por el mal trago.

Después de una ducha, una comida saludable y un ibuprofeno, fueron a sentarse en torno a la mesa de madera del jardín.

—Echo de menos a mis hijos —confesó, cabizbajo.

—Tiempo al tiempo, Brian. Sé que es duro, pero los verás pronto.

Brian asintió, pronto era una puta ironía por el acuerdo de visitas, pero se

guardó ese pensamiento.

—Qué lástima de casa y de jardín. Denise estaría muy enfadada de verlo así —dijo Rose con contrariedad y haciendo un gesto de desilusión.

El cambio de conversación hizo ver a Brian los deterioros que también tenía esa parte de la casa: estaba abandonado y lleno de hierbajos, de trastos, y la valla rota por varios sitios. Juntos, sus padres y él, comprobaron los desperfectos y Brian se dispuso a hacer una lista, por pura costumbre, como si fuese un caso a resolver. El suelo de la casa estaba agrietado, varias ventanas cerraban mal. Y por supuesto se necesitaba una buena mano de pintura y reemplazar ese sofá apestoso.

Llamó a Kira en busca de orientación.

—Hola, grandullón. ¿Cómo estás? —El saludo fue efusivo y lleno de ternura.

—Eh, enana. —Decidió ignorar su pregunta y pasar directo al tema—. Oye, ¿dónde puedo comprar muebles? La casa de Bells es una pocilga.

—Oh, vaya, ¡qué pena! —exclamó ella—. Puedo mirar entre mis contactos, y depende de cuánto quieras invertir.

—No me preocupa el dinero, pero tampoco deseo pasarme. No sé el tiempo que estaré inactivo y del que dispondré para hacer alguna que otra cosilla.

—Pues te mandaré lo que encuentre por e-mail.

—Gracias, hermanita.

—Adiós, te quiero.

—Te quiero —respondió antes de colgar. Luego salió fuera e indagó entre sus recuerdos—. Creo que era aquí —tanteó con el pie, intentando hallar el emplazamiento.

—¿El qué? —se interesó su madre, que lo observaba de cerca.

—¿No recuerdas cuando se hizo la primera reforma, mamá? Por aquí

estaba la trampilla que bajaba a una especie de bóveda. En ella se guardaba material, azulejos, por ejemplo. No creo haberlo soñado, estaba siempre curioseando con los obreros. Ah, aquí suena hueco —dijo al dar con la entrada, que estaba recubierta de cemento.

Podía oírse el eco de los toques de su pie.

—Necesitarás pico y pala; te llevo a la ferretería —se ofreció su padre.

Brian hizo una mueca al reparar en el carísimo coche de su padre, aparcado al otro lado de la valla.

—Voy a necesitar mucho material, papá. Podría poner perdido el Mercedes. ¿Qué tal si pasamos por casa y recojo mi viejo Jeep?

—Me parece perfecto, pero conduzco yo, que sigues teniendo un alto porcentaje de alcohol en la sangre.

Asintió y fue a por su billetera con vergüenza. No le hacía falta un sermón para sentirse mal. El silencio y la comprensión de sus padres ya era suficiente castigo. Jamás se había imaginado llegar a ese extremo, y no quería seguir por ese camino de autodestrucción. Incluso sin Rachel, quería que sus hijos tuvieran un hogar cuando estuviesen con él.

Lo bueno era que la reforma de la casa lo mantendría ocupado en mente y cuerpo, y le daba un propósito.

~

*Halloween, meses más tarde.*

*Hola, Rachel.*

*Escribirte a la vieja usanza, con papel y pluma, es más lo mío, y la verdad es que necesito decirte que te amo una vez más. Has invadido mi mente, mi alma, mi corazón. Es como si un hilo invisible nos uniera incluso cuando estamos tan lejos y han pasado ciento tres días desde la última vez*

*que nos vimos.*

*Tuve que tomarme un descanso forzado, porque ¿cómo continuar con todos los proyectos que teníamos? Parece que se han truncado, destruidos para siempre.*

*Mi cabeza lo entiende, pero mi corazón no puede dejarte ir.*

*Cuando miro tus ojos en mis recuerdos veo todo mi mundo dentro de ellos y pienso en ti todo el día, sueño contigo todas las noches con tanta intensidad que las sábanas son testigos.*

*Mi vida, te amé desde el primer momento en que te conocí. Solo me veo envejecer contigo, soy incapaz de imaginar otra vida que no sea a tu lado.*

*Tú eres mi amor, mi esperanza, mi ilusión...*

*¿No poder verte? Me mata. ¿Ver a nuestros hijos solo un fin de semana cada dos semanas? Es una tortura.*

*Por eso, sentado en el balcón desde donde puedo ver el paseo marítimo de Santa Mónica, te escribo de este amor que habla del futuro, el pasado y el presente, de nuestros sueños y de nuestras esperanzas añoradas... arrebatadas.*

*Te confieso que no sé cómo seguir adelante. ¿Cómo reconstruyo una vida donde no estáis tú y los niños? Pero no temas, encontraré la fuerza de seguir y alzarme. Mi hermano dice que soy un despojo humano y que he perdido la dignidad.*

*Es irónico viniendo de él...*

*Felicidades por la puesta en marcha de tu asociación, nunca dudé de ti y sabía que lo conseguirías. Eres una mujer maravillosa que me ha enseñado a no perder la paciencia y a ver la vida desde otra perspectiva, a tener fe y creer en mí mismo. Me has dado todo para ser feliz, solo hace falta que un día toques mi puerta y pueda estar junto a ti. Te necesito como al aire que respiro.*

*Es horrible necesitar un abrazo y estar solo.*

*Brian.*

## Capítulo 17

—Hola, desconocido.

Brian alzó la mirada del trozo de madera que estaba terminando de pulir y sintió las comisuras de sus labios levantarse.

—Hola, Bells.

Se quitó las gafas protectoras con un gesto ágil y cuidadoso, estaba lleno de serrín.

—¿Cómo estás, hermanito?

—Estoy bien, aquí repasando las ventanas de tu casa.

Isabella echó una ojeada al hogar de su infancia, el de sus padres biológicos y pudo apreciar los cambios y la reforma que Brian estaba haciendo, ahora más obvios.

—Pensé que ibas a darle una mano de pintura, pero todo este trabajo, Brian... Guau.

—Bueno, necesitaba estar ocupado.

La separación de Rachel seguía siendo dura, tanto que tuvo que cogerse un tiempo de excedencia. La casa que había compartido con su esposa en Queens había sido puesta en venta y en menos de un mes había sido vendida, para su gran alivio. El apartamento se lo había quedado Rachel, a petición de él. Brian tan solo quería pasar página y encontrarse de nuevo.

Isabella le había ofrecido quedarse el tiempo que necesitara y estaba más que agradecido, fue un alivio tener un espacio para él.

—Pasa al interior, reemplacé los azulejos rotos de la planta baja.

—¿Todos? —se sorprendió Isabella.

Entraron y la satisfacción brilló en los ojos marrones de Brian al ver la alegría de su hermanita del corazón.

—Encontré en la trampilla del jardín material de la época en que fue construida. Una suerte que lo recordara.

—¿Trampilla? —preguntó Bells desconcertada pero encantada.

Brian la cogió del brazo y con un tirón suave la llevó fuera, a la parte trasera cerca de donde antaño había existido una fuente. En un rincón, Isabella descubrió que lo que siempre había pensado que era el cubrimiento de dicha fuente, en realidad abarcaba un espacio que bajaba a una especie de sótano. Brian había picado el cemento dejando al descubierto dicho emplazamiento.

—No te recomiendo bajar, hay mucha suciedad, Bells.

—No pensaba hacerlo. ¿Es un recuerdo perdido? No me evoca nada que hubiera esto aquí, aparte de la fuente.

—Eras muy pequeña, la fuente estaba más a la izquierda, junto a los tulipanes de tu madre.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Vaya, que buena memoria tienes.

Brian se encogió de hombros.

—Pasábamos mucho tiempo juntos, sobre todo los fines de semana y en vacaciones. Tu madre y la mía eran muy buenas amigas.

—Cierto.

Isabella no comentó nada de la poblada barba que le comía medio rostro, solo se limitó a charlar con él hasta que cayó la noche. Luego pidieron comida china para cenar y fueron a dar un paseo por la zona de la playa, para entonces Brian ya se había aseado y puesto un pantalón vaquero nuevo y una camiseta gris de cuello redondo. No obstante, y a pesar de la compañía, había en sus ojos una profunda tristeza y un agotamiento mental que nada aplacaba.

Toleraba su presencia porque Isabella había pasado por un dolor similar años atrás. Ella no le insistía con lo de rehacer su vida como querían sus padres, no lo obligaba a enfrentar una realidad que no quería aceptar y no lo miraba con compasión, como hacían todos en el trabajo. Bells iba a visitarlo cada quincena o veinte días y pasaban el fin de semana en perfecta armonía. Agradecía su discreción, su apoyo incondicional tras esos últimos meses infernales. Pero Brian no era tonto y se fijó en detalles que ella intentaba ocultar, y fue así como las viejas costumbres y las bromas volvieron entre ellos como antes.

—Bells, no deberías ponerte sujetadores con relleno.

Ella lo observó, ofendida.

—No llevo relleno.

—Sí que lo haces, al abuelo que hemos dejado atrás casi le da un infarto. Se le iban los ojos detrás de tus pechos.

—¿Qué dices? —farfulló avergonzada.

Isabella se dio la vuelta pensando que lo decía en serio, y preparada para llamar al 911, cuando escuchó la risa de Brian y volvió a posar los ojos en él, asombrada. Era la primera vez en meses que lo escuchaba reír, incluso vislumbraba la comisura de sus labios estirados hacia arriba a través de las hebras de la barba oscura.

—Ya lo has descubierto —lo acusó riendo.

—Claro, soy policía. —Le hizo un guiño con complicidad—. ¿De cuánto estás?

—De muy poco, aún tenemos que confirmarlo —anunció ella con una sonrisa deslumbrante.

Brian la abrazó con afecto.

—Felicidades, Mark estará encantado. Te ves radiante, Bells. Pero no quiero que vengas tan a menudo a verme, estoy bien, la vida sigue. Además, tengo a papá y mamá viviendo a diez minutos de tu casa.

—No los ves casi nunca —le echó en cara con dulzura.

—Mamá es muy insistente con sus ideas de presentarme a todas las hijas divorciadas y no casadas de sus amigas. ¿Sabes que organizó una barbacoa con la excusa de la jubilación de papá?

—No. —Isabella apenas podía contener la risa.

—Pues lo hizo por tercera vez, y no es muy creativa, ya que las tres cuartas partes eran mujeres de entre 22 y 40 años.

La carcajada fue tan estruendosa que Brian tuvo que acercarse a ella e instarla a caminar en dirección a la orilla del mar porque atraía demasiado la atención.

—Si es que lo de que Kira se le parece no se dice por nada; son tal para cual cuando se les mete una idea en la cabeza.

—Tienes mucha razón. ¿Llevas tu móvil?

—Sí, claro.

Brian quería dar la enhorabuena de viva voz a su hermano Mark. Escuchar la alegría en él fue conmovedor y se le formó un nudo de pura emoción en la garganta. Por eso no soportaba estar cerca de su familia, irradiaban tanta felicidad que le lastimaba. Tras el tiempo transcurrido había comprendido el significado de la palabra dolor. Por qué Isabella había estado alejada de todos ellos en el pasado, y sobre todo de Mark cuando perdió a su primer hijo. O cuando Kira casi se volvió loca después de la muerte de Jack, su primer marido.

La tristeza era una de las emociones que tenía un mayor impacto en sus vidas, y eso significaba que cada uno lo había gestionado a su manera. Pero el dolor de Brian era tan tenebroso por la soledad que le acompañaba que repelía.

Cuando regresaron a la casa de Tom y Denise Farrell, los fallecidos padres de Isabella, los esperaba un coche patrulla de la policía de Santa Mónica. Un hombre bien entrado en años los saludó con un movimiento de cabeza y a través unos ojos llenos de sabiduría.

—El capitán Hamilton, sospecho.

—Estoy retirado temporalmente —aclaró Brian con inquietud.

Aquel rostro repleto de arrugas lo evaluó con respeto.

—Nunca estamos fuera de servicio, señor, y menos cuando un asesino lo persigue.

Brian sintió que su cuerpo se entumecía.

—¿Qué ha pasado?

—Tiene que volver a Nueva York de inmediato. Están intentando localizarlo desde hace horas.

Regresó con Isabella en el *jet*, apenas habiendo recogido cuatro cosas y cerrado la casa, y haciendo la llamada pertinente a la comisaría con premura. Cuando examinó la escena del crimen por las fotografías enviadas a su teléfono móvil vía e-mail, a Brian no le quedó duda de que el Asesino de la túnica lo estaba acosando y que también había cierto dolor que este quería que contemplara; de lo contrario, aquello no tenía sentido. Era evidente que con él estaba teniendo una fijación por un motivo que se le escapaba, ya que el cadáver había sido encontrado en su antigua casa de Queens.

¿No era eso una putada?

## Capítulo 18

Brian tuvo que salir de la casa que había sido suya hasta hacía unos meses con un sentimiento de impotencia invadiéndolo y completamente entumecido.

El lugar estaba lleno de policías y de periodistas que se mantenían detrás de cordón policial, a los que él fue rápido en acercarse, atraer su atención y hacerse oír. Las cámaras lo enfocaron con avidez.

—Lucharé hasta morir por lo que amo. Es y siempre será así. Sé que soy la fijación del Asesino de la túnica, de su oscura y malsana obsesión. Da igual el motivo, tocó lo más sagrado que tengo en la vida y es a mi mujer. No hay lugar donde esconderse, da igual lo que tarde, lo encontraré y le haré pagar por sus pecados. No solo ha cabreado al policía que soy, sino que ha tocado el corazón del hombre: mi familia. ¿Se cree a salvo? No lo está. Nunca volveré a ser el mismo después de esto, pero él no tiene futuro si cree que no me haré con él de una forma u otra. ¿Me quieres? —bramó al cámara que le enfocaba con ansiedad e incredulidad—. Atrápame. Soy tuyo. Me rindo...

No pudo seguir hablando, muchas voces se alzaron en protesta a su anuncio y sus compañeros acudieron a él y se apresuraron a apartarlo y escoltarlo hasta un furgón del F.B.I. donde una mujer lo abrazó con fuerza, y antes de que la rechazara por su descaro, ella le habló, aquietándolo:

—¿Es que estás loco? ¿Por qué hacer una declaración así? —lo regañó Bells.

—Loco no, ¡desesperado por atraparlo!

Ella retrocedió, mirándolo a los ojos con agudeza.

—Acabas de declararle la guerra a un asesino en serie; deberías pensar más con la cabeza y no tanto con el corazón.

—¿Crees que puedo, Bells? —gruñó lleno de rencor—. Maldita sea si no estoy a punto de perder los estribos. Ha dejado un cadáver en mi antigua casa y estoy hasta los huevos de no tener ni una pista ni un jodido algo que hacer.

El furgón se había puesto en marcha e Isabella intentaba controlar la ira de Brian como podía. Tenía los nudillos ensangrentados, raspados, señal inequívoca de que había descargado su furia en algún lugar de la casa antes de salir.

—Vamos a cogerlo, ¡respira hondo! —le aconsejó Anderson.

Brian reventó ante ese comentario: su puño conectó contra la mandíbula de alguien. Pronto fue reducido y puesto en vereda por los agentes. Estaba claro que ya no le importaba perder los estribos y su reputación.

—Capitán Hamilton, le sugiero que se comporte si no quiere pasar la noche en el calabozo. Le ha dado a Steve un buen puñetazo —expresó un agente del F.B.I.

—¡Joder! —dijo sin aliento y exaltado—. Lo siento, cuñado.

Anderson sacudió la cabeza al mismo tiempo que se sostenía la mandíbula, que ya comenzaba a hincharse. Le lanzó a Brian una ojeada de resentimiento y le enseñó el dedo corazón.

—Puede presentar una denuncia.

—No, ya lo arreglaremos entre nosotros —espetó Steve entre dientes al agente del F.B.I.

—¿Rachel y mis hijos están a salvo? —inquirió Brian con inquietud.

Aquella pregunta la había hecho un centenar de veces en pocas horas desde que regresó de Santa Mónica, pero no podía asegurarse él mismo ya que su exmujer había cambiado de número de teléfono y presentado una demanda de divorcio que había recibido justo antes de volver. Tampoco le había llegado respuesta de la carta que le envió, ni la esperaba.

—Sí, Brian. Te prometo que están a salvo y protegidos.

—¿Lily?

—También, está con nosotros.

—¿Papá y mamá?

Isabella respondía con paciencia sobre cada ser amado de la familia y amigos más cercanos, asegurándole que estaban bien. Aquello lo calmaba solo un poco, porque se sentía por dentro como un volcán a punto estallar otra vez.

Fue llevado al hospital en contra de su voluntad, Anderson tenía que ser atendido y Brian examinado. No fue una buena sorpresa descubrir que le había fisurado la mandíbula, pero no hubo reproches ni un mal gesto y eso hizo que Brian se sintiese aún peor, esquivase a Isabella sin problema y se refugiase en una zona del hospital menos frecuentada.

—Vete, Bells. Déjame a solas un rato —arrojó con furia cuando percibió la silueta de una mujer.

—¿Capitán?

Giró la cabeza con intriga, la doctora Evans se había detenido ante él con cara de desaprobación. Llevaba puesto el pijama quirúrgico salpicado de sangre a la altura de cuello y pecho.

—Doctora.

Se preguntó cuánto sabía ella de su situación personal y si había visto en las noticias su mensaje al asesino.

—De nuevo lo pillo en zona restringida, ¿de qué se esconde? y ¿qué le ha pasado?

Sin pedir permiso, Megan cogió sus manos para examinar el daño.

—Le di a una pared.

Ella alzó la mirada con interrogación.

—¿Quién ganó? —El tono fue duro y sarcástico, e indignada se dio la vuelta, alejándose—. No tengo tiempo de curar a idiotas que pegan puñetazos a paredes.

No vio necesario darle una réplica, Megan, *a priori*, no sabía nada ni

necesitaba saber. Un dolor de cabeza menos.

Isabella lo encontró unos minutos más tarde.

—¿Qué pretendías lanzando ese mensaje, Brian?

—Que el asesino venga por mí.

—Así no trabajamos, es un suicidio —replicó con angustia.

Entonces Brian se dio cuenta del cambio operado en ella. Su postura, la ropa del F.B.I. que llevaba, el arma a su costado derecho, la insignia que colgaba de su cuello. Cuando sus ojos se encontraron, vio la decisión que había tomado.

—Has vuelto al F.B.I. —constató.

—Por ti, sí. Necesitas toda la ayuda posible.

—No te lo pedí.

—Es temporal.

—¿En serio?

La amargura se filtraba en la voz de Brian. La decepción se desenrolló como una ola de plomo en su estómago, remojando así su sorpresa ante su reincorporación.

Ella entrecerró los ojos.

—No voy a darte explicaciones de mis decisiones, no espero que lo entiendas.

—Te costó tanto abandonar esa vida... —susurró con la voz quebrada por el dolor—. Y estás embarazada, ¿cómo es que Mark te lo permite?

—No hay embarazo, Brian. —La desilusión brilló en los ojos de su hermana, pero rápidamente se recompuso—. Fue una falsa alarma y Mark está bien con ello. No hay nada más importante por el momento que tú, así que vamos a casa. Necesitas una ducha, curarte esas manos y comida.

—Bells —imploró Brian—, no quiero ver a nadie.

Ella comprendió que se refería a la familia, a cualquiera de ellos, y apretó su brazo con la mano antes de añadir:

—No te preocupes, nadie te molestará.

## Capítulo 19

Unos ojos inyectados de sangre lo recibieron unas horas más tarde al llegar a la casa de su hermano en Los Hampton. Brian examinó la expresión de agotamiento de Mackenzie con escrúpulo.

—¿Cuándo dormiste una noche completa por última vez? —le preguntó.

—Jefe —se quejó—, no se preocupe por mí. El plan ha funcionado. Todos creen que se le ha ido la pinza, el agente Mont se encarga muy bien de difundirlo y el general hace oídos sordos, permitiendo que se filtre hasta los patrulleros.

—Bien. Haz el favor de ir a descansar.

—No lo necesito —rechazó Liam con decisión.

—Mackenzie —reclamó su atención con tono severo—. Si no te echas un rato, juro por todas las muelas de mi santa abuela que te mando de vuelta a Irlanda de una patada en el trasero —lo amenazó—. Medio muerto de sueño no me sirves de nada, así que vuela a la cama o te haré dormir a la fuerza. Tú decides.

—Técnicamente, ya no es mi jefe. ¿Sabe? No puede mandarme a su antojo.

—A la cama —ordenó.

Señaló la caseta de la piscina con un dedo y el ceño fruncido. Liam le echó una mirada de refunfuño, pero acató las bienvenidas órdenes. Brian sabía que tenía el corazón roto al igual que él, su separación con el agente Kelly el día de su boda era una gran putada y un quebradero de cabeza. No alcanzaba a imaginar lo que estaba sintiendo, el despecho vivido, la vergüenza. Pero no iba a fallarle como amigo.

—Eh, hermano.

Brian se giró en dirección a la voz de Mark, para encontrarse con un rostro lleno de ojeras y preocupación. El pasado acababa de darle una bofetada veloz y mortífera en plena cara.

—Mark, luces casi peor que el irlandés.

—No me gusta que Bella haya vuelto al F.B.I. Trae malos recuerdos, aunque la sé a salvo. Y no es un agente reincorporado del todo.

—¿No? —Brian arqueó una ceja buscando comprender.

—Le han pedido ser Instructora en Quántico.

—¿Y a cambio la ayudan con lo mío? —El enfado en Brian fue fulminante, haciéndolo subir el tono de voz.

Mark asintió sin perderlo de vista.

—Hizo un trato por un año de servicio.

—Es una mierda —gruñó Brian pasándose las manos por el pelo con gesto de cansancio para terminar metiéndolas en los bolsillos—. Bells tendrá que vivir en Virginia y vendrá, ¿qué? ¿Los fines de semana? Tenéis dos hijos, y Grace es muy pequeña para estar separada de su madre tanto tiempo.

Era una lógica aplastante.

—Para eso tenemos el *jet*. Sé que no será fácil, pero por ti, hermano —dijo Mark acercándose y tomándolo por la nuca con decisión—; estamos dispuestos a todo por ayudarte. Es lo menos que podemos hacer después de lo que has hecho por nosotros.

—No hice nada —protestó Brian sintiendo su enfado desinflarse y bajando los ojos.

Mark le dio una palmada suave en la base del cuello y apoyó su frente contra la suya con amor fraternal inquebrantable.

—Ahora soy yo el que dice: ¡y una mierda!

Terminaron por abrazarse con emoción y separarse entre risas ahogadas.

—¿Brian?

Aquella voz femenina fue como un faro en plena noche cerrada que dirigió a Brian hacia el amor de su vida como a un muerto de hambre al pan. Rachel bajaba los peldaños con actitud segura, pero el temor se leía en sus bonitas facciones.

Mark se esfumó para darles privacidad con una sonrisa de medio lado.

—Rachel —pronunció su nombre con anhelo. Estaba alterada, podía verlo, pero siempre preciosa.

No hicieron falta palabras, la acogió entre sus brazos y la estrechó aspirando su perfume favorito, con delicia. El uso de ese aroma era una costumbre que a pesar de la amnesia no había perdido. Ella buscó sus labios y lo besó, gesto en el que Brian notó la desesperación que desprendía, la cual trató de aplacarla, transmitiéndole calma y dulzura.

—¿Por qué en nuestra casa? —inquirió ella con contrariedad y pánico.

El hecho de que hablara en presente y no en pasado despertó la curiosidad de Brian.

—Es un mensaje, como un triunfo para el asesino. Se ríe en mi cara por no haberlo atrapado. Se cree intocable.

Pasó los dedos por la larga y suave melena de Rachel y la sintió relajarse un poco. La tensión que acumulaba era tremenda.

—¿Y nuestros hijos?

—Están dentro con tus padres, vino un coche del F.B.I. a casa de los míos antes siquiera de que la noticia del asesinato saliera en los informativos.

—Lamento perturbar tu vida, nena... digo, Rachel. —Cerró la boca antes de que le salieran otros apodos cariñosos. Ella no protestó, se limitó a echarse hacia atrás y mirarlo a los ojos con concentración.

—Tengo una pregunta.

—Dispara —la alentó él.

—¿Conocemos a alguien con los ojos dispares? Es que me vienen a la mente unos ojos de lo más extraños... Sueño muchas veces con ellos.

Buscando entre sus recuerdos por un momento, Brian terminó por negar con la cabeza.

—No que yo recuerde... amigos o conocidos, no. ¿Tal vez de tu pasado? ¿Un exnovio?

—No creo que sea un hombre.

—Ven, Rachel, vayamos al estudio de Mark. Quiero profundizar eso.

—¿Cómo?

Brian fue a coger el ordenador portátil de su hermano, le comentó con rapidez lo que pretendía, y tras saludar a sus hijos y darles sendos besos, bajaron las escaleras que conducían a un par de salas insonorizadas. Había en una parte un piano con un pequeño estudio de grabación y al otro lado, un salón con canapé con *chaise longue*, escritorio con silla y tras una puerta un cuarto de baño.

—¿Serías capaz de detallar esos ojos dispares? —le preguntó a Rachel.

—Creo que sí.

—Bien. —Se sentó al escritorio, posó el ordenador, encendiéndolo al mismo tiempo, y continuó hablándole a Rachel—. Voy a hacer una videoconferencia a un colega dibujante y le irás describiendo lo que recuerdas, ¿vale?

Rachel asintió y se acercó hasta quedar sentada en la enorme pierna de Brian, fue un gesto inconsciente, una costumbre de antes del ataque, pero eso reconfortó al hombre y una pequeña chispa de esperanza se encendió en su corazón, reavivándolo.

Tras saludar al profesional, Rachel pasó a describir aquellos ojos que perturbaban sus noches. Poco a poco fue dando datos que para ella tal vez no fueran importantes, pero para Brian sí. Les permitiría, tal vez, identificar de

quién se trataba. Uno ojo azul y el otro marrón fue lo primero que vio Rachel aparecer en la pantalla.

—El azul más claro y que se vean más serios; sí, así, con líneas de expresión más marcadas alrededor.

Brian fue consciente del cambio de actitud en su esposa, pasó de relajada a nerviosa, para terminar completamente tensa. Un temblor recorrió su cuerpo y se quedó paralizada, conteniendo el aliento.

—Respira, Rachel —susurró en su oído con voz sosegada. Ella lo miró y Brian captó el temor en sus ojos, alarmándolo—. ¿Qué es? Cuéntamelo.

—Es ella... —pronunció con dificultad, aferrándose a su brazo, al que la sostenía con protección—. Esos ojos pertenecen a la mujer que me atacó.

La sorpresa hizo que las pupilas de Brian se dilataran. ¿Fue una mujer de ojos disparejos? Se quedó paralizado un momento para inmediatamente recuperar la compostura. Acarició la espalda de Rachel, infundiéndole calma.

—¿Estás segura que era una mujer?

—Sí —confirmó asintiendo y frotándose los brazos por los escalofríos que le recorrían la piel—. Era muy intimidadora; la forma en que me miraba, con tanta seguridad. Creo que... —Cerró los ojos un instante y subió una mano a la cabeza como si sintiera dolor—. ¿Conocemos a alguien con esos ojos?

—No que yo recuerde.

Brian echó una ojeada al dibujante.

—Pásele esta información al comisario y al agente Isabella Farrell del F.B.I., y ni una palabra a nadie más —ordenó, y tras recibir un asentimiento por parte de este, cortó la videoconferencia y cerró la tapa del ordenador.

Los temblores continuaban atravesando el cuerpo de Rachel, por lo que Brian la abrazó para reconfortarla. Fue ella la que suspiró de esa manera tan culpable y buscó sus ojos con tristeza.

—Brian —dijo su nombre como en un lamento—, ¿por qué nos han hecho esto? Éramos felices, estoy segura.

—Oh, Rachel... —musitó atormentado—. No lo sé, pero sí que lo éramos.

Se abrazaron en silencio un rato y después hicieron ademán de separarse a la vez. Sin embargo, se produjo un instante de tensión que no duró más de un segundo y luego volvieron a abrazarse, un gesto que les pareció tan natural e inevitable como la fuerza de las mareas. En esa ocasión fue un momento apasionado, más sensual y excitante. Ansiaba sentirla por completo, por lo que inclinó la cabeza para acercarse a su pelo y la estrechó con fuerza.

Rachel tenía la cara parcialmente enterrada en su cuello y el roce de su aliento le quemaba la piel despertando deseos latentes, anhelos irresistibles, inoportunos por su ferocidad. Sin ser consciente de lo que hacía, buscó la fuente de esa atracción: la suavidad de sus labios, y la besó, solo una vez, pero fue ella la que pidió más.

La notó temblar mientras se pegaba más a él, como si buscara protegerse del frío. Se apartó de sus labios y la besó detrás de la oreja, inhalando su perfume, disfrutando de la delicadeza de su piel.

El deseo hizo que sus movimientos fueran torpes al principio, pero de todas formas descendió por su cuello con los labios hasta llegar al borde de la blusa, justo hasta ahí, antes de volver a subir. Advirtió cómo se le erizaba la piel a medida que sus labios la recorrían. La escuchó jadear. Y al ver que no se resistía, se apoderó de nuevo de su boca para besarla con toda la pasión que requería ese mágico instante.

Exploró sus labios, degustó su sabor y dejó que las sensaciones se convirtieran en algo básico y descontrolado.

Rachel respondió de forma tímida al principio, sin mover apenas los labios. A pesar de todo, su cuerpo seguía amoldado al suyo, rendido y relajado. En un momento dado, notó que perdía el equilibrio, de modo que le colocó una mano en las caderas para acercarla aún más a él y siguió besándola con frenesí hasta que escuchó los gemidos que empezaron a brotar desde el fondo de su garganta, hasta que notó sus dedos acariciarle el pelo con delicadeza.

Al cabo de un minuto se apartó de ella con un empujón. La palabra «no»

flotó entre ellos de forma tan etérea que estuvo seguro que si hubo un atisbo de esperanza de recuperarla, acababa de perderla para siempre con esa palabra pronunciada por parte de él.

La soltó sin oponer resistencia, aunque su cuerpo sufrió el enorme esfuerzo que le supuso dejarla marchar.

Rachel trastabilló hacia atrás con sorpresa y se apoyó en la pared con una expresión tan horrorizada en la cara que se habría echado a reír de no haber estado tan enfadado. Respiró hondo unas cuantas veces para recobrar el aliento mientras obligaba a su cuerpo a que se relajara y a sí mismo a mantenerse alejado de ella.

Después de aquello, Brian fue el primero en hablar.

—No debería haber... No quería... —Le falló la voz y acabó meneando la cabeza con desesperación—. Lo siento, Rachel.

Ella intentó que su voz sonara normal.

—Recuerdo que nuestros encuentros íntimos eran muy pasionales, pero eran después de una pelea o discusión —le dijo al tiempo que bajaba la mirada, abochornada.

—Cierto —admitió Brian—. Pero, Rachel, no estoy hecho de hielo, recibí los papeles del divorcio y me partió el corazón. Si me besas de esa manera otra vez, no voy a controlarme. Te deseo demasiado. Así que te lo pido por última vez, quíereme o aléjate, pero no juegues conmigo.

—No quiero jugar. Lo siento. No puedo volver... —La tensión de su voz era palpable, como si estuviera al borde de las lágrimas. Se dio la vuelta hacia las escaleras.

—Rachel —la llamó y ella se detuvo, pero dándole la espalda—. Te amo y amaré siempre, olvidaste quererme, pero yo no, y lo seguiré haciendo incluso por los dos, pero es un sinvivir que no estoy dispuesto a aguantar más.

Rachel se volvió para enfrentarlo con una resolución inquebrantable en su mirada.

—Estoy saliendo con otro hombre —declaró.

Un dolor lacerante le partió el corazón a Brian, que la contempló sin podersele creer, dividido entre la sorpresa y la más absoluta negación.

«¿Mi Rachel con otro hombre?», pensó aturdido.

Se quedó, por primera vez en su vida, sin palabras. Rachel volvió sobre sus pies y lo último que escuchó Brian fue un suspiro ahogado de su esposa antes de que desapareciera por las escaleras. Se sintió tan descolocado que tuvo que refrenar las ganas de ir tras ella.

No quería asustarla con su amor desbordante, su intensidad, su anhelo y sus millones de preguntas.

## Capítulo 20

Brian se estaba agobiando, y mucho.

El cabreo que llevaba aquella noche era tan demencial que alarmó a Mackenzie e Isabella. Tuvo que aparentar que todo iba bien frente a la familia, incluyendo a sus hijos y la que pronto sería su exmujer, por el bien de todos... al parecer.

Aquellos ojos dispares lo perseguían como un fantasma, atormentándolo. Suponía a quién pertenecía y si sus sospechas daban de lleno, iba a salir escaldado más de uno.

Con la llegada de Anderson, Kira y la pequeña Mía Rose, la tensión fue en aumento. Su hermana estaba enfadada por el puñetazo que Brian le había dado a su marido y se lo hizo notar durante toda la cena. No tuvo corazón para soportar el postre, por mucho que su madre hubiera preparado su favorito.

Inquieto y con ganas de largarse, pronunció un adiós en general y salió de la casa.

—¡Brian! Espera un minuto —dijo Isabella, que había salido corriendo detrás de él.

Se detuvo y gruñó, negando con la cabeza.

—Tengo prisa.

—¿Por alejarte de tu familia? —se sorprendió.

—No, aunque te comenté que no quería estar cerca de nadie y ya ves tú —manifestó con ironía—, están todos aquí.

—A otros con tus menosprecios, sé que tienes algo en mente o no estarías así de idiota. Déjame ayudarte. He enviado lo del dibujante a la sede del F.B.I.

—Está bien, pero, mierda, Bells, esto tengo que hacerlo solo, necesito confirmar mis dudas e ir a por el cabrón que atacó a mi mujer.

—¿Descubriste quién es?

Negó con un gruñido, Mackenzie ya estaba subiendo en el lado del conductor y arrancando el motor. Brian apartó a Isabella y bajó la voz.

—Déjame en paz, Bells. Tengo trabajo —exigió espacio y respeto con una actitud agresiva.

Estaba claro que ella debió comprender su necesidad de resolverlo por su cuenta, porque no opuso resistencia aunque la preocupación bailaba en sus ojos.

Brian no perdió tiempo, le contó a Mackenzie su suposición y se dirigieron a la comisaría. A esas horas estaría casi desierta, solo los patrulleros del turno de noche y los de tráfico. Entraron por la parte de atrás, directos por la zona del garaje.

—¿Por qué cree que le ha hecho eso? —El irlandés estaba igual de cabreado y le temblaban las manos.

—Resentimiento, celos, qué sé yo —especuló con la vista fija en los números del ascensor que subía—. Tal vez se huela de la investigación interna y conjeturó que fui yo. Que me quitase de en medio al atacar a Rachel hace que casi consiga librarse de mí.

—Jefe, no se deje llevar por las emociones. Lo encerrarán de por vida.

—Sube y asegúrate de que el comisario reciba de primera mano la información. Yo voy a intentar localizar a mi contacto en busca de ayuda. Y pide una orden de registro.

—De acuerdo, jefe.

Brian intentó llamar a Derek, pero saltó el contestador y decidió dejarle un mensaje.

—Descubrí quién atacó a Rachel, voy a necesitar todo el refuerzo posible, hay más de un implicado. Llámame cuando puedas...

No pudo terminar de hablar, un dolor fulminante le atravesó la cabeza haciéndolo jadear y caer de rodillas. El teléfono salió volando de su mano para caer al suelo no muy lejos.

—Qué cojones —gruñó al mismo tiempo que rodaba para alejarse del peligro.

Se encontró con la mirada de un cabreado agente Mont; llevaba una porra en alto, un rictus de odio en la cara y estaba preparado para atacar de nuevo. Brian le asestó una patada en la rodilla por instinto, haciendo aullar al cabrón.

—¡Serás hijo de puta! Me has destrozado la rodilla, pero no te saldrás con la tuya —le escupió.

Brian no le dejó desenfundar el arma, echándose sobre él y arreándole tantos golpes como pudo hasta que consiguió reducirlo y ponerlo de cara al suelo con las manos en la espalda, momento que aprovechó para acercar su rostro al de Mont, respirando con rapidez.

—¿Creías que no terminaría por descubrirte? ¿Que ibas a salir impune? —Brian apoyó una rodilla en él para impedirle moverse.

—¡No sé de qué estás hablando!

El forcejeo fue brutal y demasiado pronto lo separaron de él para arrestarlo. Brian le echó una mirada tan gélida y llena de significado, una tan severa que incluso sus hombres se mantuvieron a cierta distancia.

—Capitán Hamilton, vaya al hospital, nosotros nos encargamos de buscar a la sospechosa —concluyó el comisario—. No pierda el tiempo.

Asintió a regañadientes, aunque queriendo discutir las órdenes, y se llevó una mano a la cabeza donde continuaba sangrando.

—No es nada, señor. Puedo ir.

—Vaya al hospital de inmediato —reiteró el hombre sin perder la calma—. Está demasiado implicado. Tenemos las pruebas, la orden de arresto. Ha hecho un buen trabajo.

«¿Trabajo? Y un cuerno», rumió.

Fue en un estado raro que llegó a emergencias. Lo habían llevado unos patrulleros que, oliéndose el mal humor que rezumbaba, apenas abrieron la boca. Brian se aplicaba presión en la cabeza con una mano y buscó a alguien que le atendieran.

—Yo me encargo —surgió una voz femenina. Una luz poderosa le deslumbró las retinas, haciéndolo gruñir de dolor—. Señor Hamilton, ¿qué le ha pasado ahora? ¿Cuántos dedos ve?

Cuando la linterna fue apartada, se encontró con los ojos suspicaces de la doctora Evans y sus dedos alzados.

—Tres dedos, y me han arreado con una porra.

Ella le examinó el cráneo en busca de protuberancias y la brecha. La misma Megan se encargó de inyectarle la anestesia local y grapar la herida sin juzgarle ni hacer preguntas. Brian estaba como aletargado, lo que alarmó a la doctora, que pidió una radiografía.

—¿Siente dolor? —le preguntó.

—No.

El dolor de cabeza no era comparable con el de su corazón destrozado. El tiempo transcurrido desde su llegada al hospital y tener los resultados no fue mucho, al menos eso creyó Brian, que había cerrado los párpados un rato. Lo habían instalado en un sillón.

Megan se inclinó sobre él, inquieta.

—No hay nada roto, ni hematoma subdural, pero sí una conmoción cerebral. Me preocupa. ¿Ha venido acompañado?

Brian entrecerró los ojos con desagrado.

—No. ¿Puedo irme ya? Tengo trabajo.

—Ni hablar, se queda en observación, señor Hamilton.

—No es el primer golpe en la cabeza que soporto, doctora —hizo además de levantarse, sufriendo un mareo en el proceso que le hizo apretar la

mandíbula.

—Se queda, y es una orden. Voy a ver si encuentro a su esposa en la sala de espera...

Aferró la mano de la doctora con brusquedad para retenerla negando con la cabeza.

—No se moleste, no hay nadie. Mi... —iba a decir esposa, pero la palabra se le atragantó—. Rachel y yo nos separamos.

—Oh, lo lamento, pero no puede irse. ¿Puedo llamar a un familiar? ¿Mark? ¿Kira? ¿Sus padres, tal vez?

Brian volvió a sacudir la cabeza.

—No, no llame a nadie. Se angustiarían por nada y no estoy en estado de aguantar inquietudes, preguntas y mierdas.

—¿Ha venido en coche?

—No.

—Deme media hora y lo acompañaré, me preocupa su estado.

—¿Qué le importa? —refunfuñó.

—Qué gruñón es. Venga, espéreme que vuelvo en nada.

Él nunca lo sabría, pensó, pero a ella se le había acelerado el pulso nada más darle la mano. Todavía lo tenía acelerado. Estúpida, se dijo mientras se cambiaba. Aún sentía flojas las piernas. Dejó escapar un largo y profundo suspiro.

Sí, Brian Hamilton la ponía nerviosa. Además, era increíblemente sexy. Pero eso ella ya lo sabía. El problema era que no tenía ni idea de cómo manejarlo.

No le sorprendió encontrar el sillón ocupado con otro paciente y la alta voluntaria firmada en el mostrador de las enfermeras.

Sofocando un bostezo, Megan se dirigió a la calle, saludando con rapidez

a su paso a los compañeros del siguiente turno.

—Demonios, qué frío —se estremeció.

Se abotonó la chaqueta con un temblor, siempre perdía la noción del tiempo y rara vez se acordaba de coger el abrigo. Y encima llovía a cántaros.

Brian sabía lo que era desear a una mujer, pero nunca había conocido el ansia. No obstante, durante un instante, aquella emoción se apoderó de él por completo. No olvidaría jamás a su Rachel, sin embargo, era consciente de que un hombre sensato daba un paso atrás y tomaba aliento antes de lanzarse por un precipicio. Y eso fue lo que hizo murmurando un juramento entre dientes cuando vio salir a la doctora, a la cual en cuestión de segundos la lluvia caló hasta los huesos.

—¿Es que quieres coger una neumonía? —la sermoneó por lo bajo.

Ella se sobresaltó, buscando sus ojos.

—¿Es que quieres hacerme morir de un susto?

Se miraron y soltaron una risa, volviendo a tutearse con naturalidad. Brian se quitó el abrigo e hizo una mueca al ver que en el cuello habían manchas de sangre.

—Lo siento, está sucio.

—Vamos a compartir un taxi, que a este paso no se van a salvar ni mis calcetines —dijo alzando una mano y haciendo una seña a uno que se acercaba.

Le dio la dirección de su casa, esperando que Brian hablara, pero al ver que de nuevo había cerrado los párpados, apretó los labios con inquietud. No podía dejarlo a su suerte, él necesitaba que alguien velara su noche.

Brian apenas se resistió cuando lo instó a salir del coche.

—Vamos, una buena ducha caliente y un té te vendrá bien.

—Esta no es mi casa —se aventuró a decir Brian ahogando un bostezo.

—Es la mía.

—¿Intentas seducirme?

Megan bufó mientras buscaba el manajo de llaves en su bolso, el cual goteaba agua por todos lados de lo empapado que estaba.

—No, solo quiero vigilar tu conmoción cerebral.

Atravesaron el pasillo hasta llegar al ascensor, Brian la siguió sin protestar. Podría haberle pedido al taxista que lo llevara a la casa de su hermano, pero no lo hizo. Con ímpetu, comenzaron a subir.

—Te pongo nerviosa —dijo él, dándose cuenta del cambio de respiración de la doctora y de cómo jugaba con las llaves—. Será mejor que me vaya...

—Brian —lo llamó pasando una mano por su pelo largo, mojado y enredado—. Tengo frío y hambre, y me muero por un baño con mucha espuma y una copa de vino.

—¿Tienes bañera?

Asintió viendo que algo se iluminaba en él.

—Sí, y si te portas bien, te pondré el hidromasaje en marcha —lo sedujo.

—Define portarse bien.

Megan bajó los ojos a su mano buscando la llave de su casa sin responder aún y juntos atravesaron el descansillo hasta llegar a su puerta.

Antes de permitirle entrar, se dio la vuelta y lo observó.

—No quiero que creas que te he traído aquí con segundas intenciones, aunque si hay sexo no lo rechazaré. Somos adultos, tú no estás atravesando un buen momento, pero yo tampoco, y no quiero que estés solo. Mutua compañía, sin prejuicios, sin compromisos, sin dar explicaciones, sin esperar nada del otro. ¿Qué te parece?

—Perfecto —acordó.

Ella lo guio por el apartamento hasta el cuarto de baño, puso el tapón en la bañera y reguló el agua caliente, luego echó un generoso chorro de jabón.

—Estoy empapando el suelo, lo siento —se disculpó Brian al ver el suelo empapado.

—Da igual. Quítate la ropa y métete en la bañera.

Cuando lo vio dudar, Megan se acercó y lo ayudó alzando una ceja dividida entre el divertimento y lo profesional.

—Usted no tiene nada que no haya visto antes, capitán —dijo a modo de broma ganándose una carcajada de él.

Brian no se hizo de rogar y obedeció demasiado manso y algo agotado. Se introdujo en la bañera exhalando un suspiro de alivio y recostó la espalda contra un lateral, teniendo cuidado de no apoyar la cabeza donde estaba la herida. Megan recogió toda su ropa y se la llevó. La escuchó trastear y oyó que ponía la lavadora en marcha antes de volver envuelta en un albornoz y con una copa de vino tinto en la mano.

—Date la vuelta, te voy a lavar la cabeza con cuidado, hay que quitar esos restos de sangre.

Estaban muy cerca. Sus cuerpos se rozaban y la piel de Megan se estremecía. Olvidándose de las normas que ella misma había fijado para los dos, dejó la copa a un lado y extendió la mano para tocarle la piel de su nuca.

—¿Te duele?

—No —respondió Brian, abandonándose—. Siento un hormigueo, pero estoy así como medio aturdido.

—Es por la anestesia local y el Tramadol.

—Eres una mujer preciosa y muy deseable; no obstante, no sé si seré capaz de intimar contigo.

La confesión pilló desprevenida a la doctora, que poco a poco fue enjuagándole el cabello con cuidado.

—Eres un hombre de una sola mujer —interpretó Megan.

—Que ella no recuerde quererme no significa que la amé menos.

Era honesto y valiente, se dijo.

—¿Conseguiste acercarte a ella íntimamente desde el ataque?

Brian lo pensó un momento y terminó por suspirar de frustración.

—Pienso que en algunas veces sí, pero en el último instante Rachel se echaba atrás muerta de miedo. No sé cuánto exactamente recuerda, y tengo la sensación de que no es precisamente lo mejor de nuestro matrimonio. —Se dio la vuelta, posó la mano en su cintura y comenzó a deslizarla con suavidad hacia su espalda entre el albornoz y su piel, atrayéndola hacia sí—. Entra en el agua, estás temblando, Megan.

El tiempo desató toda su furia, haciendo tronar el cielo, y la luz se fue dejándolos a oscuras. Megan se sobresaltó y Brian la estrechó contra su cuerpo.

—Tranquila, solo es un trueno.

—Eso no es muy alentador —expuso entre risitas—. Debería ponerse en marcha en breve el generador de emergencias del edificio.

Sus labios se acariciaron suavemente. Sus ojos permanecían abiertos y fijos, podían verse por el reflejo de los relámpagos. Su sangre palpitaba. El deseo ahora tiraba de ellos. Sus bocas se abrieron despacio. Sus corazones se aceleraron.

El deseo rompió sus ataduras.

Ella estaba en sus brazos, presa del ansia y el ardor. Cada hora extra de las semanas anteriores, todo el trabajo, la planificación, las normas, todo eso se desvaneció bajo una llamarada de pasión. La impaciencia de Megan era semejante a la de él. Se besaban con dureza, larga y desesperadamente. Sus cuerpos se tensaban, apretados en un tormento exquisito.

Salieron con rapidez de la tibieza del agua, secándose con manos apremiantes y dispuestas hasta llegar a la habitación.

Más rápido. Si lo dijo en voz alta o si solo lo pensó, él pareció entenderlo igual. Los brazos de Brian enlazaron a Megan, estrujándola como

quería. Ella sintió que el cuerpo de él se amoldaba al suyo al igual que su boca se acomodaba a la de ella, y de pronto se sintió más sensible de lo que nunca había imaginado ser.

Femenina, lasciva, delicada, apasionada... ¿Era posible ser todo eso a la vez? El deseo crecía y se inflamaba. Las ganas de él, de sus caricias, por aquel sabor que no podría encontrar en ninguna otra parte. El gemido que profirió contra los labios de Brian procedía tanto de la confusión como del placer.

Cielo santo, ¿cómo era posible que una mujer lo llevara tan lejos con un solo beso? Ya estaba medio loco por ella. El dominio de sí mismo empezaba a perder su significado diluido por una necesidad mucho más urgente. La piel de Megan se deslizaba como seda bajo sus manos. Él lo sabía. Tenía que tocarla.

No era suficiente. Pensó fugazmente que nunca sería lo mismo. Pero las preguntas, la razón, todo quedaba para más adelante. Escondiendo la cara en su garganta, saboreó su piel. Allí permanecía el olor incitante que recordaba y que lo arrastraba hacia un punto en el que no habría marcha atrás. El cansancio que sintió al entrar en la habitación desapareció. La tensión que notaba cuando ella estaba cerca se disipó. En ese momento, la consideraba suya, sin darse cuenta de que había deseado poseerla con avidez.

Megan no podía pensar. Sentía que sus huesos se disolvían y que su mente se vaciaba. A través de ella fluía una sensación tras otra. Podría haberse ahogado en ellas. Sin embargo, quería más. Sentía que su cuerpo anhelaba más, deseándolo todo. Calor, truenos y tormentas. Solo por una vez. La pasión se filtraba en ella entre susurrantes promesas y un oscuro placer. Podía entregarse a él, creer que era suya. Solo por esta vez. Y luego...

Con un gemido, apartó la boca de la de Brian y escondió la cara contra su hombro.

—Megan... —Ella se apartó e intentó modular su respiración. ¿Qué le había pasado? ¿Cuándo y cómo?—. Esto es un error... para los dos. —Intentó apartarse ante las palabras de él, pero Brian la sostuvo con firmeza—. Todavía estoy enamorado de Rachel y no sé cómo manejar esto.

—Me confundes —balbució ella antes de darse cuenta de lo que hacía—.

Maldita sea, no quiero sentirme confusa.

—Y yo lo estoy pasando mal —su voz era tan impaciente como la de ella—. Y no me gusta pasarlo mal ni hacértelo pasar mal, pero mi palpitante erección no miente, te deseo.

—Tenemos un problema —logró decir ella, pasándose una mano por el cuello con inquietud.

—Te deseo, Megan. —Algo en su modo de decir aquellas palabras hizo que la mano de Megan se detuviera en el aire y que sus ojos se clavaran en los de él—. Te deseo mucho, llevo meses sin sexo. Y eso no hace que me sienta bien.

—Un grave problema —musitó, y se sentó, con el alma en un hilo, en el borde de la cama—. Pero hay un modo de solucionarlo.

Ella logró sonreír.

—¿Ah, sí? —puntualizó él—. ¿Cómo? ¿Es seguridad lo que quieres, Megan?

—No —le resultó fácil decirlo porque de pronto había descubierto que era cierto. Antes de conocer a Brian, nunca había pensado en la necesidad de sentirse segura, ya había cometido ese error en el pasado—. Recuerda lo que te comenté al llegar, nada de compromisos.

—Entonces ¿cómo podríamos solucionarlo?

La luz volvió de pronto y se vieron desnudos, excitados.

—Si te pido confiar en mí —curioseó ella con otra pregunta y una idea clara de lo que deseaba—, ¿lo harías?

Brian la examinó, estaba dubitativo y obligado a masturbarse. Una gota de líquido preseminal surgió y se lubricó a sí mismo con un movimiento lento acompañado de uno de cadera que casi volvió loca a Megan, que se relamió los labios de repente muerta de sed.

—Confianza —repitió ella con impaciencia, sintiendo la respuesta de su propia feminidad.

—Depende. Al final, uno de los dos acabará rompiendo las normas.

«Y podría ser yo tan fácilmente como podrías ser tú», especuló ella.

—No puedo pensar en lo que sucederá en el futuro. Solo en lo que está pasando ahora —se sinceró Megan.

Se dirigió a la mesita de noche, alcanzó un antifaz de dormir de color negro y se lo enseñó a Brian, que seguía con una saludable erección que ahora palpitaba bajo su mirada hambrienta, señal inequívoca de que deseaba que pasara algo entre ellos, pero que el recuerdo de su apasionado amor con su mujer lo asediaba.

—Ven, acércate —lo invitó.

—¿Intentas marcarte un *50 Sombras de Grey*?

Ella negó, divertida por la comparación.

—Solo intento darte lo que necesitas —replicó, sonriendo—. Juega a mi modo, Brian, y todo saldrá bien.

—Muy bien —se mostró de acuerdo él, asintiendo con la cabeza—. Por esta vez.

Antes de ponerle el antifaz, lo guio hasta la cama ayudándolo a acostarse en el centro. Brian atisbó a ver la cicatriz que surcaba un lateral del cuerpo femenino, una herida de arma blanca, pensó con seguridad.

—¿Qué sucedió?

—Un encontronazo con un cabrón —respondió Megan sin añadir más detalles—. No quiero hablar de eso, ya sabes lo que son las heridas de arma blanca.

Brian respetó sus deseos, asintió, y guardó silencio.

No tenían todavía ese grado de confianza y eran en ese instante tan solo dos personas que se necesitaban.

—Déjate llevar, solo somos un hombre y una mujer sin compromisos que buscan desahogarse —susurró Megan.

Entonces su boca cubrió la suya. Aquel largo y profundo beso desbarató por completo las razones prácticas de Brian y su tormento. Deseaba experimentar las caricias lentas y deliciosas que vaciaban la mente y convertían el cuerpo en un volcán. Esa noche sentía apetitos, y solo había una mujer para ellos. Si al día siguiente lamentaba las consecuencias, que así fuera, pero ese día siguiente quedaba aún muy lejos.

No se resistió cuando Megan lo montó a horcajadas, al contrario, sus manos viajaron a sus caderas. Esa noche, aunque fuera solo un rato, sería suyo. Se abandonaría sin pensar en nada más.

Ella envolvió la dura carne con un preservativo y lo empuñó sin vacilación haciéndolo sacudirse.

Él sintió un arrebató de placer intenso, maravilloso. Apoyándose en un brazo, se elevó yendo a su encuentro y buscando los labios de ella, jugueteando con ellos mientras su deseo se agudizaba.

Con un gemido, Brian hundió su lengua en la boca de Megan y sintió que su cuerpo se aflojaba al tiempo que su beso se hacía más ávido. Las manos de Megan tocaban levemente la cara de él, su cuello, y luego se deslizaban despacio por su pelo. A pesar de que Brian se apretaba con fuerza contra ella, aún no le exigía nada.

Nunca había conocido a un hombre con tanta paciencia, ni tan fascinante. Boca contra boca, luego boca contra piel; cada una de sus caricias la hundía cada vez más en una languidez que iba apoderándose de su cuerpo y de su mente.

Sus manos se movieron sin prisas sobre los hombros de Megan, por sus costados, y volvieron a subir para susurrar sobre sus pechos, chupar, mordisquear hasta que aquello no fue suficiente para ninguno de los dos. Ella pasó las manos con lujuria sobre el pecho de él, palpando sus músculos. Él exploró sin prisas todo su cuerpo, conociendo poco a poco sus curvas sutiles y su tersura. Ni siquiera se precipitaron cuando la última barrera de la cordura fue traspasada.

El tiempo había perdido su significado.

Allí por donde pasaban sus dedos, la piel de Megan ardía y luego se enfriaba, solo para arder de nuevo. A medida que él besaba su cuerpo, aprendiendo secretos y descubriendo placeres, el fuego iba abrumando a Megan, hasta que el ansia se apoderó de ambos.

Con rápidos gemidos y el aliento entrecortado, se poseyeron el uno al otro. Él ignoraba que pudiera dejarse llevar, y ella siempre se había negado a que la llevaran, y, sin embargo, se guiaron uno a otro hacia el mismo destino.

Brian sintió que la realidad se le escapaba, pero no tenía deseos de retenerla. Ella lo estaba liberando. Junto con el deseo físico más poderoso que había conocido en mucho tiempo había una necesidad emocional que estallaba dentro de ellos. No podía cuestionarse, no podía negarlo. Su cuerpo, su mente y sus corazones se deseaban.

Con su nombre temblándole en los labios, Megan lo tomó dentro de sí. Luego, el placer fue tan intenso que ambos perdieron la cabeza. Un gozo torrencial se apoderó de ella. La calma se había convertido en un huracán, y juntos se dejaron arrastrar por él.

Posó la mano en el pelo de Megan y se lo apartó de la cara mientras ella regresaba con lentitud a la tierra y abría los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió.

—Dios mío, sí.

Brian le besó delicadamente los labios.

—No debería haber permitido que esto ocurriera. Estoy demasiado afectado por todo lo que ha pasado, pero gracias.

Megan le acarició la mejilla.

—Ha sido un placer.

Brian se apartó de ella y a pesar de que se sentía estúpido y culpable, consiguió esbozar una sonrisa. Después de dejar pasar una cantidad respetable de tiempo, le dijo:

—Lo siento, pero no puedo quedarme.

—Lo sé, no te preocupes. Me voy a quedar dormida en cualquier momento...

Y se durmió, agotada en todos los sentidos.

Llamaría a Megan, la invitaría a tomar una copa e intentaría explicarle que, aunque no tenía ninguna razón para ser optimista, su corazón pertenecía a otra mujer. Y mientras siguiera siendo ese el caso, no le parecía bien intimar con ella. Era una buena persona y se merecía algo mejor que un hombre roto que ya no tenía nada que ofrecer.

## Capítulo 21

Aquel día gris y frío trajo a Rachel recuerdos confusos. Había desistido en su intento de reconstruir su vida borrada, era un tema que en los últimos meses la había abrumado, agotado y puesto de los nervios.

Se detuvo en plena calle mirando a su alrededor, como si una imagen se superpusiese a la realidad. Parpadeó varias veces y recordó aquel día de San Patricio, veía a Brian aparecer en una carroza decorada con motivos navideños, cuando todo lo que le rodeaba, Nueva York al completo, vestía el color de Irlanda.

Todo era tan verde...

Desde su posición podía ver a Isabella cantar junto a Mark, incluso recordó que ella estaba infiltrada y que ese día todo había sido organizado.

Brian estaba vestido de Santa Claus, lucía ridículo y guapo a rabiar con esa sonrisa que la volvía loca.

Él se detuvo frente el escenario, levantó la vista y la ancló en Rachel, en ella, pero en el pasado, en otra época; ella temblaba emocionada.

—Rachel, te quiero —afirmó él ofreciéndole una sonrisa arrebatadora.

—Y yo a ti, Brian... No hacía falta que montaras todo esto para decírmelo —musitó poniéndose colorada.

—Nena, lo haría una y otra vez si . Desde que te conocí, para mí, todos los días son Navidad, quiero pasar el resto de mi vida contigo. No hay un mañana si tú no estás a mi lado, no hay futuro si no permaneces junto a mí. Admito que soy gruñón, me despierto siempre de mal humor, soy muy celoso y ronco cuando duermo. Mezclo la ropa al lavarla y luego me salen los calcetines coloridos... Me gusta beber cerveza y ver béisbol en la pantalla plana... y, sobre todo, nunca bajo la tapa del inodoro.

Una carcajada se le escapó a Isabella, a quien no prestó atención. La gente más cercana se rio también.

—¿Y qué pasa con eso?, ¿qué intentas decirme, Brian? —preguntó Rachel inclinándose hacia él desde un lateral del escenario.

Brian se quitó el gorro rojo, se arrodilló y sacó de su bolsillo un anillo que puso en alto para entregárselo y que lo viera bien.

—Rachel, si me aceptas con mis defectos, yo prometo intentar cambiar mis manías, prometo serte fiel y amarte con locura. ¿Quieres ser mi esposa? —le preguntó.

Rachel tomó aire, carente ya de vergüenza, y habló alto y claro.

—¡Sí, sí, Brian, acepto ser tu esposa, te acepto con tus manías, tus ronquidos y todo lo demás! ¡Te quiero!

Mark la ayudó a bajar del escenario y saltó a los brazos de Brian, que la acogió lleno de felicidad y amor. Se besaron rodeados por miles de personas y aplausos...

Tras ese recuerdo, y sin darse cuenta, Rachel empezó a considerar a Brian un pilar firme y un ejemplo de sensibilidad en un mundo donde reinaba lo absurdo. Y, quizá por primera vez desde el ataque, sintió la necesidad intrínseca de apoyarse en ese pilar. Fue una proposición romántica y llena de locura, y Brian no había dudado en hacer el ridículo para impresionarla y enamorarla todavía más.

«Enamorarme.» Sonríe, sabía en lo más profundo de sí misma que Brian siempre la había amado. Era rudo, sí, bruto a veces, pero con un amor inmenso destinado a ella. Le había dado todo y más, pensó con convicción.

—¿Rachel? —Kyle le sacudía ligeramente el hombro y la miraba con preocupación—. ¿Estás bien?

—Eh, sí, sí.

—Llevabas como cinco minutos ida... Me has asustado. ¿Quieres ir a tomar una bebida caliente? ¿Un chocolate?

—No, tengo que ver a Brian.

Le dio la espalda y buscó un taxi, o esa era su intención, pues se topó con los irascibles ojos de su marido; estaba detrás del volante, aparcando en doble fila. Él bajó a su encuentro, imponente, cabreado y distante.

Pero no le temía, al contrario.

—Brian. —Le saltó al cuello sin vacilación, estrechándolo con fuerza. Rachel sintió que la abrazaba con sorpresa, pero lo hizo.

—¿Qué pasa?

Echó la cabeza hacia atrás para perderse en aquellos ojos oscuros llenos de misterios y anhelos.

—Recordé que en esta calle me pediste en matrimonio, ¿no es fabuloso?  
—Agitó una mano, dejando escapar una risa ligera y sexy—. ¡Había tanta gente ese día! —Sonrió emocionada.

Brian agrandó los ojos y se contagió de su alegría, devolviéndole el gesto con cierta melancolía.

—Es maravilloso, sí.

—No sabía que eras tan romántico —lo acusó riendo. Apenas se habían separado, no existía nada más que ellos en ese preciso instante—. Te he visto tan gruñón, cavernícola y mandón que es como un aluvión de felicidad recordarlo. Y por cierto, fue precioso, maravilloso, increíble.

Él le acarició el pelo, pensando que estaba cerca, muy cerca de perderlo todo, de nuevo.

—Rachel, sé que estás feliz, pero necesito que me acompañes a comisaría. Venía a recogerte.

—¿Por qué? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Por el localizador de tu móvil. Queremos que veas a unas mujeres desde el cuarto de reconocimiento.

—¿Habéis cogido a la que me atacó? —La expresión de su rostro cambió

a una más reservada.

—Solo tú puedes indicárnoslo. ¿Me acompañas?

—Por supuesto. Yo... Espera.

Se separó de Brian para acercarse a Kyle, que observaba con recelo y aversión.

—¿Te ha estado siguiendo? —le preguntó, intranquilo.

—No, pero tengo que irme con él.

Le explicó la situación con rapidez y Kyle suavizó el gesto.

—Lláname si me necesitas, acudiré enseguida, *ma chérie*.

—¿Estáis saliendo juntos? —interrumpió la severa voz de Brian, que destilaba resentimiento, sin contar con el odio hacia el mote cariñoso que dirigió a su... a Rachel.

El enfrentamiento fue tan repentino que ella dio un paso a un lado, alucinada.

—No es de tu incumbencia —le replicó Kyle con altanería.

Pero ella se interpuso entre los dos hombres con decisión al ver que estaban dispuestos a llegar a las manos.

—¡Parad los dos! Pero ¿qué os pasa? ¿Por qué tanta enemistad?

—Me dijiste que salías que otro hombre —le recordó Brian con dolor y señalando a Oliver—, ¿es con él?

—¡No, Brian! Te lo dije para que dejaras de atosigarme.

Se quedó boquiabierto, no se lo podía creer. Rachel se puso firme, estaba muy irritada por su reacción.

—¿Por qué lo hiciste? —La tristeza en la voz de Brian no se podía ocultar, aunque lo intentó.

—Porque me agobiabas y necesitaba espacio.

La expresión de Brian cambió a contrariedad.

—Sube al coche, Rachel. Lo discutiremos más tarde.

Ella obedeció, habían comenzado a atraer miradas curiosas y no era lugar para ciertas conversaciones. Brian se dirigió al rubio con un tono de voz bajo y amenazante.

—Esta es la última vez que te metes en nuestras vidas, Kyle Oliver. Se te ha acabado el chollo.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás amenazando?

—No. Pero es un hecho que vas a volver a cruzar el charco y a no pisar este continente jamás —le prometió desde muy cerca pero sin tocarle y solo para que él pudiera oírlo.

—*Tu es un enfoiré!* —lo insultó el Duque en francés.

—Soy un cabrón, te lo concedo, pero estoy hasta los huevos de verte merodear cerca de las mujeres de mi familia.

—Te denunciaré, no tienes derecho a tratarme así.

—Vete a la mierda.

—Toda mi carrera y mi vida están construidas aquí —se inquietó Kyle que leía la verdad en el capitán de policía. Echó una ojeada fugaz a Rachel con desilusión, apreciaba su amistad, y luego volvió la mirada a Brian—. Organiza un encuentro con Isabella y prometo alejarme para siempre.

—¿Crees que aceptará? —se mofó Brian con un rictus amargo en los labios—. Ni lo sueñes, Oliver.

—Necesito pedirle perdón, me pesa en la consciencia todo lo que sucedió entre nosotros. No soy mala persona, como te afanas en creer; la amaba y perderla me era insoportable.

—Si, y escucha bien lo que digo, si accediera a verte, te apartarás y dejarás en paz a Rachel —insistió—. Porque si no cumples con tu palabra... —amenazó en un tono más duro—, *bye bye* Estados Unidos.

—Tienes mi palabra.

~

Rachel contempló la escena con desconfianza desde el coche, pero esperó a que Brian subiera al vehículo y se dirigieran a comisaría para echarle la bronca.

—¿Es que no piensas pedirme disculpas?

—¿Yo? —Soltó una risotada con total incredulidad—. ¿Por qué?

—¡Por montar una escena de celos! Kyle es un buen amigo, me apoya muchísimo. Su amistad es muy valiosa para mí.

Brian exhaló una maldición.

—No estoy celoso del Duquecito de los cojones, y no es un buen hombre, como crees tan ciegamente. No dudes que a la menor oportunidad intentará colarse entre tus piernas —le advirtió—. No te quiero ver con él, Rachel. Jamás. No lo soportaría.

—No hay pruebas de lo que me contaste de él. —Rachel rechazaba la idea de que había violentado de Isabella en el pasado.

—Me duele tu desconfianza. Confías más en ese imbécil que en mí... Me ha solicitado ver a Bells, para pedirle perdón —le contó con mosqueo—. Pero bien.

—¿Bien qué?

—Déjalo, no quiero discutir. Estamos llegando y te espera una dura experiencia.

Ella le pasó una mano por el pelo, viéndose atraída por el brillo de las grapas.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —quiso saber.

—Nada importante.

Ella frunció el ceño, preocupada, pero no volvió a abrir la boca hasta

llegar, necesitaba intentar relajarse un poco. Y Brian estaba distante, frío como un trozo de hielo, y la manera en que apenas la miraba no era normal. Estaba acostumbrada a ser su centro de atención más absoluto. Ni siquiera había intentado robarle un beso.

Ella pasó la punta de un dedo por su mandíbula.

—No me gusta discutir.

Él agarró su mano y la bajó con un suspiro.

—A mí tampoco.

Rachel se mordió el labio con inquietud mientras Brian descendía del coche e iba a abrirle. Su actitud era tan extraña...

La condujo con formalidad hacia la zona de ascensores.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó ella. La ansiedad se filtraba en su voz.

—Te meterán en una habitación donde podrás ver sin ser descubierta a varias mujeres numeradas; se parecerán entre sí, así que no tengas prisa. Obsévalas bien, Rachel, y cuando estés segura de reconocer a la persona que te atacó, señálala, ¿de acuerdo?

—Sí.

Ella lo miró hasta que su reserva se desvaneció poco a poco. No sabía qué estaba pasando en su interior. No parecía ser solo una sensación, sino una miríada de temores, desilusiones, dudas y anhelos. Y ninguna de aquellas emociones dominaba sobre las otras. Estaban tan mezcladas y confundidas que Rachel tuvo que hacer un gran esfuerzo por aislar alguna y aferrarse a ella. Sin saber qué hacer, extendió la mano esperando a que Brian se la cogiera, y lo hizo sin titubear, entrelazando sus dedos, dándole un leve apretón, su calor y la fuerza que en ese momento necesitaba.

—Señora Hamilton, me alegra volver a verla —la saluda el capitán que reemplazaba a Brian temporalmente—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias.

—Acompáñeme, es por aquí. —Señaló la puerta del fondo.

—¿Vienes? —le preguntó Rachel a Brian al percibir que su mano se escurría de la suya.

—Estaré al otro lado; no puedo interferir, es la ley.

—Yo... —El miedo de Rachel estalló de pronto.

—Tranquilízate, ven aquí.

Brian la atrajo y la abrazó.

—Respira profunda y lentamente, nena. Muy bien, repítelo. Cierra los ojos un instante.

—Pero estamos rodeados de gente —cuchicheó en su cuello.

—Me importa un bledo.

Rachel le hizo caso y durante un par de minutos se quedaron así, abrazados, hasta que se sintió mejor y pudo apartarse de él.

—Vale. Hagámoslo, estoy preparada.

La sala donde fue conducida no era muy grande, no obstante, un inmenso espejo falso ocupaba gran parte del lugar y le permitía ver la habitación adjunta. El agente Ryan también estaba presente y le transmitió con los ojos calma y valor.

—Cuando quiera, señora Hamilton, doy el aviso.

—Hágalo ya, por favor —respondió con los nervios a flor de piel.

Con el corazón martilleando en su pecho, Rachel escudriñó la fila de mujeres que entraban en la habitación al otro lado del espejo. Se posicionaron de frente, sosteniendo un número escrito en una pizarra, todas vestían similares y sus apariencias también lo eran, incluso el color de los ojos.

Dio un paso adelante, observando a cada una de ellas con cuidado. Las mujeres esperaban atentas y sumisas, algunas con indiferencia, otras con impaciencia, pero hubo una en particular que puso a Rachel los pelos de punta.

Era alta y corpulenta, con la piel muy pálida y el pelo castaño y denso.

Los iris de los ojos eran dispares, uno celeste y el otro marrón. Casi podía vislumbrarla en sus recuerdos, ver cómo sacaba una jeringuilla del bolsillo de su abrigo y la amenazaba con ella con aquella expresión demencial y furiosa.

Era ella, su atacante.

Rachel sintió que los músculos de su estómago se tensaban.

—Es la número tres —afirmó sin duda alguna.

—¿Está segura, señora Hamilton? Tómese su tiempo.

—La recuerdo perfectamente, y lo que me dijo. —Ansío estar en otra parte, pensó Rachel, estremeciéndose.

—¿Qué?

—Que yo era la distracción que necesitaba para alejar a mi marido; él estaba demasiado cerca de descubrir algo... —Rachel se llevó las manos a las sienes y las masajeó con agitación—. Lo siento, me duele la cabeza, no recuerdo mucho más. Es muy confuso.

—Es suficiente. Gracias, señora Hamilton.

Cuando Rachel se dio la vuelta se dio cuenta de que Brian había entrado y se mantenía apartado observándola con una mirada tan carente de emociones que le dio escalofríos.

Parecía estar preparándose para la guerra.

—Llévame a casa —le solicitó ella.

—Te van a acompañar dos agentes.

—Quiero que seas tú —insistió yendo a su encuentro con decisión—, por favor.

Brian asintió como saliendo de un trance, y poniéndose en movimiento, enlazó su cintura acercándola a su costado. Rachel lo necesitaba en muchos

sentidos, a él, su marido, su compañero, su amante y mejor amigo.

Incluso con muchas partes de su vida en común borradas, recordaba lo suficiente para saber que era y siempre había sido lo más importante para él desde que se conocieron.

Y su amor era real, apasionado y sincero.

—¿Por qué lloras, Rachel? La has identificado, irá a la cárcel, ella y su hermano.

—¿Hermano? —Rachel ni siquiera se había dado cuenta de que había comenzado a llorar. Se pasó los dedos bajo los ojos restañando las lágrimas que escapaban sin control.

—El agente Mont —le reveló Brian con la voz contenida.

La llevó directamente a su antiguo apartamento.

—Gracias a ti, los dos serán arrestados y buscarán descubrir cuál es la relación conmigo.

—¿Qué investigabas cuando me atacaron?

Brian se lo contó a regañadientes, era un caso difícil.

—Llevaba meses tras el Asesino de la túnica, aún no sabemos quién es; hay una mujer desaparecida y una niña pequeña que espera el regreso de su madre.

—Dios mío —lamentó Rachel.

Dejaron el coche aparcado en la calle y se dirigieron al portón. Brian sacó sus llaves por costumbre, abrió y la acompañó, apreciando los cambios que había hecho Rachel en su antigua casa nada más entrar.

Se le formó un nudo en la garganta.

Habían vivido muchos años allí, compartido momentos inolvidables. El nacimiento de sus hijos, los cuentos leídos con luz tenue, los susurros de amor y las caricias en la intimidad de su habitación, la complicidad, los despertares sensuales.

—Me gusta que se vea otra vez acogedor.

—A mí también, estaba muy vacío. —Rachel le sonrió como antaño.

Ella le hizo una señal para que se dirigiera a ver las habitaciones y obedeció muerto de curiosidad. Sabía que los niños no estaban allí, se encontraban con los abuelos maternos. Contempló las dos pequeñas camas, Aarón ya no necesitaba cuna, pero sí una barrera de protección, la cual estaba puesta. Había muchos juguetes y peluches nuevos.

Brian tragó saliva, dudando si ir a husmear a su antigua habitación de matrimonio.

—Entra, esta casa es tanto tuya como mía.

Le echó una mirada sobre el hombro, inseguro.

—No creo que deba...

Ella asintió con ganas, ruborizándose. Brian conocía esa manera que tenía Rachel de actuar, la había añorado y anhelado por mucho tiempo.

—Sí que debes, ven. —Lo cogió de la mano y lo llevó al interior de la habitación.

Brian ignoró la enorme cama donde tenía ganas de echar a Rachel y hacerle el amor toda la noche, y posó sus ojos con culpabilidad en esa hermosa mujer, el amor de su vida.

—Lo siento —se disculpó—. Terminamos, ¿recuerdas?

—¿Y eso nos impide compartir algo ahora?, ¿crees que es mala idea?

—Por Dios, Rachel. Vas a matarme. —Suspiró—. No creo que sea mala idea, pero ha habido tantos cambios en nuestra vida que no sé si... —se calló, perdiendo el hilo de lo que estaba diciendo.

Se había quedado embelesado, atraído sin remedio.

Rachel se había quitado el abrigo e iba desabotonando la camisa de seda; Brian se vio cautivado por las puntas fruncidas de sus pezones que lo apuntaban directamente y gimió dejando caer la cabeza hacia adelante.

«¿Por qué ahora?»

—Brian —pronunció Rachel, acercándose—, ¿qué te pasa?

—¿Por qué sí me deseas ahora? —curioseó sintiéndose culpable.

La observó con intensidad, buscando descubrir lo que había cambiado.

—Te necesito, te deseo. He descubierto que bajo toda esa rudeza y caparazón que llevas continuamente puesto, eres un hombre que me fascina y al que echo de menos; eres un padre atento y sé que te lo he hecho pasar mal, y lo lamento, pero si quieres... ¿podríamos intentarlo de nuevo? —declaró con timidez.

Brian suspiró, pasándose las manos por el pelo con nerviosismo, pues debía confesar lo inimaginable a la mujer que amaba.

—De verdad, Rachel, ahora sí que quiero morir.

—Pero ¿por qué dices eso?

Buscó sus ojos con interrogación y Brian sacudió la cabeza con remordimiento.

—No puedo ni mirarte de lo mal que me siento, Rachel... Hay otra mujer. Perdóname por no esperarte, por caer en la tentación y dejarme llevar. No aguantaba más, sin ti, sin nosotros. Ella llegó cuando menos lo esperaba, dándome consuelo, liberándome —intentó explicarle con la voz forzada y muy afectado por lo ocurrido—. Tú no parabas de rechazarme, de no quererme ni amarme, de pedirme el divorcio, de separarte a todos los niveles. Yo, maldita sea, me dejé llevar.

Rachel se angustió y ahogó un chillido de consternación, y llevándose una mano al pecho retrocedió un paso.

—Cállate, por favor, ¡cállate! —le suplicó con estupor.

—¡Perdóname, Rachel!

Brian cayó arrodillado, aferrándose a las piernas femeninas.

—¿Cómo se perdona eso? ¡Dímelo! ¿Cuenta como una infidelidad al estar

divorciados? Creía... ¡No, tú me juraste que me amabas una y otra vez! —le recriminó con fiereza y dolor—. ¿Por qué, Brian? ¿Por qué lo has hecho?

—Ay, Señor, no lo sé. Te amo con todo mi corazón, eres mi razón de ser...

—¡Eso no te impidió acostarte con otra! Besarla y hacerla tuya —le gritó, intentando separarse de él.

—Castígame, Rachel, pégame, ¡te lo ordeno!

—¡A mí no me ordenas nada, engreído y prepotente! —contradijo con un nudo atravesándole la garganta y furiosa.

Cuando Brian levantó el rostro con los ojos llenos de lágrimas, la mano de Rachel se estampó contra su mejilla con tal fuerza que lo apartó de ella. Se sentía acalorada, enervada y tan cabreada que estaba considerando la oferta.

—Mírame a los ojos, Brian, ahora —le exigió.

Clavó los ojos sobre él y ahí estaba, pensó Brian, su fierecilla de mujer en acción; lo contemplaba irascible al mismo tiempo que se desvestía y se puso duro al instante.

—Prometo amarte apasionadamente, en todas las formas ahora y para siempre; prometo nunca olvidar que este es un amor para toda la vida y saber siempre que, en lo más profundo de mi alma, no importa qué nos pueda separar, siempre nos volveremos a encontrar el uno al otro —recitó de memoria sus votos matrimoniales.

Rachel hizo un gesto de negación con el dedo índice y resopló.

—Rompiste los votos y no pienso permitir que olvides quién es tu mujer y lo que has perdido.

Rachel dejó a un lado la ropa, seguida de la lencería.

—Pediste el divorcio, te fuiste lejos de mí llevándote a nuestros hijos, mi alma, nuestra vida, mi todo —le reprochó deprimido, poniéndose de pie e imitándola, retirando cada prenda con manos ansiosas—. Me hiciste daño, rompiste mi corazón.

—Y tú me agobiaste, mandón y cavernícola. ¿Cómo iba a recordar que te amaba cuando apenas recordaba a nuestros hijos?

—Porque te amo como nunca he amado a nadie, y tú siempre lo has dudado, no me has dado la oportunidad de enseñártelo, te has dejado influir por tu madre y ese puto de Kyle. ¡Odio lo que nos han hecho! Éramos felices, Rachel, y mucho.

—Sí, ya no tengo dudas.

Maldición, no debería haber ido. Eso era insoportable. Levantó la mirada y vio la ardiente necesidad en sus ojos anegados de lágrimas, como una oleada de electricidad para su propio deseo.

—Maldito seas —musitó ella—. No sé por qué te quiero tanto y te odio a la vez.

Entonces Brian fue rápido en levantarse para llegar hasta ella, capturando su boca con una urgencia hambrienta. La besó con pasión mientras le pasaba un brazo por debajo del cuerpo y siguió besándola con un anhelo tan crudo que por un momento temió asustarla. Pero todo pensamiento racional se esfumó cuando Rachel le rodeó el cuerpo con el otro brazo reaccionó buscándolo a él, y como si tuviera voluntad propia se arqueó con avidez. No era solo voracidad, sino hambre por Brian, a quien se había unido en muchos sentidos.

—Lo siento, nena. —Las palmas le cubrieron los pechos y buscó sus ojos: respetuoso y un cuerno, no podía refrenarse y Rachel no se quejaba de dolor, al contrario, gemía cuando le pellizcaba ligeramente sus pezones, más duro, haciendo rodar los picos entre sus dedos.

Rachel cerró los párpados cuando el placer la inundó.

—Mírame.

Ella obligó a sus ojos a abrirse, poniéndose tensa cuando la mano de él se movió hacia su intimidad, deslizándose entre sus pliegues empapados para hallar aquel brote de locura. El disparo de absoluto deleite fue casi doloroso, inesperado, y pronunció un sonido de asombro y sorpresa que no pudo reprimir.

No lo perdió de vista, su expresión vulnerable y sincera delante de ella.

—Te extrañé muchísimo —susurró Rachel—. Y me sentí muy sola. — Tenía lágrimas brillantes que se iban desbordando—. Tú eres mío.

Él le acarició la mejilla, atrapando las perlas saladas, reconociendo su necesidad.

—Y tú, mía.

—Ya no... —sentenció Rachel.

Brian sollozó de dolor al escuchar esas dos palabras. Aferró el cabello de ella dentro de su puño, tirando de su cabeza hacia atrás para que levantara la vista hacia él. El amor en sus ojos no encubría la determinación, ni el puro acero de su carácter.

Esa era su Rachel, la mujer de la que estaba enamorado tan perdidamente.

Retiró la mano de sus pliegues y la atrajo a su cuerpo, alzándola por el culo y acomodándola sobre su erección, que como una vuelta a casa encontró el camino y se deslizó en su interior haciéndolos suspirar al unísono.

Rachel se aferró a sus hombros y enroscó las piernas en torno a su cintura.

—No me dejes caer.

—Nunca —le prometió con seguridad.

Él la besó por cuello y rostro y ella le tomó la cara con decisión. La respiración de él se aceleró y Rachel jadeaba en éxtasis.

—Quiero que sepas una cosa —deseó Brian—. No se me había ocurrido que pudiera pasar algo así entre nosotros otra vez, no hasta...

—¿Hasta? —preguntó ella entre inhalaciones.

—Hasta esta noche cuando me dijiste que me necesitabas. Esto no tiene por qué terminar, Rachel. Dime que me quieres... que vuelva.

—¡No! Brian... —se impacientó—, ¡hablas demasiado!

Gimió desesperado por comunicarse con ella, para que entendiera cuánto la amaba, pero terminó por mantener la boca cerrada y se dedicó a amarla con su cuerpo.

Por un momento, mientras estuvieron unidos, todo se detuvo. Se quedaron inmóviles con los ojos clavados en los del otro y deleitándose con esa fusión completa y perfecta.

La besó en la boca con desenfreno y empezó a ondular las caderas con delicadeza primero y con anhelo más tarde hasta que todo se precipitó. Ella le hundió los dedos en los hombros donde sus uñas dejarían marcas, pero no le importaba. Rachel arqueó la pelvis y su interior palpitó con júbilo al ser inundado por su esencia. Él se había vaciado para acompañarla en el éxtasis tan sublime que estaban viviendo.

Brian acabó sentándose en la cama y con cuidado le dio la vuelta para acostarla y seguir sobre ella, sin dejar de abrazarla y volviendo a introducirse en su sexo, con los labios en el cuello femenino y los de ella en su hombro; sus cuerpos subían y bajaban por las respiraciones entrecortadas y estaban húmedos de sudor.

—Esto es una despedida —le anunció Rachel con suavidad pero con determinación.

La realidad brotó antes de que él pudiera pensar una respuesta. Le apartó el pelo de la frente con cuidado, afectado.

—Eres muy especial, Rachel —susurró—. Nunca me lo imaginé... — Brian no pudo acabar de hablar, la conmoción lo ahogaba.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo sé, y te quiero por tu franqueza. Gracias por decirme la verdad. No me hace feliz que me hayas engañado, pero comprendo que te llevé a ese punto.

—No lo hiciste. Son las circunstancias, un error que jamás me perdonaré.

—Quería que me hicieras el amor esta noche, lo necesitaba en muchos

sentidos. Gracias. Me has hecho gozar como nunca, creo.

—Eres una chica mala. —Sonrió Brian con tristeza—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Tú fuiste la diferencia. Amarte ha sido una síntesis perfecta entre soñarte miles de veces y encontrarte en la vida cotidiana... Eres más de lo que podía tener, y tuve que aprenderlo de la peor manera.

—Es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

Él le rozó los labios con los suyos. «Porque no recuerdas todo lo que te decía», rumió Brian.

—¿Estoy aplastándote? —le preguntó.

—No. No te muevas, no quiero dejar de sentir que soy parte de ti un poco más.

No pudo evitar volver a excitarse y Rachel no se resistió ni lo rechazó.

Fue lento y mucho menos desenfrenado, fue una despedida lánguida y llena de significado, con besos que hablaban de despedida, de distancia y de corazones rotos.

## Capítulo 22

Brian se encontró tan molesto consigo mismo que mandó a la mierda todos sus pensamientos, inquietudes y su roto corazón.

Rachel había reaccionado de una forma inesperada ante la confesión de que se había acostado con otra, lo había pillado desprevenido, y lo peor fue que había podido percibir un atisbo de la mujer de la cual se enamoró, años atrás. La leona fiera y audaz que sabía cómo ponerlo a cien en un segundo, la que tomaba lo que ansiaba y necesitaba y la que, irremediablemente, había perdido.

Iba listo si creía que no iban a tener repercusiones sus actos; después de tantos meses de dolor y soledad, sencillamente, no aguantaba más ese tormento. No lo resistía.

Firmó los papeles del divorcio al día siguiente y los envió con mensajero al abogado de Rachel.

Prefería dejarla libre, la amaba demasiado que seguir agobiándola.

La solicitud de cambio de destino había llegado aprobada, era algo que había estado pensado desde hacía un tiempo y ahora era el momento idóneo.

Abandonar Nueva York para volver a sus raíces, Santa Mónica, y estar cerca de sus padres era la mejor opción.

Si se quedaba iba a ir tras las personas que le habían destruido la vida por codicia, cobardía y a saber qué otros motivos retorcidos más.

Iba a enloquecer del todo, y no quería perder la poca cordura que le quedaba.

«¿Cenas con nosotros esta noche?»

Recibir un mensaje de Kira lo sorprendió, pero agradeció la invitación y

aceptó. Su hermana era muy intuitiva y necesitaba a su renacuaja más que nunca. Antes de pasar por una floristería, para comprar un ramo de flores e ir a por una buena botella de vino, había un asunto que tenía pendiente.

Había quedado con Bells. Tras llamarla y explicarle la situación de Kyle, ella había aceptado después de haberlo meditado unas horas, y seguramente de hablarlo con su marido. Ir a ver a tu exnovio tras lo que le había hecho no era un situación fácil, ya que había pasado página hacía muchos años.

—Hola —saludó Bells.

Se dieron un breve abrazo y Brian analizó su comportamiento, porque a la menor señal de incomodidad, anularía el encuentro.

—Hola. ¿Estás segura de querer verlo? Solo dímelo y nos vamos.

—Estoy bien y sé defenderme. —Le devolvió una mirada convincente donde no había ni miedo, ni rencor.

—No me hace gracia que lo veas, lleva años intentando contactar contigo.

—Lo sé, su consciencia no lo dejará tranquilo, y si con esto se da por perdonado, pues mejor.

Brian resopló.

—¿Se puede perdonar lo que te hizo?

Isabella no apartó los ojos de él.

—Aunque no es una excusa, yo lo llevé al límite. Que reaccionara con violencia y celos desmedidos no lo hace mejor persona. Conozco a Kyle, sé que en el fondo estará carcomiéndose y necesita saber que le perdono.

Comenzaron a caminar en dirección al estudio de fotografía y Brian hizo ademán de acompañarla, pero ella lo detuvo.

—Quédate aquí, por favor. Esto tengo que hacerlo sola.

—Bells —exhaló a modo de queja.

—No, Brian. No voy a tardar y no va a pasar nada, solo será un breve

intercambio de palabras.

—De acuerdo —aceptó, pero porque sabía de lo que ella era capaz y eso lo tranquilizaba un poco.

~

Cuando lo conoció, Kyle ya comenzaba a ser famoso por su talento como fotógrafo profesional e Isabella se estaba formando para ser agente de policía. Fue un encuentro casual que desembocó en una amistad que ambos necesitaban. Terminaron por compartir piso y los sentimientos pronto se vieron involucrados dando lugar a celos, discusiones y una realidad tan aplastante como descubrir que ella nunca lo amaría como al hombre que hoy era su marido. Fue un final catastrófico y violento.

Isabella se adentró en el estudio con estoicismo. Leyó el letrero de horarios y eso confirmó que estaría a punto de cerrar. Él desconocía que iba a ir, ya que no había confirmado nada.

Empujó la puerta de cristal y enseguida repiqueo una campanilla. Se detuvo cerca de recepción y sus ojos fueron atraídos por el trabajo de Kyle, que colgaba de la pared; dio varios pasos para verlo más de cerca. Siempre tenía un no sé qué que destacaba, cautivaba. Había adaptado su talento a fotografías más personales que cobraban vida propia.

—¿En qué puedo ayudarla? —sonó su voz a su espalda.

Se dio la vuelta para enfrentarlo sin sonreír ni saludar.

—Kyle —pronunció ella con formalidad—. Tu insistencia en encontrarte conmigo es un poco ilógica con los años que han pasado.

La figura de él se había quedado estática, observándola con sorpresa e incredulidad.

—Isabella, estás aquí.

—Sí, he venido. ¿Te sorprende?

—Mucho. No esperaba que accedieras a verme...

—A cambio de dejarnos en paz a todos, Brian fue claro. Tu amistad con Rachel es un pretexto para intentar acercarte a mí —acusó sin dilación.

—Es verdad en parte. ¿Puedes culparme? Pero aprecio mucho a Rachel. Jamás me perdoné el daño que te hice... —Iba estudiándola, repasando esos cambios que solo se adquirirían con la madurez.

—Kyle, no soy una modelo. Deja de mirarme como si quisieras fotografiarme.

—Lo lamento, es la costumbre —se disculpó sin sentir vergüenza. Se enderezó y dio un paso hacia ella—. Isabella, no pasa ni un solo día sin que sienta la culpa aplastarme un poco más. Te pido disculpas, no merecías ser tratada como lo hice —le dijo con la más absoluta sinceridad y bajando la vista al suelo con torpeza.

—Te perdoné hace muchos años, Kyle —dijo Isabella, atrayendo toda su atención—. Por eso no te denuncié, ni hice constar lo que sucedió. Sé que en el fondo eres buena persona, eso no lo dudo. Pero tienes que dejarlo atrás, nada ganas con remordimientos. Yo estoy en paz, ¿puedes estarlo tú?

Se quedó mudo un instante.

—Ahora sí... Gracias, Isabella.

~

Brian llegó al barrio Italiano un poco más temprano de lo acordado y decidió subir directamente, detectando que el cierre de la puerta de abajo estaba otra vez roto. Se preguntaba sobre la conversación había mantenido Isabella con el Duque, que tras verla a la salida del estudio no parecía afectada ni cambiada. Ella le comentó por encima sobre ello y la pronta salida de Kyle de la vida de Rachel. Si tenían una asociación juntos, él iba a desentenderse de ella por temas de trabajo. O esa es la excusa que iba a dar.

Lo aliviaba saber que se alejaría, jamás le gustó ese francés. La acompañó al aeropuerto, donde tenía que tomar un vuelo para cumplir con su trabajo y la despidió con un abrazo afectuoso.

Llamó al timbre, escuchando a través de la puerta el llanto de Mía Rose.

—¡Ya voy! —contestó Kira.

—Soy Brian, no te apures.

—Ya está, pequeña, mamá está aquí. —Abrió la puerta al mismo tiempo que arrullaba a su hija.

—Hola, grandullón. Nos alegra verte.

Se dieron un abrazo y Brian se inclinó a besar la cabeza de su sobrina.

—Hola, llorona, ¿le estás dando guerra a mamá? —Mía Rose lloriqueó con impaciencia.

—Tiene hambre, está buscando atrapar el pezón a través la camiseta... — Se rio Kira.

—Aliméntala, ve, ya me ocupo yo de cerrar.

—Gracias, ¿puedes echarle un ojo a la cena?

—Claro, enana. ¿Sabes que el cierre de abajo está roto?

—Sí, Steve debía pasarse a hablar con el conserje.

Mientras Kira iba a instalarse en el sillón con una impaciente Mía en busca de su pecho, Brian fue a la cocina, echó un vistazo a la cena que había en el horno, buscó un jarrón y puso las flores en agua.

Dejó la botella de vino sobre el plan de trabajo que había en la encimera y fue a la zona del comedor. Sintió la mirada de su hermana escrutarlo al acercarse al gran ventanal acristalado desde el que se podía observar el barullo de la calle.

—¿Dónde está tu marido?

—Fue a comprobar un dato de última hora, pero prometió estar de vuelta para la cena.

—No sé si he hecho bien en venir, no soy muy buena compañía, Kira.

Su hermana colocó a Mía sobre el hombro para que eructara y se levantó, dirigiéndose a él mientras frotaba con suavidad la espalda a su hija.

—No digas tonterías. No tienes por qué hablar si no lo deseas, solo es una cena, ya sabes, alimentos, bebida, un bebé que llora cada dos por tres. Cosas corrientes. —Le sonrió con afecto.

Brian le devolvió el gesto sin humor.

—Eso puedo hacerlo.

—Bien. —Se acercó e hizo que se inclinara para poder besar su mejilla —. Gracias por las flores y el vino, voy a cambiar el pañal de esta señorita y a acostarla. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo.

Observó cómo Mía intentaba mantener los ojos abiertos sin mucho éxito de camino a la habitación en brazos de su madre y eso le hizo anhelar sus propios momentos padre e hijos. Estaba feliz por su hermana, contemplar cómo había rehecho su vida lo colmaba de satisfacción.

¿Él también tendría una segunda oportunidad en la vida? Lo dudaba. Era hombre de una sola mujer; incluso si la había jodido en todos los sentidos, nunca jamás volvería a amar y entregar su corazón como lo había hecho con Rachel.

Su cuñado frunció el ceño al llegar, preocupado de verlo tan distraído.

—¿Dónde tienes la cabeza?

—En el culo, tenlo por seguro —ironizó Brian con grosería.

Steve ignoró su malhumor, lo conocía muy bien y sabía lo mal que lo estaba pasando.

—Lamento lo de Rachel. —Steve le apretó el hombro ofreciéndole su apoyo.

Brian asintió agradecido y suspiró.

—No hay vuelta atrás, la he pifiado.

—No pierdas la esperanza...

—Me acosté con otra y se lo confesé a Rachel; fue tan violento que no podía mirarla a los ojos —le reveló, necesitaba hablarlo con alguien que no lo juzgara.

—Mierda, tío.

—De mierda hasta el cuello —aceptó Brian con una mueca—. Lo peor es que Rachel estaba tan furiosa que me echó un polvo de despedida, y fue tan glorioso como irreal. Ahora sé que la he perdido para siempre.

—Joder. No sé qué decir, lo habéis pasado mal, estabais separados desde hacía meses. —Steve estaba atónito—. ¿Quién fue la afortunada en cortocircuitarte el cerebro?

Anderson lo observaba sin dar crédito a lo que le contaba.

—No lo vas a creer —suspiró Brian, que desvió la mirada con vergüenza—, es la cirujana que te salvó la vida.

La risa llenaba los ojos del detective, que terminó por soltar una risotada entrecortada seguida de una tos ahogada, intentando así parecer serio, pero sin mucho éxito.

—¡Joder, tienes razón, no puedo creerlo!

—¿Le has sido infiel a Rachel? —intervino Kira, que por lo visto había oído lo último de la conversación.

Brian se sintió humillado y enrojeció con violencia.

—No soy ni nunca seré perfecto, enana. Rachel me dijo que salía con otro hombre, y me lo tomé al pie de la letra.

Kira sacudió la cabeza contrariada, pero no dijo más.

Después de la cena, se ocuparon de recogerlo todo y se instalaron en la zona del comedor mientras Kira atendía a su hija, que había vuelto a despertarse. Luego llevó una caja de cartón y repartió el contenido sobre la mesa: fotografías y recortes de periódicos.

Se arrimó y se sentó a su lado, entendiendo lo que pretendía hacer y

decidido a ayudarla.

—Comprendo que estés decepcionada conmigo, Kira. —Suspiró sintiéndose derrotado—. Fracase con Rachel, nunca me la he merecido. Que haya pasado tantos años a mi lado ya es un milagro.

Kira giró la cabeza y medio cuerpo para poder estar cara a cara, con solemnidad y tranquilidad.

—Brian, nadie es perfecto en este mundo. Eres humano, y te recuerdo que yo me convertí en mi propio infierno tras la muerte de Jack —pronunció tocándole el antebrazo, sus ojos brillaban con la sabiduría de las experiencias pasadas—. Me sentía aturdida desde hacía meses, abrumada y estresada, y solo estaba buscando a alguien que hiciera que dejara de estar tan desconsolada, que me diera amor y una buena charla, y tú lo hiciste cuando te diste cuenta de lo que pasaba con Steve y descubriste mi embarazo. Me diste batalla y no me dejaste abandonar mi búsqueda de la felicidad.

—A los dos nos ayudaste —coincidió Steve acercándose a su mujer con una sonrisa ladeada, e hizo que inclinara la cabeza una poco hacia atrás para besarla con dulzura.

Brian cerró los párpados un instante, se sentía avergonzado.

—No hice mucho.

—Sí, lo hiciste —insistió Kira, que lucía toda ruborizada—. Si el ser humano fuera perfecto, la gente se aburriría. Crees que cometiste un error, pero no lo es, estabais separados y con el divorcio pendiente de ser aceptado. Es culpabilidad, no un error. Quítatelo de la cabeza.

—Todos en algún momento de nuestras vidas llegamos a pensar que no tenemos ningún rumbo. Y es normal, está bien. Nos permite reubicarnos y avanzar —le dijo Steve con aprecio.

—Pero es que yo lo tenía todo para ser feliz. Y tuvo que llegar un imbécil a fastidiarlo, ¿por qué razón? Me jode.

—Envidia, celos —intervino Steve, que se había sentado con ellos tras acostar a su hija ya dormida—. Sabes que el agente Mont la tenía tomada

contigo desde hace años; según lo veo, le quitaste el poder de hacer lo que quería y cuando quería, lo tenías vigilado de cerca y él lo sabía.

—Puto policía corrupto —masculló Brian—. Pero aún no entiendo por qué hacerle daño a Rachel, de qué le servía eso. Tiene que haber algo más, estoy seguro.

—¿Para quitarte de en medio? —sugirió Kira—. Si no te tenía merodeando en sus asuntos, se vería libre de actuar, ¿no?

—Lo odio, juro que si me permitieran acercarme a él le haría pagar por lo que hizo —prometió con frialdad.

—Por eso te han apartado del caso, estás demasiado implicado a nivel personal para poder hacerte cargo, y lo sabes.

Brian asintió hacia Anderson, claro que tenía razón. Ojeó las fotografías de la graduación de Kira, de su paso por la universidad para distraerse de los pensamientos homicidas que se le pasaban por la cabeza. Iban por orden, con un álbum vacío a un lado, como si Kira no hubiera tenido tiempo de arreglarlo. Alcanzó a ver la sonrisa de su hermana que posaba en un gran pasillo donde se exponían varios cuadros pintados... Brian frunció el ceño al notar algo raro.

Miró con más detenimiento la fotografía.

—¿No tienes una lupa a mano, detective? —preguntó Brian por casualidad.

—En mi despacho.

Fue a buscarla y se la pasó, esperando descubrir qué había atraído la atención de su cuñado, que examinaba la imagen con escrúpulo.

—¿Qué has visto, Brian?

—Míralo tú mismo; dime lo que ves en ese cuadro a la derecha de Kira.

Steve lo examinó con minuciosidad, se veía claramente un lienzo pintado en tonos rojos con palabras escritas en un tono más oscuro. A primera vista no tenía sentido y buscó los ojos de Brian.

—Es una obra de Jasón Wallace —dijo Kira después de echarle una mirada—. Recuerdo que nos encontramos en Central Park; era un trabajo de universidad que posteriormente fue expuesto en los pasillos. Él es o era el novio de Brook, al menos en aquel entonces, aunque no sé si siguen juntos. Yo tuve que hacerme cargo del discurso, ¿recordáis?

Kira parloteaba mientras Brian iba haciendo girar los engranajes de su cerebro y Anderson descifraba a dónde quería llegar con aquel cuadro.

—Es hora de irme, se hace tarde —improvisó Brian, necesitaba comprobar al tal Jasón.

—No es tan tarde —protestó Kira con sorpresa.

—Déjame ojear la base de datos desde aquí —terció Anderson, adivinando lo que pretendía hacer.

—¿Tienes acceso?

—Veamos qué encuentro, subamos al despacho.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —preguntó Kira por completo confundida.

—De un caso sin resolver, igual no es nada...

—O igual es muy importante —completó Steve. Los presentimientos de su antiguo jefe y ahora cuñado no eran algo que se debía ignorar, jamás.

Se miraron con intriga.

—Compruébalo o no podré dormir.

Steve asintió y subió al despacho con rapidez.

—Brian —se inquietó Kira—, ¿qué es lo que pasa? No me dejéis al margen, lo odio, y me da mala espina vuestra actitud en modo trabajo urgente.

Brian tomó aire.

—De acuerdo. A ver, te explico, cuando he visto el cuadro y la forma de las letras pintadas me ha dado una corazonada, ya que los trazos se parecen

mucho a los mensajes que deja el Asesino de la túnica en las escenas de los crímenes. Igual es una idiotez y las ganas que tengo de pillarlo, pero prefiero comprobarlo para estar seguro.

Kira abrió los ojos con asombro y apoyó la palma de su mano en el pecho de su hermano.

—Sigue tu corazonada, sube con Anderson. Voy a preparar café.

—Gracias, hermanita.

Brian subió los escalones de dos en dos, impaciente y alerta.

—¿Has encontrado algo?

—La dirección de su madre; está al día, ni una multa de tráfico ni nada. Cobra una pensión de viudedad desde hace más de veinte años, no ha tenido más hijos.

—¿Qué más? —lo apremió Brian.

—Jasón Wallace trabaja para una empresa de transporte urgente desde hace cinco años.

—Lo que le permitiría desplazarse por la ciudad sin ser visto —conjeturo Brian—. Transportar un cadáver en un furgón pasaría desapercibido.

—Pero lo habrías detectado en las cámaras de seguridad de las zonas donde fueron encontradas las prostitutas, ¿no?

Brian dudó, aún había algo que no encajaba en todo eso. Era una teoría con lagunas.

—Tengo que investigarlo y contrastar datos.

—¿Quedamos mañana temprano en la comisaría? —preguntó Anderson.

—Sí, a primera hora.

Brian fue a despedirse de su hermana y su sobrina con la promesa de volver pronto y salió a la fría noche invernal. Alzó los ojos al cielo encapotado donde perezosos copos de nieve bailaban por el aire. Se ajustó el

abrigo y se dirigió a su coche con un sentimiento de inquietud.

El mal presentimiento crecía y no se quitaba de la cabeza a Madison, que esperaba la vuelta de su madre, Teresa Pérez, la cual seguía desaparecida.

Tomó una profunda inspiración y la soltó dejando escapar una columna de niebla blanquecina. Hacía mucho frío y era tarde, pero no importaba cuando aquel caso le seguía tocando la moral.

Jasón Wallace, se repitió y tomó la decisión de no esperar. Se dirigió a comisaría.

No era la primera vez que iba tarde y hacía horas extras, nadie se sorprendió al verlo aparecer. Fue saludando a su paso y se encontró a Ryan, que estaba a punto de irse a casa.

—Buenas noches, capitán.

—¿Ya te vas?

—Bueno, sí, pero ¿qué hace aquí? ¿Me necesita, jefe?

—No. Quiero comprobar algo, vete ya. Nos vemos mañana.

Ryan asintió poco convencido, pero se retiró. Brian cogió el expediente del Asesino de la túnica y lo repasó desde el principio; las mujeres encontradas tenían algo en común según la depravada mente del verdugo.

Eran prostitutas, sí, y tenía acceso a ellas con facilidad, o por la universidad o por la empresa de envío urgente. Él las purificaba matándolas y liberándolas de una vida impura, ese era su retorcido cometido.

Volvió a pensar en el cuadro, Anderson le había escaneado y enviado por e-mail la fotografía. La imprimió, agrandando la imagen del cuadro y contrastó la tipografía con las frases de las escenas de los crímenes.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando vio que encajaban a la perfección.

—Hijo de puta, te tengo —masculló.

Miró la hora, era cerca de media noche y pensó con rapidez en cómo

proceder, pero el rostro de Madison se impuso en sus pensamientos, ella esperaba la vuelta de su madre.

Llamó al fiscal del distrito de guardia solicitando una orden de registro a nombre de Jasón Wallace y exponiéndole verbalmente los hechos, pero este se la negó alegando ser pruebas insuficientes. Todo ello debía ser autenticado antes por un experto y Brian sintió que se exasperaba, impaciente y cabreado con el sistema.

Buscó en la base de datos toda la información que aparecía sobre el tipo, pero se crispó al no encontrar casi nada.

Por eso llamó a Bells, que ya estaba en Washington trabajando como instructora en Quántico, un contrato de un año por la ayuda que le prometió, sin esperar nada a cambio. Había vuelto, a su modo de ver las cosas, por pura estupidez.

Pero no podía desaprovechar la oportunidad.

La necesitaba, ella tenía acceso a mucho más desde ese puesto.

—¿Brian? —respondió con tono de desconcierto y preocupación—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero necesito tu ayuda, y es urgente. Siento haberte despertado...

Pudo escuchar la voz ahogada de su hermano Mark preguntando qué pasaba.

—No te preocupes, es un tema de trabajo. Un segundo, Brian, salgo de la habitación.

—De acuerdo.

Brian se movió con nerviosismo por el despacho, echó una mirada hacia la puerta y para su gran sorpresa encontró a Ryan acomodado a su mesa de trabajo. Era obvio que había estado escuchando a hurtadillas y esperaba ser de utilidad.

—Cuéntame —le dijo Isabella.

—¿Puedes acceder entres en la base de datos del F.B.I. y busques toda la información de la que dispongan?

Le contó sus sospechas sobre el caso, las pruebas que le llevaban a creer que Jasón Wallace era el Asesino de la túnica.

—Escúchame, dame veinte minutos, vivimos dentro de las instalaciones preestablecidas para Quántico, así que pásame todo lo que tengas por e-mail y haré lo posible. ¿Decías que había una fotografía en el anuario de la universidad?

—Sí, voy a enviarte todo lo que tengo.

—Luego te contacto con lo que averigüe.

—Ok. Gracias, Bells.

Todo fue a pedir de boca, la fotografía y el material fueron enviados a Isabella en pocos minutos. Brian se masajeó las sienes y se quitó la corbata, y preparándose para proceder, se dirigió a la zona de los casilleros.

—¿Adónde vamos?

Se dio la vuelta, Ryan ya se estaba cambiando de ropa.

—Aún no lo sé, no es una operación autorizada. Solo quiero comprobar a ese tipo.

—Muy bien, pues vayamos.

Cogieron un vehículo de vigilancia y se dirigieron a la dirección que Isabella les había facilitado. Jasón vivía en casa de su madre en la zona del SoHo, se había matriculado en la universidad y había tenido diversos trabajos desde entonces, pero nada relacionado con Las Bellas Artes, si es que lo que hacía con sus víctimas no era una forma de arte para él, retorcida y macabra, desde luego, pero arte para su mente depravada.

Mackenzie también se había unido a ellos, iba de incognito por la calle; fue un gesto que Brian agradecía; la lealtad de sus hombres le llegaba muy adentro y estaba orgulloso.

Según la señal de su móvil, el tipo estaba en casa. Brian contempló el edificio con recelo, había una pizzería en la planta baja y un restaurante francés en frente. Concurrido, demasiado, se dijo.

Aquí era imposible que diera rienda suelta a sus fechorías sin ser detectado, había cámaras de tráfico en cada avenida.

—Bells —la llamó, tenía un pálpito—, ¿podrías acceder a las cámaras de vigilancia?

—Sí, pero ya lo he hecho y todo funciona perfectamente.

—¿Siempre ha sido así? ¿Puedes ver los registros?

—Dame un momento.

—Esa es la madre de Jasón —señaló Ryan.

Brian contempló a la mujer que se dirigía a la entrada del edificio sin ser consciente de que era observada.

—Mac, arrímate todo lo posible y busca a Jasón.

El irlandés asintió sin responder por voz para no ser descubierto, estaba demasiado cerca de la mujer, que en ese momento buscaba las llaves en su bolso.

—No hay nada anormal, Brian —constató Isabella, haciéndole llegar la información al ordenador de a bordo.

—¿Cree que solo pueda ser una coincidencia lo de la tipografía? —preguntó Ryan con vacilación.

—No, estoy seguro de lo que vi. Y ahora cállate, necesito pensar.

Lo cortó en voz alta, dándole igual que Ryan, Mac e Isabella lo escucharan.

—¿Cómo se ha movido un individuo como él por la ciudad sin ser detectado? ¿Cómo llegaba a elegir las escenas de los crímenes sin ser visto por nadie? ¿Cómo conseguía eludir toda la seguridad? ¿Igual que en el ataque de Rachel?, ¿un mal funcionamiento en el sistema de vigilancia? Alguien

conocía la zona, sabía por dónde ir para no ser visto por las cámaras en ese momento, aprovechaba que estaban apagadas por un fallo, teóricamente, informático. ¿Quién podía tener acceso a los oficiales encargados de la seguridad viaria sin ser descubierto?

—Lo tienes, Brian —respaldó Isabella con un tono cortante y apremiante—. Un policía no llamaría la atención.

—No puedo creer que sea él, que conocía la identidad del Asesino de la túnica y se lo calló como un cabrón, y además lo encubrió. Pero ¿por qué, joder?

—¿De quién habláis? —Ryan se había perdido en las conjeturas entre su jefe y el agente del F.B.I. al teléfono.

—Bells, busca en los registros telefónicos, quiero saberlo todo.

—Es demasiado listo para haber utilizado su propio teléfono.

—Tal vez sí o puede que no, compruébalo, por favor. Mac, ¿has venido con tu coche? Necesito las llaves...

—Le acompaño, jefe.

—No, quedaros a vigilar tú y Ryan.

—Brian, ¿adónde vas? Déjame enviarte a un agente encubierto. No vayas solo —le dijo Isabella por teléfono, pero no le dio tiempo a más, ya que este cortó la llamada.

—Voy a casa de ese hijo de puta. Sé que salió bajo fianza, al igual que su hermana, un falló grave del sistema a mi entender. Tengo que hablar con él.

Ryan intentó quitárselo de la cabeza, pero lo ignoró.

Tomó las llaves de Mac, que aun sospechando de sus intenciones no intentó impedirle nada. Sintió su teléfono vibrar, probablemente Bells querría disuadirlo, por eso no respondió la llamada. Condujo con más velocidad de la debida, la urgencia por confirmar sus dudas lo quemaba por dentro.

Logró frenar y detener el vehículo sin sobresaltar a nadie. Sabía que

estaba siendo observado; saludó a los dos agentes que había en la entrada y que se pusieron nerviosos al verlo aparecer, pero les lanzó un no os mováis de aquí al pasar delante de ellos. Enfiló el camino cubierto de nieve hacia la casa con una furia tan poco contenida que ni tiempo dio para prever su aparición.

No llamó al timbre ni a la puerta, cogió impulso y de una patada tiró la puerta abajo, entrando a la fuerza.

## Capítulo 23

Mont ni se movió cuando lo vio aparecer, como si esperase su llegada. Estaba sentado a la mesa, y era evidente que se había dedicado a beber en exceso. Sus ojos inyectados en sangre lo observaban con indiferencia.

—Has tardado más de lo que pensaba.

Brian tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no saltarle encima. Mont sostenía una Glock 37 con su mano derecha y se estaba apuntando a la sien.

—Puto cabrón, ¿así es como piensas acabar después de todo lo que has hecho? —le dijo Brian con un tono de voz contenido.

Mont soltó una risilla algo histérica.

—Ya sabes lo que les hacen a los policías en la cárcel, prefiero elegir mi final.

—Leonardo. —Brian lo llamó por su nombre de pila y sin hacer movimientos bruscos avanzó un paso, pero lo vio apretar la culata del arma con decisión y se detuvo—. Al menos dime por qué la emprendiste contra mí, qué te hice para que atacaras a mi mujer.

—¿Aún tienes la desfachatez de preguntarlo? —expresó con sarcasmo—. ¿No lo has adivinado?

Brian vio por el rabillo del ojo al agente Sidney y su compañero; les hizo un gesto para que no se acercaran.

—Nunca te gustaron mis métodos de trabajo —dedujo Brian con calma—, pero jamás me metí con tus trapicheos.

Mont soltó una risa irónica.

—¡Nunca me gustó nada de ti! Tan hipócrita y egoísta, tan egocéntrico y pagado de ti mismo. Ahora qué tienes, ¿eh? Una reputación hecha trizas, una mujer que te odia y una amante que no te quiere. —Brian se preguntó cómo sabía lo de Megan, pero apretó la mandíbula y lo dejó hablar—. Llegaste a la comisaría para hacerte cargo de todo, con una soltura que para tu rango no merecías. —Los ojos vidriosos de Mont se posaron en la fotografía colgada en la pared—. Te investigué y averigüé que un alto mando te había colocado allí por puro agradecimiento. Pero que sepas que nunca fuiste un puto héroe.

—No lo busqué —intentó convencerle Brian, que también miraba la fotografía y empalideció de horror al atar los cabos sueltos al distinguir el recorte de periódico.

—Vi millones de veces las grabaciones; Brian Hamilton, un agente de policía recién llegado de Los Ángeles... aquel día —se atragantó Leonardo Mont con dolor.

—El 11 de septiembre.

—¡Sí! —exclamó con rabia—, y lo salvaste a él en vez de a mi mujer.

—Tu mujer estaba muerta, ¡salvé a un civil alejándolo de la zona crítica!

—¡Mientes! —le recriminó.

Mont se había montado su propia película, cegado por las consecuencias de un fatídico día donde Nueva York tembló de miedo y el mundo entero se sacudió.

Ese día, todos ayudaron a salvar al máximo de personas posibles, Brian recordaba acercarse a la zona con pánico, cubierto de sudor después de haber llegado corriendo al escuchar la primera explosión.

—Mi Mariela era una mujer buena. —Mont dejó escapar un sollozo—. Lo vi en las grabaciones, preferiste salvar al militar que a ella.

Deliraba, no aceptaba que su mujer ya estaba muerta al sufrir un ataque cardíaco fulminante.

—Ya había fallecido, sabes muy bien que sufría problemas de corazón.

—Me prometí encontrarte y hacértelo pagar —le escupió en un arrebato.

Con rapidez, movió la mano y lo apuntó con el arma.

—¿Haciendo de mi vida un infierno? ¿Atacando a mi mujer? ¿Encubriendo a un asesino? Estás loco.

—¿No has enloquecido tú después de descubrir que Rachel no te recordaba? —Rio—. Jasón me sugirió lo de la droga, fue divertido ver que te olvidaba.

Brian sintió que por dentro era como un volcán a punto de erupción.

—Baja el arma, Mont. Sé un buen policía y ayúdame a coger a Jasón, dime dónde tiene retenida a Teresa Pérez.

Hubo una breve indecisión en sus ojos y Brian aprovechó eso.

—Madison espera la vuelta de su madre, ¿quieres que una niñita termine en el sistema y sin futuro? ¿Sin la protección de su madre?

—Descubrí a Jasón por casualidad en mis rondas, ¿sabes? Nos encubrimos mutuamente, fue un juego de niños. —Lo miró a los ojos—. Que te jodan.

Disparó dirigiendo el arma con rapidez hacia él y Brian fue proyectado hacia atrás cayendo con fuerza. Luego hubo varios disparos más mientras Brian se retorció de dolor y buscaba el impacto de la bala en el chaleco.

—Capitán, ¿se encuentra bien? —preguntó Sídney.

—Sí.

Intentaba recuperar el aliento, se tocó el torso donde, por suerte, la bala se había incrustado a milímetros del borde, pero dentro de él, un poco más a la izquierda y le habría dado. Se levantó y echó una mirada al cadáver de Mont con contrariedad.

—Dime que tenéis a Jasón —le exigió a Mackenzie por teléfono.

—No, jefe. Lleva semanas sin aparecer por casa.

—¡Mierda, joder! Poned una orden de búsqueda y captura, ¡lo quiero vivo!

A veces se complicaban las cosas, pero Brian no perdía la esperanza de encontrar a Teresa con vida y coger al asesino. Cerca del amanecer, cuando fue levantado de cadáver y la científica procesaba las pruebas, pudo irse a descansar un poco. Se vio más solo que nunca en la casa que su hermano le prestaba en Manhattan.

No obstante, aprovechó para enviarle un mensaje de texto a Rachel:

*Siento que me falta algo. Decidí dejarte ir, ya que tanto querías hacerlo, pero nada es igual, nunca nada será como hace meses, nunca nada estará como hace un año. No sabes lo que duele no ser suficiente para la persona que amas, fallar una y otra vez. Es triste no hablar contigo en todo el día. Extrañar los momentos de risas y la nostalgia. No importa el tiempo, el sentimiento termina siendo el mismo. Desearía que por lo menos pasáramos del típico “Hola, ¿cómo estás?”; “Bien, ¿y tú y los niños?” En serio, dime... ¿qué estoy haciendo mal?*

*Te necesito, necesito sentirte conmigo, necesito que hablemos de nuevo, necesito que me necesites.*

*No quiero perderte, pero si seguimos así, nos convertiremos en recuerdos y parte de un triste final.*

## Capítulo 24

—No creo que esté rota, pero sería preferible que te hicieran una radiografía, hijo —le aconsejó su padre al día siguiente.

—Sé que no está rota o no podría moverme.

Su padre había llegado temprano para unas compras de última hora, y al oírlo gemir de dolor, David había acudido a examinarle la zona, que estaba amoratada.

—Tienes la zona muy inflamada —se retiró su padre con el semblante serio.

—Un disparo duele, papá. El chaleco se llevó la peor parte, no te angusties.

—Eres mi hijo, siempre me preocuparé —le dijo con un suspiro—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

—Te espero en la cocina.

Brian terminó de vestirse. Apenas había podido conciliar el sueño; los sucesos de la noche anterior lo tenían nervioso y agobiado, quería ir a comisaría lo antes posible.

—Come algo —le recomendó David cuando se reunió con él.

—Tengo que irme.

—Brian —lo increpó señalando la mesa—, es el momento de comer, necesitas estar en forma si quieres coger al asesino. ¿Te has visto en un

espejo?

Tenía mal aspecto, no podía negarlo.

—Bien, vale, comeré.

Tan solo había tragado un sorbo de café y masticado un trozo de tostada con beicon que su teléfono sonó.

—Capitán Hamilton —respondió—. Estoy de camino. Sí, haré el informe en cuanto llegue.

Miró a su padre y se obligó a terminar de desayunar.

—Hijo, que no te absorba el trabajo. Tienes una familia que te necesita.

—Papá —se quejó levantándose y dejando el plato cubierto y la taza en el lavavajillas—, Rachel y yo estamos divorciándonos. No sé qué esperas que haga con eso, ella no me quiere en su vida.

—Enamórala de nuevo, saca tu encanto; eras todo un Don Juan con ella, la volvías loca. Haz que recuerde...

Brian lo cortó con sequedad.

—Me he acostado con otra mujer, se acabó cualquier oportunidad que pudiera tener —le reveló con desaliento—. Oh, espera, tú la conoces, fue tu pupila, la doctora Megan Evans.

David apoyó la cadera contra la encimera y se lo quedó mirando con sorpresa e inquietud.

—Si tienes intención de entablar una relación con ella ten mucho cuidado, hijo, Megan ha sufrido mucho. Tiene un pasado complicado.

—Los dos salimos escaldados de relaciones anteriores.

—No en el mismo sentido que tú lo interpretas, pero no me corresponde decirte nada si Megan no lo ha hecho.

—Odio cuando haces eso —le reprochó Brian a su padre con más dureza de la necesaria—, siempre dejas las cosas a medias.

—Al igual que tú, y te recuerdo que soy tu padre, no uno de tus agentes, a ellos los que puedes tratar como te venga en gana. Ten más respeto, Brian, recuerda quién eres y de dónde provienes.

La vergüenza que sintió fue tan brutal que salió pitando. Estaba perdiendo la cabeza, acababa de echarle la bronca a su padre, el hombre más bueno del mundo, su ejemplo a seguir de toda su vida.

—Eres un imbécil —se criticó a sí mismo.

Su teléfono volvió a sonar y descolgó desde el coche, respondiendo por el manos libres.

—Megan, no me pillas en un buen momento.

—Buenos días a ti también. Tengo que retirarte las grapas, ya han pasado más días de lo debido.

—Pero ¿qué dices? —se extrañó intentando recordar cuándo había sido.

—Te espero en mi despacho, tengo un hueco en veinte minutos, no tardes. No me gusta perder el tiempo, tengo una craneotomía programada.

La llamada se había cortado.

Brian frunció el ceño, ¿Megan tenía una craneotomía? No era neurocirujana por lo que él sabía.

Aceleró abriéndose camino entre la densa circulación para llegar lo más veloz posible al hospital. Megan tenía problemas, estaba seguro de ello. Llamó pidiendo refuerzos, pero dio la orden de no intervenir, no sabía a lo que se enfrentaban.

Frenó al llegar a la entrada, donde un par de agentes uniformados esperaban algo desorientados. Enseñó su placa nada más bajar del coche.

—Despejad la zona, cerrad urgencias y haced que desvíen las ambulancias a otro hospital.

—¿Qué está pasando, capitán?

—Aún no lo sé. Haced lo que he dicho sin tardanza.

Obedecieron y Brian se dirigió al subsuelo con aprensión. Desenfundó el arma, mejor ser precavido, y de camino se encontró con Stone que lo siguió sin decir nada, comprendiendo la gravedad de la situación.

Llamó a la puerta posicionándose a un lateral.

—Megan, abre, soy Brian.

El pomo giró con lentitud, él estaba en tensión. Stone también, que esperaba con nervios de acero.

Lo vio en su mirada en cuanto sus ojos conectaron, el terror que intentaba disimular Megan era palpable.

—¿Estás bien? —vocalizó sin sonido.

Ella respiró con dificultad y bajó el rostro hacia su pecho.

—Es una trampa —susurró.

Había una bomba de C4 atada a su cintura. A Brian se le heló la sangre.

Stone dio varios pasos atrás para informar de la situación por radio. Tenían que desalojar el hospital sin perder tiempo.

Megan retrocedió para permitirle entrar y él se encontró de frente con los ojos fríos y calculadores de Jasón Wallace. Él también llevaba un cinturón bomba y sostenía el detonador con mano firme y moviendo el dedo pulgar sobre el interruptor. Iba vestido como un policía, de uniforme y gorra, probablemente facilitado por el cabrón de Mont.

Cómo no iba a pasar desapercibido, se dijo y maldijo para sí mismo.

—No haga tonterías, capitán, y dígame a sus hombres que se retiren. De inmediato.

—A todas las unidades —reclamó por radio—, falsa alarma. Retírense, he dicho que se retiren del hospital. Todo está en orden.

La mente de Brian había calado al asesino, por lo que dejó el micrófono abierto para ser escuchado.

—¿Me buscabas? Me tienes. Déjala marchar.

Una sonrisa fría en los labios. Jasón negó.

—Ella es mi seguro, no crea que puede jugar conmigo. Ya me ha jodido bastante. Póngale la blusa a la doctora de manera que no se le vea la bomba y saldremos de aquí sin llamar la atención.

—Déjala aquí, me tienes a mí —insistió Brian—. Ponme a mí el cinturón de C4.

—No —sentenció Jasón—. Haga lo que le he pedido, el tiempo vuela y la purificación de Teresa me espera.

—¿Cómo sé que está viva? Parece un farol.

—Mont me advirtió que diría eso —se mofó el asesino extrayendo de su bolsillo un teléfono y mostrándole un directo de Teresa maniatada a una silla con una túnica blanca puesta y debajo de la silla vio otra bomba con una cuenta atrás—. Vamos, capitán. Si no llego a tiempo, la bomba detonará. La quiere ver con vida, ¿verdad?

—¿Detonará en treinta y siete minutos? —preguntó con disimulo. Sabía que la información era escuchada, por lo que buscarían en ese perímetro calculado.

Jasón comenzó a impacientarse y Brian se acercó a la doctora, la cual lucía aterrorizada. Era incapaz de bajar los brazos del todo, los tenía extendidos a ambos lados del cuerpo; crispada y nerviosa. Ella no debería haberse visto involucrada, pensó Brian con desesperación. Lo habían estado vigilando, y si Mont le había facilitado a Jasón los dispositivos, habría sido un juego de niños para ellos.

Cogió la blusa del perchero y con cuidado se la puso echando una ojeada a la bomba: tres cables de colores asomaban por un lateral del C4.

Verde, rojo y amarillo.

Era casera y tan simple que Brian no lo dudó cuando comenzó a abotonar la blusa, introdujo una de sus manos y atrapó los tres cables, causando que

Megan se tensara aún más, por lo que se inclinó y la besó en los labios para desorientarlos a ambos.

—Lamento que te vieras metida en esto —le dijo, y separó los cables del C4 sin ningún problema, luego acabó de abotonar la blusa.

—¿Ha terminado?

—Sí —le respondió a Jasón.

—Deje su arma y radio en la mesa, y quítele el cargador y la bala de la recamara. Luego póngase las esposas, a la espalda.

Brian obedeció, abriendo el cajón para depositar todo y de paso que dejó su arma y la radio, cogió un clip de metal que escondió entre sus dedos.

El asesino se había subido la cremallera de la chaqueta y con un gesto, señaló la puerta.

—Usted primero, capitán. La doctora irá conmigo, así que no haga ninguna tontería. Diríjase a los ascensores y bajaremos a la zona de carga y descarga.

Brian salió del despacho temiendo que la locura de Jasón le llevara a detonar la bomba; era un hospital y ni de coña les habría dado tiempo a desalojar aún. Caminó con paso lento, echando miradas al personal del hospital que en realidad eran agentes disfrazados, a los cuales hizo un gesto de negación con la cabeza apenas perceptible y que ellos entendieron a la perfección: no debían intervenir, bajo ningún concepto.

—¿Qué coche es? —preguntó al llegar.

—El furgón policial —indicó Jasón.

Brian apretó los labios, contrariado. Era un vehículo retirado, debería estar en el desguace. Todo cobraba sentido, se había movido por la ciudad sin ser detectado y a sus anchas.

—Atrás, los dos; doctora, le sugiero que no se mueva mucho, podría detonar por accidente —la amenazó Jasón.

—No la necesitas, me tienes, déjala ir —volvió a insistir.

Jasón no respondió, los empujó haciéndolos entrar en la parte de atrás sin darles opción. Brian se sentó con la espalda pegada al panel que los separaba de la cabina para poder manejar el clip sin ser visto.

—Respira, Megan —le susurró con confianza cuando se posicionó a su lado—, no permitiré que te ocurra nada malo.

Ella lo fulminó con sus ojos verdes; casi no había luz allí dentro, pero era suficiente para poder verla.

—¿Cómo me he visto metida en esto, eh?

—Por mi culpa —admitió Brian.

—Hemos echado un polvo, no somos nada, lo dejé claro, ¿verdad?

—Verdad —reconoció Brian—. No te pongas nerviosa.

—Tengo una bomba atada al pecho, me pondré nerviosa si quiero.

Brian sonrió con ferocidad, tenía carácter su doctora.

—Vuélveme a hablar así en otras circunstancias y te echaré el polvo de tu vida.

—Serás imbécil. ¿Sabes? —reveló sin vacilar y abriéndose a él—. Te cuento que ya he tenido un marido abusivo que intentó matarme, ya viste la cicatriz en mi espalda, y no quiero perder la vida. Amo mi trabajo y ayudar a las personas. Él era manipulador, celoso y muy controlador. Casi perdí hasta la identidad con ese capullo. Tú tienes algo que me atrae muchísimo, pero que me da miedo al mismo tiempo. ¿Cómo acabo con hombres problemáticos siempre? ¿Y cómo puedes bromear en estas circunstancias? —Megan estaba agobiada y asustada, murmuraba mezclando su pasado y el presente—. Dime que tienes un plan —cuchicheó bajando la voz.

Asintió sin revelar nada, no quería alertar a Jasón. Quisiera el asesino o no, serían seguidos por cualquier vía. Los artificieros ya estarían alertados, los SWAT y el F.B.I. también.

Brian estaba en modo policía, lo primero era alejar la bomba del hospital. Calculó que donde retenía a Teresa no estaría lejos, ya que Jasón necesitaba llegar a ella rápido y dudaba mucho que se permitiera dejarla morir antes de terminar su obra final.

Manipuló el cierre de las esposas con el clip de metal, haciéndose con ellas con facilidad, y una vez hecho, y con cuidado, le fue retirando la bomba a Megan. Ella aguantó sin moverse y con aplomo hasta que él apartó el chaleco lo máximo posible, verificando a su paso que no hubiera fallos para evitar que explotara en sus narices.

Luego se quitó su propio chaleco antibalas y se lo puso a ella.

«Por favor, Dios mío, permíteme salvar las vidas de Megan y Teresa», rezó.

—Megan —susurró su nombre muy bajo y ella dirigió sus ojos a sus labios—, cuando te diga corre, hazlo, sin esperar.

En el interior del vehículo no se escuchaba nada aparte del ruido del motor y de sus respiraciones. Megan se inclinó hacia Brian con indecisión y selló sus labios en los suyos en un beso fugaz.

—Prométeme que sobrevivirás.

—Megan, tranquila. Todo va a salir bien.

—Júramelo, tienes una mirada de loco que no me gusta, y te recuerdo que tienes dos hijos y una mujer esperándote.

—Mis hijos son mi prioridad en todo momento. Mi exmujer ya no me quiere.

Una sonrisa insegura afloró en los labios de Megan.

—Pero yo sí, si me quieres.

—¿La señorita sin compromisos que no quiere un hombre problemático?  
—Besó su nariz y volvió a descender a sus labios.

—Estoy asustada, sin compromisos a ratos, pero, chico, me gustas mucho.

Así que sobrevive o te reanimaré y no estaré nada contenta.

## Capítulo 25

¿Cómo se describe el horror más absoluto? No se puede. Brian había rezado por un milagro para poder atrapar al asesino en serie, pero jamás se imaginó que este vendría acompañado de tantos entresijos.

Mont le había tenido tirria por años debido a un suceso que él recordaba con horror; fue todo muy traumático, pero Brian estaba seguro que de haberla hallado con vida, habría salvado a la esposa de Mont también.

Pensó con rapidez en todas las dificultades que se encontró en su trabajo como capitán de policía, un puesto que se había ganado por mérito propio y con esfuerzo, incluso fue espoleado por un alto cargo. Y había demostrado a lo largo de los años que se merecía ese cargo, se lo había ganado con creces, a pesar de las reticencias de todos por su, entonces, juventud y su manera de trabajar.

El 11S fue una tragedia, y como muchos, se metió en medio sin vacilar, sacando heridos, alejando a las personas desorientadas de las Torres Gemelas en derrumbe, dictando órdenes a agentes, bomberos y echando una mano con el corazón en un puño. ¿Alguien lo vio como heroico y decidió hacerle avanzar en su carrera? Era verdad, pero siempre tomando aquella oportunidad como una manera de ayudar al prójimo.

Ahora ser objeto de la fijación de un loco lo ponía de mala leche, ansiaba detenerlo y hacerle pagar por los crímenes cometidos en todos los sentidos.

En aquel espacio reducido, con la mirada de la doctora sobre su persona, no daba su brazo a torcer.

Jamás se imaginó tener sentimientos por otra mujer que no fuera su Rachel, pero esas emociones no eran lo bastante poderosas para detenerlo en su trabajo. Iba a por todos, con decisión y sin arrepentirse. De una manera u otra, Jasón Wallace iba a sufrir por osar entrometerse en su vida, por poner

sus sucias manos en Rachel y trastocar sus vidas.

—El vehículo está reduciendo velocidad —susurró Megan.

Brian asintió, presintiendo que estaban llegando.

—Recuerda lo que te he dicho —le comentó él y bajó la mirada a los pies de Megan. Llevaba unos zuecos de hospital, poco cómodos para correr.

—Tengo miedo.

Él también, por ella.

—Respira hondo, voy a ponerme delante de ti y apartaré a Jasón, no se dará cuenta de que mis esposas están desatadas. Tú corre, no te detengas.

El furgón frenó y Jasón apagó el motor. Brian, por instinto, se puso delante de Megan, juntó las manos a la espalda y rezó para que todo saliera bien.

—Bajad —ordenó Jasón al abrir la puerta trasera.

Seguía llevando la bomba y Brian temió por ellos, tuvo un instante de breve vacilación. Todo aquello era una locura de la cual Megan jamás debió formar parte. Él sabía que no iba a salir con vida, pero tenía algo claro: si él caía, se llevaría a Jasón con él.

Cuando bajó del furgón e invadió el espacio personal del asesino, este por instinto retrocedió creando un pequeño pasaje seguro para la huida de Megan.

—¡Corre! —le gritó sobre su hombro, y echándose encima de Jasón, lo hizo recular, acorralándolo a un lateral del furgón.

Megan había salido disparada como un rayo.

—¡No! —gritó Jasón al darse cuenta y alzó el detonador en alto—. ¿Es que quiere morir? Dígale que vuelva...

—Ni hablar. Venga, ¡detona la bomba, asqueroso asesino de mierda!

El desafío en la voz de Brian desarmó a Jasón, que se lo observó con

furia y señaló con su mano libre detrás de él.

—Camine y no nos volaremos a los dos —amenazó con sorna—. ¿No quiere tener la oportunidad de ver a Teresa una última vez? ¿Ver mi obra?

Brian asintió, no dándole la razón, pero deseaba una oportunidad de salvarla.

—Claro, muéstramelo, y yo de ti me daría prisa, la policía no tardará en aparecer y esto se va a poner interesante.

Se midieron con la mirada, era un juego psicológico donde Brian lo tanteaba, lo premiaba, pero por motivos distintos a los suyos.

Se fijó en que no muy lejos se escuchaba el ruido del tráfico. Aquella zona no estaba desierta en absoluto, sino que era vecina del cementerio de Trinity Church, y lo que se escuchaba, probablemente, era la circulación de la A9. Le hizo caminar en dirección a la entrada del Riverside Drive.

Fue dejando huellas en la nieve fresca, una buena pista si no se ponía a nevar con más intensidad, se dijo Brian al recorrer el cementerio.

Jasón extrajo una larga llave de metal que introdujo en la cerradura de un mausoleo familiar, pero muy antiguo, y lo obligó a avanzar.

Aquello no le gustó a Brian, que se veía entrar en una cripta de muertos de a saber cuándo, y lo más jodido de todo era que aquello no estaba tan lejos de la comisaría.

Lo habían tenido en sus narices todo el tiempo, pero era un lugar tan inesperado que no había levantado sospechas.

Bajaron una estrecha escalera, Jasón había sacado una linterna e iba iluminando el camino.

Un fuerte olor a moho y descomposición atacó las fosas nasales de Brian, que hizo una mueca.

—¿Has traído aquí a todas tus víctimas? —investigó.

—Sí, sí. Fueron todas tan indecentes, y cómo gritaban y lloriqueaban

rogando por sus vidas. Eran impuras, prostitutas, y yo las he purificado.

—Menuda misión la tuya —comentó avanzando por un estrecho paso—. ¿Quién te encomendó estas labores?

—No se burle de mí. Es difícil de comprender, y no le debo explicaciones a nadie. No lo entendería.

Un ruido ahogado de llanto alertó a Brian. Llegaron a una zona más amplia y apenas iluminada, pero horripilante, llena de ataúdes encastrados en los laterales y, en medio, se encontraba Teresa que ahora, mucho más inquieta al ver a su secuestrador, se agitaba y movía con terror.

Detrás de ella, con una sonrisa de suficiencia, se mantenía erguida la mujer de ojos dispares y Brian le lanzó una mirada de odio. La hermana de Mont le devolvió el gesto sin miedo y apoyando una mano en el hombro de Teresa, haciéndola estremecer.

—Hija de puta, fuiste tú —dijo entre dientes.

No se dignó ni a responder, creyéndose a salvo.

Jasón no se había dado cuenta de que Brian llevaba las manos libres, pues había mantenido la pose y las esposas de manera que no se notase que las había abierto y se creyera a salvo.

—¿No es una maldita una mujer que abandona a su hija para ir a entregarle su cuerpo a hombres? Ya ha aprendido la lección y será entregada en sacrificio para que dé ejemplo.

Brian admiró el aguante de la mujer que llevaba desaparecida semanas, estaba en apariencia en buen estado, pero se preguntó qué fechorías habría tenido que presenciar y sufrir por parte de Jasón.

Teresa miraba a Brian con pánico, buscando ayuda, se retorció en la silla donde continuaba maniatada. Jasón se apresuró a desactivar la bomba bajo la silla como un demente inconsciente, como si fuera lo más natural del mundo. Pero aquella bomba podría estallar y hacer volar el lugar por los aires.

Él y Mont habían tenido mucho tiempo de organizarse, todo era

milimétrico; algo acelerado, sí, pero con un plan digno de una película.

Brian tomó aire.

—¿Cómo vas a castigarla? —Intentaba distraerlo, hacerlo hablar mientras calculaba el momento exacto de atacarlo.

La hermana de Mont observaba con devoción a Jasón. Le ponía enfermo saber que fue ella la que le hizo daño a Rachel por orden de Jasón y Mont.

«Putos enfermos mentales», pensó con hastío.

—Ahora lo verá.

Jasón se dirigió a un velador donde residuos de cera permanecían, como un rincón de orar. Encendió un generador de gasolina y una lámpara de techo iluminó toda la cripta. Aquel lugar daba repelús, con esos viejos ataúdes carcomidos por el tiempo que aparentaban que iban a quebrarse en cualquier instante.

Esperaba el momento oportuno con ansia y con la adrenalina recorriendo sus venas, midiendo los movimientos de Jasón cuando, por fin, se quitó aquel cinturón de C4 y lo depositó a un lado. El maldito hijo de puta se frotaba las manos con una sonrisa satisfecha. Brian apretó los puños, respirando más deprisa, estallando a sudar, y cuando pensó que su oportunidad había llegado, el Asesino de la túnica lo sorprendió sacando un arma pequeña y disparándole.

El dolor estalló, voraz e inquietante, pero movido por la furia, Brian se abalanzó sobre él, asestándole varios puñetazos en la cara, tan duro y lleno de resentimiento que no se controló.

La hermana de Mont fue en su ayuda tirándose sobre él y aquello se convirtió en una pesadilla. Empujó a la fiera con todas sus fuerzas, tanto que al caer se dio en la cabeza contra una repisa y Brian saltó y regresó junto a Jasón con los puños cerrados. Se le llenó la boca de sangre, mucha iba cayendo sobre el rostro del asesino, el cual iba deformándose e hinchándose a medida que lo molía a golpes.

Brian le cogió la mano derecha y fue rompiéndole los dedos uno a uno, no

lo disfrutaba, pero nadie tocaba a Rachel y salía indemne.

Jasón aullaba de dolor y se retorció en un intento inútil de escapar a su ira, pero lo tenía bien cogido y bloqueado con su propio cuerpo y peso.

—¡Es por Rachel! —le escupió Brian con resentimiento—, y por todas esas mujeres a las que quitaste la vida.

Con la respiración entrecortada, Brian soltó a Jasón y se sentó en sus talones. Algo parpadeaba y su visión periférica fue atraída: la bomba seguía activa y a siete minutos de estallar.

—Joder, no. ¡Maldito seas!

Se incorporó con rapidez y desató a Teresa, que temblaba de miedo.

—Tranquila, no te haré daño. Sal corriendo y aléjate de aquí por ese pasillo —le dijo apresuradamente.

Teresa cumplió, no se lo pensó mucho.

Brian se acercó con cautela a la hermana de Mont, que yacía en el suelo en la misma posición en la que cayó, y comprobó que había muerto desnucada, por lo que regresó junto a Jasón, que apenas se movía, y examinó al hombre que le había causado tantos quebraderos de cabeza, fue entonces cuando vio la bolsa, que había salido volando en la pelea, y donde su contenido se había esparcido por el suelo: una jeringuilla que todavía estaba en su envoltorio junto a un pequeño frasco de cristal que le llamó poderosamente la atención. Lo agarró para examinarlo y cuando rodó en su mano se quedó atónito al leer la etiqueta.

Era la droga para borrar la memoria.

Echó un vistazo a Jasón, que apenas se mantenía despierto y emitía débiles quejidos, y le dio un puñetazo en las costillas, haciéndolo reaccionar, gemir y sollozar, despertándolo así lo suficiente.

—¿Cuán importante es para ti tu misión en esta vida?

—Lo más importante —respondió Jasón sin entender, jadeando y observándolo ahora con pánico.

—Bien.

Brian extrajo la jeringa y pinchó la aguja en el tapón de goma, la llenó a tope, sin molestarse en comprobar si había burbujas de aire, como tampoco en si era demasiada cantidad. Fue tan rápido en introducir la aguja en el cuello de Jasón y bloquearlo con su cuerpo que este apenas pudo oponerse.

—¿Qué haces? —gimió Jasón con conmoción y con sus ojos anclados en los de Brian.

—¿Te creías a salvo? —le preguntó con frialdad—. ¿Intocable? Esto es tu final, cabrón. Tocaste lo más sagrado, y es a mi Rachel. No recordarás nada; tus asesinatos, tus metas y los sacrificios —le prometió Brian—. Ese será tu castigo, por mi mano, por la mujer que amo.

Jasón bramó cuando el fármaco entró en su sangre sin poder evitarlo. Luego, desechando a un lado la jeringa vacía, Brian agarró al asesino, lo esposó, y lo empujó por el pasillo de la cripta lo más rápido que pudo. Tenían que alejarse de la bomba, lo quería con vida para que pagara por sus crímenes, incluso desmemoriado.

Aun si eso le costara todo, no le importaba ya nada.

Se encontraban a un paso de las escaleras cuando todo se fue a la mierda y la bomba estalló. Brian le dio impulso a Jasón para dirigirlo a las escaleras antes de que los escombros empezaran a volar por doquier.

A oscuras. Una nube de suciedad elevándose. Escombros y ese ensordecedor e infernal sonido.

La tierra a su alrededor tembló. Brian tenía serios problemas para inspirar, su cuerpo había sido catapultado, engullido y estaba malherido. Algo le presionaba en el pecho, le ardía la garganta, estaba casi seguro de tener la rodilla doblada en un sentido anormal y respiraba con dificultad.

Si ese era su fin, estaba tranquilo y resignado.

Cuando la calma llegó no tuvo miedo, a pesar de encontrarse como una mierda y de tener frío.

Estaba preparado para morir.

## Capítulo 26

Las voces sacaron a Brian de su estado de aturdimiento. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la explosión, ni si había perdido o no el conocimiento.

Algo tocó su mano izquierda, tanteaba en busca de su muñeca y apretó buscando su pulso, o eso supuso.

Brian intentó hablar, pero su garganta estaba llena de sangre y polvo, y era incapaz de emitir sonido. Le picaban los ojos, pero no podía hacer nada para remediarlo.

¿Por qué no había muerto ya?

—¡Está vivo! —oyó que gritaban.

Entumecido y algo ido, Brian no prestó atención a lo que decían. No obstante, hizo un gesto con los dedos que ellos podían ver, esperaba.

—*Dejadme morir* —comunicó por lenguaje de signos.

—¡Hay que darse prisa!

Brian perdía el conocimiento por momentos. Cuando su mente volvió a ser más clara, se dio cuenta de que no solo no se había respetado su deseo de dejarlo morir, sino que seguían removiendo la tierra y mierda, y calaveras, conjeturó con sarcasmo, y ataúdes.

No notaba nada, estaba como anestesiado por el frío y el shock.

«Rachel —pensó—, espero que puedas perdonarme por haberme convertido en tu peor pesadilla. Dirán cosas feas de mí y tendrán razón.»

—Jefe, ¿me escucha? ¿Está herido?

¿A quién pertenecía esa voz? Ah, sí, Mackenzie. Le apretaba la mano, al

menos eso creía.

—*Déjame morir* —exigió Brian, que esperaba estar coordinando bien los dedos y que el irlandés, que conocía ese lenguaje, captara su mensaje.

Le dolía la cabeza, tosió y solo consiguió tragar más porquería antes de que todo se volviese negro de nuevo.

De alguna forma su conciencia se aferró a la única voz que podía mantenerlo a flote.

—... Recuerdo que me trajiste flores aquel día, que sonreí cuando te descubrí esperándome al terminar una sesión de fotografía. Aunque jamás te lo confesé, fue entonces cuando me enamoré de ti... —«Rachel. Es mi Rachel hablándome... ¿por megafonía?» Brian sintió su corazón dar un brinco. ¿Por qué estaba allí Rachel? Mientras tanto el equipo de rescate intentaba llegar a él—. Brian, estabas tan adorable, se te veía nervioso, pero no te rendiste conmigo. Me invitaste a cenar y no acepté; te ponía a prueba, ¿sabes? Y tú comenzaste a enviarme flores todos los días durante un mes; tuve que ir a buscarte a comisaría y exigirte que pararas. ¡No cabían más ramos en el apartamento! Era una locura y tú me dijiste que pararías si aceptaba una invitación a cenar.

—*Sí, lo recuerdo...* —gesticuló Brian para hacerle saber a su Rachel que la escuchaba y estaba feliz—. *¿Por qué estás aquí, nena?*

No pasó ni medio segundo hasta que la voz de ella surgiera como en un sueño, un faro guiándolo de vuelta a la vida.

—¿Que por qué? Loco testarudo, ¡te amo! ¿Me escuchas? Te amo, te necesito en mi vida, y nuestros hijos a su padre. ¿Crees que voy a permitir que te rindas ahora? Nunca. Brian, aquella noche cuando terminamos de cenar y me acompañaste a casa y me besaste por primera vez sentí tantísimas cosas...

—*Lo siento... Perdón por hacerte tanto daño* —le expresó—. *Perdóname por arruinar nuestras vidas, ayer, hoy y mañana.*

—No hay nada que perdonar, Brian, no te rindas, ¿me escuchas? Estoy muy cerca, esperándote.

Un rayo de luz se coló a través de los escombros y Brian se sintió agradecido a quien hubiera llevado a Rachel. Oírla le ayudó a no perder la cabeza, y probablemente la vida. Habían muchas manos recorriendo su cuerpo en busca de lo que le atrapaba; fue largo, pero al final fue liberado y escuchó el vitoreo de emoción de las personas que estaban allí.

Le escocían los ojos, parpadeó muchas veces hasta conseguir orientarse. Le hacían preguntas mientras le colocaban un collarín y lo instalaban sobre una camilla. Brian tiritó y gimió de dolor.

Muchísima gente estaba presente y el escenario era un desastre. Lo izaron para salir de la zona afectada por el estallido de la bomba y lo único que buscaba era unos ojos azules sublimes.

Su corazón se desbocó cuando la permitieron acercarse y coger su mano. Rachel tenía los ojos llorosos y las mejillas surcadas de lágrimas.

No llores, nena... quiso decirle, pero su garganta no lo obedecía.

—¡Brian! —sollozó Rachel con conmoción al observarlo y darse cuenta de los daños que sufría.

Ah, claro, debía tener una pinta espantosa. Alzó la mano con la que había estado comunicándose y delectó.

—*No llores, estoy bien, amor mío.*

—No lo parece, ¡qué miedo pasé al saberte allí abajo! No vuelvas a hacerme algo así jamás —le pidió entre hipidos.

—*Prometido.*

Rachel fue apartada cuando lo subieron a la ambulancia para buscar sus heridas, pero la vio asomándose por las puertas abiertas, y cuando se lo permitieron, subió posicionándose cerca de la camilla, a sus pies con sus hermosos ojos alarmados y fijos en él.

—*Te amo, Rachel.*

—¡Yo también te amo! —exclamó ella.

Brian intentó no perder el conocimiento de nuevo, respiraba con dificultad.

—Vi cómo le disparaban, buscad el orificio de entrada. No, no, más arriba, hay demasiada suciedad, necesito irrigar la zona con suero... —dijo la voz de Megan.

Sus ojos se encontraron por un breve momento y Brian comprendió que la doctora había sido testigo de todo, puesto que el disparo se había producido dentro de la cripta, antes de actuar contra Jasón y la hermana de Mont. No obstante, la razón y profesionalidad se antepusieron en ella, que inmediatamente se concentró en trabajar en él.

Intentó preguntarle por qué volvió, por qué no corrió lejos.

—No entiendo el lenguaje de signos, y estate quieto, capitán —le exigió con una extraña expresión.

—Le está preguntando por qué regresó —dijo Rachel, que transcribió sus palabras.

Por supuesto que Megan ignoró la pregunta, pero no por malicia, sino por preocupación.

Brian quiso disculparse y no se atrevió por temor a que Rachel descubriera que la otra mujer había sido Megan.

La ambulancia ya lo llevaba hacia el hospital, Megan actuaba como una profesional, pero Brian lo vio, el miedo y la desesperación hacían mella en su formalidad.

—¡No te atrevas a morir!

—*No*. —Había meneado los labios para que Megan pudiera ver que se aferraba a la vida, aunque con dificultad.

—Recuerda que tienes una mujer y dos hijos que te esperan —dijo señalando con el mentón hacia Rachel con decisión, sin resentimiento, pero sí que había melancolía en sus ojos.

Ella aplicó presión en su cuello y lo miró a los ojos con agudeza. La

había decepcionado a ella también, lo sabía; si había sido testigo de todo, habría visto al monstruo en el que se había convertido y que probablemente terminaría en la cárcel, si salía con vida.

Alzó la mano que no le dolía y buscó los ojos de Rachel con decepción.

—Brian, aguanta, ¡estamos llegando!

—*¿Qué futuro nos espera, nena?* —tosió con esfuerzo.

—¿Estás de broma? Uno muy largo y feliz, lleno de amor, hijos... Brian —musitó Rachel con devoción y una implacable expresión de amor—, nunca olvidé quererte.

Fue todo lo que necesitó oír para seguir luchando.

# Epílogo

¿Creéis en los milagros? Yo sí.

Han pasado cerca de dieciocho meses desde aquella noche, mi última como capitán de policía de la unidad especial de Nueva York, unidad que tardé años en formar.

¿No es la vida extraña?

Iré explicando por puntos, no se me da bien relatar mis vivencias, pero después de ver lo bien que le ha ido a Bells, decidí intentar hacer lo mismo.

Como decía, aquella noche cedí y mezclé mi vida personal y profesional, renuncié a todo lo que fui por una *vendetta* personal donde ignoré los principios que siempre había respetado a consciencia y di un paso determinante y destructivo en muchos sentidos.

La gran mayoría de las personas que participamos en la labor policial estamos dedicadas a un servicio público honorable y competente y hacemos gala de cumplir altas normas de integridad personal y profesional en el desempeño de las funciones. Los agentes de policía, sin importar su grado, también rinden cuentas y no escapan.

Juré cumplir los deberes que impone la ley sirviendo a la comunidad y protegiendo a todas las personas de la ilegalidad. Imparcialidad, neutralidad, objetividad, o, más específicamente, neutralidad política; legalidad, respeto del estado de derecho, integridad, rectitud. Justicia y muchísimas más.

Yo, Brian Hamilton, infringí muchas de esas sagradas leyes y tuve que justificar mis actos.

Muchas cosas podrían haber salido mal aquella noche: tres bombas, dos víctimas implicadas, el hospital, yo. Aún me estremezco al pensarlo y me hace romper a sudar.

Aquella noche, más tarde, casi la palmé. Tenía heridas múltiples, un disparo en la garganta, una rodilla dislocada y un pulmón tocado.

Pero ¿sabéis qué? No hay nada mejor para recuperarse que una rubia impresionante que no dudó en gritarle al mundo su amor para incentivarlo a uno a sobrevivir y a recuperarse cuanto antes.

Cuando estuve lo bastante recuperado, confirmé lo que ya muchos en la investigación, y caso, sospechaban, que le había inyectado al asesino el mismo fármaco que le pusieron a Rachel. Él fue condenado a cadena perpetua; amnésico por mi mano, jamás recordaría lo que había hecho, y ese era su castigo: estar encerrado sin saber seguro el porqué.

Me declaré culpable y me entregué a la justicia sin vacilar. Sobreviví, sí, pero también cometí muchos errores y yo no era menos que nadie, aunque sé que decepcioné a mucha gente.

Soy humano, qué queréis que os diga, y nadie es perfecto, mucho menos yo.

Aquello supuso el fin de mi carrera y llegar a firmar un acuerdo con la Fiscal del Distrito que me impuso arresto domiciliario por nueve meses.

Gracias al apoyo del mismo hombre al que salvé la vida de su hijo, Derek Clark, aquel 11S, mi pena fue reconsiderada por los años de servicio prestados y mi casi ejemplar trabajo. No ingresé en la cárcel, pero no pude agradecerle en persona por su gesto. Pero sí lo hice a través de Derek, que me visitó una noche para cerciorarse de que estaba bien.

Yo era considerado persona no grata, un expolicía al que se le había ido la pinza, y nadie quería relacionarse con alguien así, pero vino a verme de incognito y agradecí el gesto.

Aquella sanción y falta de libertad fue soportable por la ayuda de mi familia, que fue comprensiva al estar al corriente de todo desde el primer día, pero lo que no esperaba era la reacción de mi Rachel; ella no me dejó solo ni me abandonó como yo pensaba que haría al descubrirlo, al contrario.

Me perdonó en muchos sentidos, comprendió lo que no dije con palabras, lo que mis cuerdas vocales no pudieron pronunciar; una consecuencia de por

vida de la herida de bala, había quedado sin voz tras ser operado de urgencia.

Ahora me sale un sonido o susurro silbante cuando intento hablar, por lo que prefiero no expresarme con la voz y hacerlo con las manos.

Megan hizo todo lo que pudo por salvar esa parte de mí y no me quejo, podría haber sido peor, y a pesar de que presencié mi ataque al asesino, no me juzgó, aunque ser testigo del amor que nos profesamos Rachel y yo delante de la policía, los S.W.A.T y el F.B.I. fue demasiado para ella, y eso puso fin sin palabras a una unión accidental. Gracias a la ayuda de Mark pude comunicarme con ella más adelante, le pedí perdón por el daño infligido y le deseé encontrar un amor digno de ella.

Escuchó sin darme réplica, comprendiendo que no teníamos futuro juntos, siendo cojonuda y profesional. De verdad espero que encuentre a la persona que sepa valorarla y amarla como se merece.

Cuando mi situación fue resuelta, Rachel y yo decidimos mudarnos y abandonar Nueva York por Santa Mónica, mi ciudad natal, un lugar maravilloso donde criar a nuestros hijos y tener un nuevo comienzo, eso era lo más adecuado. Vivíamos cerca de mis padres, que estaban encantados y felices.

Isabella nos había sorprendido regalándonos la casa que perteneció a sus padres, no vaciló y nos dijo de aceptarla como regalo de bodas, porque por supuesto que Rachel y yo nos volvimos a casar, pero esta vez en la iglesia y con nuestros familiares y más íntimos amigos como testigos. Lucía tan emocionada y estaba tan sublime con aquel vestido de sirena beige que, a la vuelta de nuestra luna de miel, ella misma me pidió revertir la vasectomía e ir a por otro bebé.

Acepté encantado.

Un punto a aclarar es que Rachel rompió todo lazo con sus padres, que tras lo ocurrido la acribillaron para que me abandonara y alejara a mis hijos de mí, definitivamente. Pero ella no solo me defendió, sino que hizo todo lo contrario a lo que esperaban. Mi esposa no los quería cerca, eran nocivos y unas personas malsanas, sobre todo su madre, y les dijo que si no me aceptaban tal y como era, perderían todo derecho sobre su hija y sus nietos. Un

revés que estoy seguro no sospechaban.

Solucioné mi futuro profesional de manera inesperada. Y no, no soy Instructor de policía, sino asociado con Steve Anderson, que me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa socarrona.

Con el tiempo ampliamos la agencia de detectives privados, donde Mackenzie solicitó un puesto de trabajo, Stone hacía horas para no aburrirse en su jubilación, e incluso Isabella, viéndose libre de nuevo de sus obligaciones con el F.B.I., participa ocasionalmente. Lo bueno que tiene este nuevo trabajo es que puedo hacerlo desde casa, organizar mi agenda a mi antojo y pasar mucho más tiempo con mi familia.

¿No es la vida curiosa?

Todos hemos tenido experiencias traumáticas y hemos sabido salir adelante de una manera u otra, Mark e Isabella, Kira y Steve, Rachel y yo, pero todo con amor incondicional y verdadero. Nos seguimos teniendo los unos a los otros como una gran familia, tengamos o no lazos de sangre.

Cuando mis ojos se posan en mi esposa sonrío como un tonto, por completo agradecido de que siga a mi lado, no puedo pedir más. Bajo la vista a la redondez de su vientre y me inunda un sentimiento de orgullo y amor.

~

—*Será una niña* —intuyó diciéndole por lenguaje de signos, ella sonrió desde la tumbona del jardín donde a la sombra de una sombrilla vigilaba a los niños jugar en la piscina hinchable.

—¿Cómo estás tan seguro?

Se le iluminó la mirada de puro placer.

—*No tienes antojos esta vez, duermes mucho, resplandeces y tu vientre es más esférico, y esos pechos tan hinchados...* —Antes de continuar se aseguró de que sus hijos no prestaban atención para explicarle a su esposa lo que hacía a su anatomía masculina.

Lo ponía a cien.

—Te quiero, pero ¿y si son dos? Tengo mucha barriga y se mueve mucho.

—*Te querré aún más y me harás el hombre más feliz del mundo. Siempre me tendrás a tu lado, en lo bueno y en lo malo...*

—... Hasta que la muerte nos separe —terminó Rachel la frase con una sonrisa amorosa.

Había enrojecido de placer, la amaba tanto que a veces dolía, pero en el buen sentido.

~

¿Puedo pedir más a la vida?

No esperaba esta segunda oportunidad con mi mujer, y jamás haré que se arrepienta. Vivo por y para ella, para hacerla feliz, y para darle todos los hijos que desee.

Pero que nadie se atreva a hacernos daño o a intentarlo siquiera, porque entonces conocerán al cavernícola y sobreprotector que hay en mí.

Lo nuestro es un amor que superó las adversidades. Y sí, ninguna herida sana sin dejar cicatrices. Me quedé sin voz, tuve que aprender a ser más paciente y a no dar voces, ya que jamás podría volver a hacerlo, y a ser más expresivo con las manos, claro.

Rachel me recuerda cada día que el amor, nuestra familia y todo lo que hemos conseguido juntos es lo más importante.

~

—*Ha pasado mucho tiempo, pero te sigo amando como la primera vez.*

Rachel se levantó y caminó para llegar hasta él, enmarcó su rostro y se inclinó para besarlo.

—¿Olvidé quererte? —Brian negó riendo en silencio—. Ya me parecía a mí...

~

Nunca olvidó del todo, los sentimientos y emociones seguían allí, latentes, Rachel se volvió a enamorar de mí con la misma intensidad o más, si es posible.

¿No es eso un milagro?

# Agradecimientos

Llegar a poner el punto y final a la colección de libros Hamilton es para mí como cerrar una etapa de mi vida que ha durado cerca de una década. Es difícil decirles adiós, les tengo muchísimo cariño. Son ellos los que me han guiado a través de los años en el proceso de escritura, de querer llegar más lejos y mejorar. Pero todo esto no habría sido posible sin el incondicional apoyo de mi familia y amigas.

Mil veces gracias por darme ese soporte moral e ilimitado, esos abrazos que tanto necesitaba, esas palabras y charlas que me han ayudado a llegar hasta aquí.

Que se nazca o no siendo escritor, eso es para mí un misterio, pues en mi caso particular empecé cuando aún era una niña y no entendía muy bien qué era lo que estaba haciendo. Por lo tanto, se podría decir que lo llevaba dentro de mí y era algo que me gustaba, incluso antes de tener uso de razón y comprenderlo. Sin embargo, también considero que uno se debe hacer a sí mismo, creo que es mi propia andadura como escritora la que me enseña a lo largo de este difícil camino. Aprendo de mis aciertos y errores. Incluso aprendo de aquellas personas ajenas al mundo literario que saben cómo dejar una crítica constructiva y productiva; blogueros y lectores, gracias.

Una dedicación especial a mi madre y a mi tía, que no hay distancia que nos separe, ni a mil kilómetros o al otro extremo del planeta. Os tengo cerca del corazón siempre.

Un especial agradecimiento a mis hermanas de corazón, Isa y Rosie, por toda esa locura mía que aguantáis, por esos momentazos de risas y de amistad, porque os quiero de todo corazón.

A Tamara Bueno, mi amiga y correctora, tú que aguantas con una paciencia infinita todas mis dudas, inseguridades e inquietudes y sabes cómo tranquilizarme, gracias.

A todas/os las/os que habéis llegado hasta aquí conmigo y me habéis acompañado, seguido, leído, esperado, enviado mensajes tan alentadores y motivadores, muchísimas gracias.

Espero que como a mí, la conclusión y final de esta novela y serie os haya emocionado, por Brian, Rachel, Mark, Isabella, Kira y Steve.

Hasta muy pronto, besos y abrazos.

Chris Axcan